Pável Gorin

La Revolución rusa de 1905



PÁVEL GORIN

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905



1ª Edición, diciembre de 2023

Imagen de la cubierta:
Cubierta del n.º1 de la revista *Ovod* (1906).



Ediciones Mnemosyne

www.edicionesmnemosyne.es

info@edicionesmnemosyne.es

P. GORIN



LA REVOLUCION RUSA DE 1905



EDICIONES EUROPA-AMERICA
PARIS-BUENOS AIRES

Cubierta de la edición de Ediciones Europa-América (c. 1930)

NOTA EDITORIAL

Con LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905*, una pequeña obra divulgativa de Pavel Ósipovich Gorin, nuestra editorial inaugura la colección* HISTORIA*, a través de la cual queremos recuperar textos que puedan servir tanto para el estudio científico de determinadas experiencias revolucionarias como para conocer, en sus fuentes, los debates que había en el seno del movimiento obrero acerca de la práctica revolucionaria pretérita.*

Su autor (1900-1938), del que no sabemos mucho, se graduó en la Universidad Comunista Yákov Sverdlov (1921) y en el Instituto del Profesorado Rojo (1925). A lo largo de su carrera dirigió instituciones soviéticas como el Instituto de Historia de la Academia Comunista, la Academia de las Ciencias Bielorrusa y su Instituto de Historia; también dirigió la revista Revolución Proletaria *y fue, hasta 1936, miembro del Comité Ejecutivo Central de la URSS y del Presídium del CEC de la RSS de Bielorrusia. Fue arrestado en 1937 y ejecutado en 1938.*

En el caso del libro que ahora publicamos se cumplen las dos premisas que enunciábamos arriba: este opúsculo sirve para aproximarse al conocimiento de la revolución rusa de 1905, sí; pero también para conocer las diferencias de principio que separaban a bolcheviques de mencheviques tanto durante la propia revolución como posteriormente, en sus respectivas interpretaciones. También queremos llamar la atención del lector sobre dos problemáticas específicas que la obra aborda: primero, la tendencia menchevique a disolver el Partido de vanguardia en un laxo partido obrero de masas; segundo, la concepción menchevique de los Consejos (Soviets) como órganos de presión, oposición o «contrapoder» pacífico, absolutamente antagónica a la concepción bolchevique de los mismos, que hace de tales Consejos órganos para la preparación de la toma violenta del poder (en Rusia, en forma de insurrección), y, luego, órganos para el ejercicio de ese mismo poder por parte de las masas.

Creemos que estos «viejos» debates siguen plenamente vigentes, en la medida en que las preguntas acerca del tipo de Partido y el tipo de poder (y los medios para construirlo) que necesita el proletariado revolucionario determinan la praxis de las diferentes corrientes del movimiento comunista.

* * *

Respecto a los criterios de nuestra edición, publicamos sin alteraciones la versión publicada circa 1930 por Ediciones Europa-América. Dada la cantidad de las citas y la completa ausencia de referencias en la mayoría de los casos, no hemos logrado identificarlas en las versiones modernas de las obras de Lenin, Trotsky o Stalin; por ello, hemos optado por dejarlas sin referencias a pie de página.

CAPÍTULO I

Los orígenes de la Revolución de 1905

Si a fines del siglo XIX el pensamiento progresista de la sociedad rusa se esforzaba en resolver la cuestión de saber si Rusia, al ejemplo de la Europa occidental, seguiría la vía del desenvolvimiento capitalista o no la seguiría, hoy la historia se ha encargado de responder ya sin equívoco.

El desarrollo febril del capitalismo industrial, cuyo primer impulso había sido determinado por la emancipación de los siervos en 1861, hizo de Rusia, desde principios del siglo XX, un país capitalista industrial con un proletariado sumamente concentrado, aunque poco numeroso.

El florecimiento industrial que caracteriza las postrimerías del siglo XIX había destruido definitivamente las ilusiones de los «populistas» sobre la vía particular que, según ellos, debía seguir Rusia, vía diferente a la seguida por la Europa occidental o por América. La historia ha infligido un cruel mentís a todos estos utopistas «populistas» dotando al capitalismo industrial de Rusia de ritmos vertiginosos desconocidos hasta ahora en Europa. Para darse cuenta de ello basta comparar la cadencia del desarrollo en Rusia y en el extranjero. La producción de hierro fundido, por ejemplo, aumentó, entre 1890 y 1899, un 18% en Inglaterra, un 50% en los Estados Unidos, un 72% en Alemania, un 31% en Francia, un 32% en Bélgica y *un 190% en Rusia*.

El esplendor industrial de fines del siglo XIX colocó a Rusia en el cuarto lugar por lo que se refiere a la producción de hierro fundido. El impetuoso desenvolvimiento de la industria repercutió asimismo en la producción de hierro, de acero, de hulla y de petróleo, es decir, en las ramas fundamentales de la industria.

El aumento relativo de la producción de hierro y acero durante la última década del siglo XIX se tradujo, en Inglaterra, en un 80%; en los Estados Unidos, en un 63%; en Alemania, en un 78%; en Francia, en un 67%; en Bélgica, en un 48%; *en Rusia, en un 116%*.

Por lo que toca a la producción de carbón, observamos, en el curso de esa misma década, el aumento siguiente: Inglaterra, el 22%; Estados Unidos, el 61%; Alemania, el 52%; Francia, el 26%; Austria Hungría, el 26%; Bélgica, el 8%; *Rusia, el 131%*.

En cuanto al petróleo, la producción acreció, en el mismo periodo, un 132% (en los Estados Unidos, un 9%). La extensión de la red de ferrocarriles se elevó casi al 400%.

El florecimiento industrial de últimos del siglo XIX tuvo una importancia considerable y ejerció una excepcional influencia sobre la estructura social y económica de Rusia. Gracias al incesante aflujo de capitales europeos se crea cada vez un mayor número de grandes fábricas con maquinaria perfeccionada que, a veces, representaban las empresas industriales más avanzadas del mundo. Esta circunstancia, naturalmente, hubo de repercutir sobre la formación del proletariado ruso, el cual, a causa de su gran concentración, pasaba a ser un factor de primer orden en el desenvolvimiento social y político de Rusia.

Lenin, hablando de la concentración de la gran industria y del desalojamiento de la pequeña industria por la grande, suministra los interesantes datos siguientes: en 1866, entre todas las fábricas, aquellas en que trabajaban más de 1.000 obreros ocupaban el 27% de la totalidad de obreros industriales; en 1879, ocupaban ya el 40%; en 1890, el 46%; a fines del siglo XIX, más del 50% del total de obreros.

Trazando el balance general del desarrollo industrial de Rusia a principios del siglo XIX, nos vemos forzados a reconocer que, en aquella época, Rusia se convertía en un país de capitalismo industrial, pero que poseía, como todo Estado capitalista, sus rasgos distintivos propios.

La primera particularidad tenía esto de contradictorio: que el desenvolvimiento del capitalismo industrial ruso no engendró, como por ejemplo en Francia a principios del siglo XIX, una clase

burguesa revolucionaria que haya abierto la lucha decidida contra el absolutismo.

La autocracia rusa, que ejercía el oficio de mediador entre el capital europeo y la burguesía nacional, hizo de la burguesía rusa una clase inapta para la lucha revolucionaria contra el absolutismo —y ello a pesar de la naturaleza reaccionaria de la autocracia, que se manifestaba en las cuestiones de política interior— e incapaz también de crear condiciones favorables para el desenvolvimiento del capital ruso.

La segunda particularidad consistía en la rápida formación del proletariado ruso. La intensa concentración de los establecimientos industriales hacía al proletariado ruso más homogéneo, lo que explica la insignificante influencia ejercida por la aristocracia obrera sobre el movimiento obrero ruso.

Sabido es que, hasta ahora, los representantes de la aristocracia obrera han sido, casi siempre, juiciosamente utilizados por la burguesía con el fin de desorganizar el movimiento revolucionario del proletariado, descomponiéndolo desde el interior.

La debilidad de la aristocracia obrera y la gran concentración del proletariado ruso explican precisamente el grado de cohesión y de organización de este último, así como la escasa importancia de las tendencias oportunistas en el seno del movimiento obrero ruso.

Esta circunstancia, a su vez, destacaba a la clase obrera rusa del siglo XX como una fuerza motriz encargada por la historia, después de haber realizado las tareas de la revolución democrático-burguesa —liquidar los latifundios de la nobleza y de la iglesia, proclamar las libertades democráticas, etc.—, de proceder a la reorganización socialista de las relaciones sociales.

La tercera particularidad esencial del desenvolvimiento social y económico de Rusia, a fines del siglo XIX y principios del XX, consistía en que el capitalismo industrial ruso se había desarrollado en medio de grandes supervivencias feudales en el campo que frenaban el acrecentamiento de la capacidad de compra de los campesinos.

Estas supervivencias feudales son caracterizadas por los datos sobre el *reparto de la propiedad de la tierra* en Rusia recogidos por Lenin, que estudió a fondo la situación del campo ruso en vísperas de 1905.

En esa época, 700 grandes terratenientes, nobles, poseían un promedio de 30.000 desiatinas cada uno, o sea, el triple de lo que poseían en común 60.000 pequeños propietarios.

Estos terratenientes de la nobleza practicaban en Rusia el cultivo extensivo; por lo general, arrendaban sus tierras a los campesinos, en pequeñas parcelas, en condiciones draconianas.

El desenvolvimiento de los cambios y del capitalismo industrial hizo subir el precio de los arrendamientos; la esclavitud de las masas fundamentales del campo aumentó con la entrada en escena de los especuladores rurales, de los kulaks que, explotando la situación de los campesinos medianos y pobres, les encaminaban hacia la pauperización.

Así, pues, una de las principales contradicciones del desenvolvimiento económico de Rusia a fines del siglo XIX y principios del XX fue que el impetuoso florecimiento de la industria había provocado una aguda crisis agraria, cuya solución se imponía como una de las tareas primordiales de la revolución de 1905.

La crisis de la economía agrícola sirvió indudablemente de freno al desarrollo del capitalismo industrial, pero no es menos cierto que la autocracia, que representaba los intereses de clase de la nobleza reaccionaria, se mostró incapaz de crear condiciones propicias al desenvolvimiento capitalista de la economía rural. La burguesía rusa, que no se diferenciaba de la burguesía europea sino por una cobardía y pusilanimidad mayores, se mostró a su vez impotente para resolver esta contradicción y ni siquiera intentó resolver este problema capital con métodos revolucionarios.

Los agudos antagonismos en medio de los cuales proseguía el capitalismo industrial su marcha progresiva se manifestaron desde comienzos del siglo XX. El impetuoso crecimiento industrial, entorpecido por el campo, paralizado aún por las supervivencias feudales, cede el puesto, a principios de siglo, a la crisis

industrial de los años 1900-1903. Los campesinos empiezan a resentirse dolorosamente de aquellas supervivencias que se traducían en pesados impuestos y toda suerte de exacciones.

Las masas fundamentales del campo se alzan para la lucha revolucionaria. El comienzo del siglo XX se caracteriza por el rápido desenvolvimiento de los levantamientos campesinos que adquirió un particular vigor en 1902-1903.

Sólo se obtenía un apaciguamiento después de las represiones salvajes efectuadas por las tropas zaristas. Sin embargo, a pesar de la lucha implacable de la autocracia, los antagonismos de clase distaban mucho de atenuarse; antes al contrario, el año 1903 —víspera de la guerra ruso-japonesa— se caracteriza por una recrudescencia de los conflictos obreros y campesinos.

El número de huelguistas, entre los obreros industriales, aumenta de año en año, según las estadísticas oficiales del zarismo: 30.000 en 1900, 31.000 en 1901, 36.000 en 1902, 87.000 en 1903.

Paralelamente al aumento del número de huelguistas se modificaba la naturaleza misma de las huelgas, las cuales adquirían cada vez más un carácter político y se combinaban con demostraciones.

El esplendor del movimiento obrero y campesino en vísperas de la guerra ruso-japonesa inspiraba temores a la autocracia que, a fin de atenuar los agudos antagonismos de clase, se dejó llevar a una aventura militar.

Así se declara la guerra ruso-japonesa, con la que el zarismo intenta desviar la atención de las masas de la crisis en pleno desarrollo, explotar el estado de espíritu patriótico de las masas engañadas y poner remedio, gracias a la victoria sobre el Japón, a la crisis social y económica.

En efecto, en los primeros tiempos parecía que la autocracia había conseguido lo que se proponía. La declaración de la guerra ruso-japonesa prometía a la burguesía nuevos mercados, lo que contribuyó a debilitar las tendencias de oposición en el seno de la burguesía y de la nobleza liberal.

Por lo que toca a las grandes masas del proletariado y de campesinos, la movilización militar desorganizó al comienzo el mo-

vimiento revolucionario. Efectivamente, después de la declaración de la guerra ruso-japonesa, a principios de febrero de 1904, asistimos a un descenso de la oleada revolucionaria. Parecía que la autocracia podía cantar victoria; sin embargo, aquel triunfo no había de ser duradero.

La guerra ruso-japonesa, como cualquier otra guerra que afecta a las grandes masas, tenía también su reverso. En efecto, retrasaba temporalmente el desenlace de la crisis y, al retrasarlo, contribuía a dar más vigor aún a la explosión revolucionaria.

La serie de derrotas infligidas al ejército ruso en el Extremo Oriente no hizo más que acelerar esta explosión, ya que la derrota de Rusia era ante todo la derrota de la autocracia y de la nobleza reinantes.

De este modo se explica que la calma momentánea sobrevenida en el movimiento revolucionario a consecuencia de la declaración de guerra fuese seguida de una rápida sucesión de acontecimientos revolucionarios.

La revolución estaba próxima. Los primeros vagidos revolucionarios fueron, en Petersburgo, los sucesos sangrientos del 9 de enero, que se extendieron, despertando ecos sonoros, de un extremo a otro del país.

El domingo sangriento del 9 de enero de 1905 es una página imborrable en la historia de la primera revolución rusa.

Miles y miles de obreros petersburgueses, que habían pasado años y años en las fábricas, aprendieron aquel día lo que era la lucha de clases.

El 9 de enero, la potente oleada de descontento no se tradujo más que en una pacífica manifestación. La autocracia estaba perfectamente informada del carácter pacífico del movimiento. El pope Gapón, que se había puesto a la cabeza de las masas petersburguesas en marcha hacia el palacio del zar, estaba a sueldo de la policía secreta. Las tentativas de los bolcheviques para preservar a las masas de la matanza que las esperaba fueron ineficaces.

Las masas obreras no querían escucharlos. ¡Tan grande era todavía en aquel tiempo la ingenuidad política de muchos obreros!

El 9 de enero, miles de manifestantes, entre los cuales había ancianos, mujeres y niños, se encaminaron hacia el Palacio de Invierno. El pope Gapón, revestido de sus hábitos sacerdotales, iba a la cabeza del cortejo que, con sus estandartes y los cánticos religiosos, más semejaba, a primera vista, una procesión religiosa que una demostración. Entre los manifestantes había también, cierto, socialdemócratas que, no habiendo podido impedir la marcha hacia el zar, habían querido unirse a las masas para no abandonarlas en aquellas circunstancias.

La advertencia hecha por los socialdemócratas, que los obreros se habían negado a escuchar la víspera misma, se vio confirmada. La autocracia hizo derramar torrentes de sangre. A pesar de conocer los fines pacíficos de la manifestación, preparó una matanza. Sólo un miedo animal guio al gobierno, que quiso afirmar su fuerza asesinando a centenares de inocentes.

Pocos días antes del 9 de enero se habían hecho venir tropas a Petersburgo. La ciudad fue dividida en secciones, cada una de las cuales tenía su Estado mayor militar; las tropas estaban en pie de guerra.

Los archivos descubiertos por la revolución describen con todo su horror los preparativos de la matanza.

El 9 de enero ocurrió lo irreparable. Incluso según los informes de la policía, hubo más de 1.000 muertos y más de 2.000 heridos. La mayoría cayeron víctimas de su candidez política.

Los obreros que efectuaban pacíficamente su peregrinación hacia el Palacio de Invierno para solicitar del zar las libertades públicas, el abandono progresivo de la tierra al pueblo, la convocatoria de una Asamblea constituyente, no comprendían aún que el zar era el jefe de la clase dominante de los grandes terratenientes ligada por mil lazos con la gran burguesía y dispuesta a defender sus privilegios por todos los medios.

Las grandes masas no se daban todavía cuenta de que las libertades no se otorgan, sino que deben ser arrancadas por la fuerza y de que sólo se obtienen a través de la lucha de clases inevitable y encarnizada.

A este respecto, los acontecimientos del 9 de enero fueron una excelente lección. Lección que privó a muchos hijos de sus padres

y madres. Lección inolvidable. Numerosos obreros, la víspera todavía hostiles a los bolcheviques que habían acudido a ponerles en guardia contra las peligrosas maniobras del pope Gapón, escucharon desde entonces ávidamente a los agitadores revolucionarios. Por eso, también, en la noche del 9 de enero, algunos barrios de Petersburgo se cubrieron de barricadas, levantadas por los mismos obreros que, aquella mañana, habían formado parte del cortejo pacífico en marcha hacia el Palacio de Invierno.

La lección principal de los acontecimientos del 9 de enero estriba en este brusco cambio de la mentalidad de las grandes masas obreras.

> El sentido histórico del 22 de enero (9 de enero, en el viejo calendario) —escribía Lenin— reside en este despertar de las multitudes a la conciencia política y a la lucha revolucionaria.

Los acontecimientos del 9 de enero distaban mucho de tener un alcance local, específicamente petersburgués; suscitaron la indignación general y conmovieron a la clase obrera de los otros centros industriales de Rusia. En toda Rusia se organizaron demostraciones y protestas.

La revolución pasaba a ser un hecho consumado.

CAPÍTULO II

La socialdemocracia rusa a principios de 1905
y la preparación de la lucha

Los sucesos del 9 de enero conmovieron a todas las clases sociales de Rusia.

Se asistió a un rápido florecimiento de diversas sociedades, sindicatos y partidos políticos. El desenvolvimiento de las tendencias revolucionarias no podía dejar de afectar al Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia (P.O.S.D.R.). Al igual que los otros partidos socialdemócratas del extranjero, el P.O.S.D.R. no era tampoco homogéneo en aquella época. Ya en el II Congreso, en 1903, se produjo una escisión entre los bolcheviques, que ocupaban una posición revolucionaria, y los mencheviques, que representaban la tendencia oportunista. El período posterior al II Congreso, período de esplendor revolucionario, lejos de unificar a bolcheviques y mencheviques, ahondó la escisión, que cristalizó definitivamente a principios de 1905, época en la cual se celebraron simultáneamente, pero en localidades distintas, el III Congreso del P.O.S.D.R. (bolchevique) y la Conferencia de Ginebra (menchevique).

Las divergencias entre bolcheviques y mencheviques en aquel periodo no eran más que el reflejo de la exacerbación de la lucha de clases en el país. No sin razón escribió más tarde Stalin, armado de la experiencia de la revolución de 1905, en el prefacio de su libro *Camino de la revolución de Octubre*, lo que sigue:

> 1) el apoyo social más peligroso de los enemigos de la revolución, en el periodo del desenlace revolucionario que se aproxima, son los partidos de *conciliación*; 2) es imposible aplastar al enemigo (el zarismo y la burguesía) si se descuida la tarea de aislar a estos partidos; 3) las principales flechas, en periodo de preparación revolucionaria, deben apuntar al aislamiento de estos partidos de las amplias masas trabajadoras.

El ala revolucionaria del P.O.S.D.R. (bolchevique) se daba perfectamente cuenta de que en presencia de las batallas revolucionarias que se desarrollaban nada era más peligroso para el proletariado que el no poseer su propio Partido revolucionario. La ausencia de tal Partido amenazaba, naturalmente, con convertir al proletariado en la «fuerza de trabajo» de la burguesía liberal.

Por eso Lenin y los bolcheviques se presentaron como adversarios irreductibles de los oportunistas-mencheviques, que no eran sino agentes de la burguesía en los medios obreros.

Cierto que en vísperas de 1905 y en el curso de la revolución, las grandes masas no se daban todavía suficientemente cuenta de la naturaleza burguesa de los mencheviques. Entonces había aún en muchos lugares organizaciones socialdemócratas unificadas. Es evidente que esta circunstancia ejerció un nefasto influjo en el desenlace de la revolución. Por eso Lenin, que había previsto los peligros que representaban para el proletariado estas tendencias unificadoras, luchó enérgicamente por la cristalización de un Partido bolchevique verdaderamente proletario.

La lucha de los bolcheviques por la creación de un Partido verdaderamente revolucionario se agravaba notablemente por el hecho de que los órganos centrales del Partido, elegidos en el II Congreso del P.O.S.D.R., celebrado en común, estaban en manos de los mencheviques, que no mostraban ninguna prisa por convocar el Congreso ordinario del Partido.

La lucha interna del Partido se exacerbaba además por las condiciones de ilegalidad en que debía trabajar el P.O.S.D.R.

La feroz represión ejercida por el gobierno zarista, las continuas detenciones, la ausencia de una prensa legal; todas estas circunstancias influyeron, sin disputa, en la lucha interna del Partido, entorpeciendo la convocatoria del Congreso y la cristalización del Partido bolchevique.

Después de haber agotado todos los medios para obligar a los órganos centrales del Partido, en manos de los mencheviques, a convocar el congreso, los bolcheviques, apoyándose en las resoluciones y acuerdos de una serie de organizaciones locales del Partido, procedieron a la creación de una Oficina de Comités de

la mayoría, a la que se encargó que convocase el Congreso ordinario del Partido.

El llamamiento lanzado por esta Oficina sobre la convocatoria del congreso obtuvo el apoyo de las organizaciones locales. Entonces fue cuando, temiendo verse cortado de las masas, el Comité Central, compuesto por mencheviques y conciliadores, intentó arrancar a la Oficina de Comités de la mayoría la iniciativa de la convocatoria del Congreso. Ayudaron en esto a los mencheviques sobre todo los conciliadores, a quienes Lenin combatía sin descanso denunciando su falta de principios y el peligro que representaban para la revolución.

Después de haber fracasado en su intento de suplantar a la O.C.M., el Comité Central organizó, al mismo tiempo que el III Congreso del P.O.S.D.R., que se celebró en abril de 1905 en Londres, una conferencia de los mencheviques en Ginebra.

Así, a principios de 1905, la escisión entre bolcheviques y mencheviques se hizo evidente. Ahora se trata de saber qué causas la provocaron. La respuesta a esta interrogación la hallamos en la divergencia entre los puntos de vista bolchevique y menchevique sobre el carácter de la revolución que se avecinaba y sobre las fuerzas motrices de esa revolución, puntos de vista que hallaron su expresión en las resoluciones del III Congreso y de la Conferencia de Ginebra.

Ante la inminencia de la revolución, se planteaba la cuestión fundamental de esta última, a saber: quién ocupará la dirección del movimiento revolucionario. Si diez o quince años antes se discutía sobre la posibilidad del desenvolvimiento capitalista de Rusia y la aparición del proletariado, en 1905, estos «grandes» problemas habían sido ya definitivamente resueltos por la historia y la controversia se efectuaba en otro sentido. Ahora se trataba de saber si el proletariado sería el guía de la revolución y cuál sería el carácter de esta última.

«Los marxistas están absolutamente convencidos de la naturaleza burguesa de la revolución rusa», escribía Lenin en su folleto *Dos tácticas*. Pero Lenin no se contenta con repetir pura y simplemente una frase archiconocida, sino que se consagra particularmente a explicar el término «revolución burguesa», anali-

zando la importancia que la revolución tendrá para el proletariado y el papel que éste último deberá desempeñar en ella. ¿Puede la futura revolución limitarse a conquistar libertades para la burguesía, suprimiendo la autocracia, los vestigios del feudalismo, el régimen policiaco, es decir, contentarse con crear condiciones más propicias para el desarrollo del capitalismo? A este respecto, Lenin se declara el más encarnizado enemigo del menchevismo, el cual apreciaba el resultado de la revolución rusa como el coronamiento del orden burgués.

> ...No nos detendremos en la mitad del camino —escribía ya a principios de 1905— puesto que, en la Rusia contemporánea, la revolución representa no sólo dos fuerzas en lucha, sino dos guerras sociales distintas y heterogéneas: una, en el seno del régimen autocrático y feudal actual; la otra, en el seno del futuro régimen burgués democrático que se perfila ya ante nuestros ojos. La primera es la lucha de todo el pueblo (para la libertad de la sociedad burguesa) por la democracia, es decir, por la soberanía del pueblo; la segunda es la lucha de clase del proletariado contra la burguesía por el establecimiento de la sociedad socialista.[1]

Estos dos procesos exigían inevitablemente del proletariado que aportase a la revolución rusa su más activa participación. Al proletariado le convenía actuar incluso en la primera etapa burguesa de la revolución, teniendo en cuenta la situación en que se encontraba bajo el régimen despótico de la autocracia. Si se oyeron voces sobre la desventaja para el proletariado de su participación en la conquista de las libertades políticas burguesas, hay

---

[1] El desenvolvimiento histórico de Rusia en el siglo XX ha confirmado plenamente el pronóstico establecido por Lenin sobre el carácter de la lucha revolucionaria en Rusia. El desarrollo económico de Rusia, en vísperas de la guerra imperialista de 1914-18, después de haber transformado al país en un Estado imperialista, precipitó notablemente la revolución socialista que estalló en octubre de 1917. Teniendo en cuenta las modificaciones que han sobrevenido en el período que va de 1905 a 1917, Lenin, ya en 1915, declaraba que «todo el que quiera derrotar al zarismo tendrá, al mismo tiempo, que alzarse contra el imperialismo».

que decir que esas voces provenían sobre todo de los medios populistas y anarquistas, los cuales se oponían a toda participación del proletariado en la política burguesa, en la revolución burguesa, en el parlamentarismo burgués.

Se comprende fácilmente que la agitación efectuada para demostrar que al proletariado le sería provechoso permanecer pasivo en la revolución tenía que ser perjudicial para las masas obreras. En cambio, cuanto más acabada y total fuese la revolución burguesa, más seguro había de ser el terreno de la lucha por el socialismo.

> La clase obrera saca más provecho —escribía Lenin— con que las mejoras, en el sentido democrático-burgués, sean obtenidas no por métodos reformistas, sino con métodos revolucionarios, pues los primeros representan los retrasos, las prórrogas, la muerte dolorosamente lenta de las partes gangrenadas del organismo nacional. El proletariado y los campesinos son los primeros que padecen a causa de ello. Los métodos revolucionarios suponen una operación rápida, menos dolorosa para el proletariado: la amputación decisiva de las partes gangrenadas.

La vía revolucionaria del proletariado aparece, objetivamente, aún más necesaria cuando se analiza el papel de la burguesía rusa. Sería engañarse profundamente estimar que la burguesía rusa representaba una fuerza considerable en la lucha contra el zarismo. Lo que la caracterizaba, en su conjunto, era su incapacidad para la lucha resuelta, incapacidad debida al temor de enajenarse el derecho de propiedad, al temor a una acción excesivamente revolucionaria de las masas proletarias, al temor de una ruptura eventual con la *burocracia* y el *funcionarismo* con los cuales estaba tan estrechamente ligada.

Estas circunstancias imprimieron a la burguesía rusa, en su lucha por la conquista de la «libertad», un sello de indecisión, de incoherencia y de hibridez.

La burguesía liberal, cierto, apeló al «pueblo» para solicitar su apoyo; pero este llamamiento no era el de un aliado fiel, el de un compañero de lucha dispuesto a defender hasta el fin los intereses de la revolución. La burguesía se acercaba al pueblo

«como un mercader, como un intermediario entre las dos partes beligerantes».

La revolución rusa ha puesto suficientemente en evidencia la duplicidad de la burguesía nacional que ora pedía al zarismo, «en nombre del pueblo», una Constitución monárquica, ya renegaba del pueblo, de la revolución.

De la conducta inconsecuente y felona de la burguesía rusa derivaba para el proletariado la necesidad de realizar resueltamente y por su propia iniciativa las tareas de la revolución, de ocupar la vanguardia de la lucha por los intereses de todas las clases revolucionarias, como decía Lenin, de empujar a la burguesía por la vía revolucionaria, de intervenir activamente en la lucha

> no confiando la dirección a la burguesía, sino por el contrario participando en ella activamente y combatiendo sin desmayo por el democratismo proletario consecuente, por el acabamiento de la revolución.

La pasividad del proletariado, en las condiciones objetivas de entonces, hubiese hecho la revolución imposible. Sólo la ofensiva de la clase obrera podía poner término a los regateos de la burguesía con la autocracia, levantar a las masas en un esfuerzo heroico, interesar en la revolución a los campesinos y

> conquistar, por las armas, la libertad para todo el pueblo, después de haber aplastado sin piedad a los enemigos de la libertad y rechazado brutalmente a los cantantes burgueses indecisos e interesados de la libertad.

El coronamiento de esta insurrección es el gobierno revolucionario provisional que

> debe realizar el programa mínimo de la democracia proletaria, único capaz de asegurar los intereses del pueblo alzado contra la autocracia.

Sin embargo, la insurrección no se asigna únicamente como tarea la de instaurar las libertades burguesas democráticas, la de convocar la Asamblea constituyente. Muy al contrario,

> el triunfo de la insurrección no será el triunfo del pueblo si no conduce al golpe de Estado revolucionario, a la abolición total de la autocracia, al apartamiento de la burguesía inconsecuente e interesada, a la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos.

La fórmula leninista de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos derivaba enteramente de su apreciación de la burguesía, en tanto que clase incapaz de asumir la dirección de la lucha revolucionaria, y de los campesinos, en tanto que aliados del proletariado. Lenin puso muchas veces en guardia contra la imposibilidad de terminar la revolución sin la alianza del proletariado con las masas fundamentales campesinas. Ahora bien: contrariamente a los bolcheviques, que preconizaban la alianza del proletariado con las masas campesinas fundamentales, los mencheviques aspiraban a la unión con la burguesía. El desinterés con respecto a los campesinos halló también su expresión entre los trotskistas.

En oposición a los bolcheviques, que se esforzaban en demostrar la necesidad e inminencia de una insurrección y la imposibilidad de limitarse a una revolución burguesa habitual, los mencheviques apreciaban de otro modo la revolución rusa.

Sus decisiones, adoptadas en la conferencia de Ginebra, obedecían a su falta de fe en la fuerza del proletariado.

Entendían el término «revolución burguesa» no como un estadio transitorio de la revolución, sino como su coronamiento. En el mes de noviembre, cuando la lucha de clases estaba en su apogeo y el proletariado se había mostrado ejerciendo la hegemonía en la revolución, los mencheviques repetían hasta la saciedad que

> si el proletariado cobra conciencia en tanto que clase; si, por esa razón, interviene como una fuerza organizada con objetivos claramente definidos y una táctica bien comprendida, la revolución en toda Rusia aportará el máximo de reformas posibles en la sociedad burguesa.

El fondo burgués del menchevismo y su escepticismo con respecto al papel del proletariado en la revolución de 1905 se ocultaban, ciertamente, bajo una fraseología revolucionaria.

Si este fondo burgués de los mencheviques no fue puesto al desnudo en la revolución de 1905, ello obedeció únicamente a que el proletariado no tuvo ocasión de entrar directamente en conflicto, desde las barricadas, con la burguesía rusa. Fue necesaria la revolución de 1917 para que el menchevismo se desenmascarase y dejase aparecer su fisonomía burguesa, defendiendo, con las armas en la mano, el régimen burgués capitalista. Conviene añadir que también en 1905 hubo momentos en que el menchevismo temió la posibilidad de ver al proletariado adueñarse del poder.

En su correspondencia, a fines de octubre, Mártov escribía a Axelrod:

> La influencia [de los socialdemócratas bolcheviques] es tan grande, tan colosal que la «toma del poder» en caso de que los acontecimientos se precipiten empieza a aparecer casi como inevitable. Esto no quiere decir que la toma del poder sea algo atrayente. Temo que resulte un viraje decisivo de la revolución, no menos significativo que la dictadura jacobina.

Estas palabras de Mártov, líder del menchevismo, escritas con toda franqueza en una carta a un amigo, pero que se ocultaban cuidadosamente a las masas proletarias, no necesitan comentarios.

Trotski ocupa, al parecer, una posición algo diferente en la apreciación de la revolución de 1905. Ahora bien: un examen más profundo del «carácter burgués y del método proletario», tal como los concibe Trotski, descubre un menchevismo recompuesto. Sin embargo, sería un error suponer que esta frase izquierdista de Trotski refleja la concepción de la dictadura proletaria que instaura el régimen socialista, puesto que Trotski hace muchas reservas a este respecto afirmando que «un gobierno que se apoye directamente en el proletariado y, por mediación de él, en los campesinos revolucionarios, no significa todavía la dictadura socialista»; puesto que «para nosotros el problema no ha consistido nunca en saber si Rusia puede llegar sin transición al

socialismo. Plantear así la cuestión es dar pruebas de que se tiene la cabeza algo trastornada», etc.

Estas revelaciones de Trotski prueban que, según él, el proletariado no hará más que ejecutar las órdenes de la burguesía; lo mismo que en nuestros días preconizan abiertamente los socialfascistas y que tratan ardientemente de realizar, en la práctica, los tradeunionistas en Inglaterra, los socialdemócratas en Alemania, etc.

La revolución rusa, según Trotski, no podría ser socialista más que si la revolución estalla en el mundo entero, si el proletariado vencedor de Rusia conjuga sus esfuerzos con el proletariado socialista de la Europa occidental.

> Sólo siguiendo esta vía, su dominación revolucionaria momentánea podrá ser el preludio de la dictadura socialista.

Sin el apoyo de la revolución mundial, la revolución rusa no logrará mantenerse en la senda del socialismo; sus victorias revolucionarias y su dirección pasarán ineluctablemente a manos del capitalismo.

> Ante el poder revolucionario —escribía Trotski— se plantearán tareas socialistas objetivas, cuya solución se verá entorpecida, en una fase determinada de su desarrollo, por el retraso económico del país. Esta contradicción no tiene solución en el marco de la revolución nacional.

La incomprensión del verdadero papel del proletariado ruso y la falta de confianza en sus fuerzas han conducido, lógicamente, en la actualidad, a Trotski, compañero de ruta de la revolución proletaria, al campo de los adversarios de clase del proletariado, aunque Trotski se esfuerce por todos los medios en enmascarar su traición con frases revolucionarias.

El profundo pesimismo que se manifiesta en la apreciación de los aliados del proletariado en el interior del país debe ser considerado, evidentemente, como una manifestación de la mentalidad menchevique.

Si el menchevismo más puro, menospreciando las fuerzas proletarias y negando la posibilidad de una colaboración entre el

proletariado y los campesinos, reconocía cínicamente la hegemonía de la burguesía, conviene decir que el menchevismo recompuesto según la formulación de Trotski no hacía más que repetir la misma idea. Y al hacer esto, Trotski se refugiaba púdicamente, para defender sus posiciones, detrás de la necesidad de una revolución mundial simultánea y menospreciaba, a su vez, a los aliados del proletariado en el interior del país.

No sin razón Mártov, el jefe de los mencheviques rusos, en su obra *Historia del Partido socialdemócrata obrero ruso*, considera el trotskismo como menchevismo recompuesto.

El pronóstico formulado por los bolcheviques y mencheviques sobre la futura revolución y sus fuerzas motrices constituye la base de las decisiones del III Congreso del P.O.S.D.R. y de la Conferencia de Ginebra (menchevique). Partiendo del punto de vista de que el proletariado era la principal fuerza motriz de la revolución, los bolcheviques consagraron una atención excepcional a la huelga general y a la insurrección armada. Según las decisiones del congreso, la lucha por la huelga general debe ser la palanca de la propaganda política. Hay que añadir que los bolcheviques no consideraban en modo alguno la huelga general como el punto culminante de la revolución; insistían resueltamente en que la huelga general debe necesariamente transformarse en insurrección armada. Sólo esta última puede ser considerada como etapa suprema de la lucha; sólo a consecuencia de la insurrección armada es posible abolir la autocracia e instituir un gobierno revolucionario provisional. Los mencheviques, por el contrario, observaban una actitud crítica frente a la consigna bolchevique sobre la necesidad de la lucha armada, considerando el llamamiento a la insurrección armada como una inepcia.

También en Trotski hallamos una subestimación del levantamiento armado en tanto que factor inevitable de la revolución.

> La insurrección armada —escribía Trotski en 1905— no es más que un elemento «técnico» *que puede intervenir o no en la revolución.*

Pero cuando la inminencia de una insurrección armada resultó evidente, Trotski, al asumir la defensa de la consigna de lucha armada, mostró su absoluta falta de comprensión de la teoría marxista sobre la insurrección armada en tanto que arte militar, sobre la necesidad de no jugar con la insurrección armada, sino de prepararse a ella con toda la seriedad posible.

En relación con la insurrección armada se adoptaron también resoluciones en el III Congreso y en la Conferencia de Ginebra sobre la participación en el gobierno provisional revolucionario.

Partiendo del punto de vista de que la hegemonía del proletariado era inminente, los bolcheviques decidieron entrar en el gobierno provisional y luchar por que el poder perteneciese a los obreros y campesinos. En cuanto a los mencheviques, convencidos de que la burguesía tendría la hegemonía en la revolución y detentaría, por consiguiente, el poder, y deseosos de no asustar a sus representantes, preferían no entrar en el gobierno, contentándose con organizar la oposición para ejercer, desde fuera, una presión sobre aquél.

Esta táctica, en apariencia revolucionaria, de los mencheviques, que predicaban la no participación en el gobierno provisional, no era, en suma, más que la expresión de su falta de fe en la hegemonía del proletariado ruso en la revolución.

Entre las restantes decisiones principales adoptadas por el III Congreso conviene anotar las que se refieren a la necesidad de luchar enérgicamente por la alianza del proletariado y los campesinos.

Los bolcheviques se daban perfectamente cuenta de que dada la agravación revolucionaria de la lucha de clases la pequeña burguesía desempeñaba un papel considerable.

En el momento de la explosión revolucionaria la pequeña burguesía, de ordinario diseminada desde el punto de vista político, da pruebas de actividad. Pero, muy a menudo, la burguesía, especulando hábilmente con la miopía política de la pequeña burguesía, utiliza estas capas para aplastar la revolución.

Teniendo en cuenta este estado de cosas, Lenin estudió a fondo la cuestión de saber en qué medida el proletariado puede intervenir en calidad de director político de las masas pequeño-burguesas y campesinas. Comprendía perfectamente que la

alianza del proletariado con los campesinos significaba el triunfo de la revolución.

Por otra parte, no le parecía menos evidente que la clase obrera, incluso políticamente madura, no está en condiciones de vencer si se opone a ella la alianza de la autocracia, de la burguesía y los campesinos. Uno de los grandes méritos de Lenin consiste en haber establecido, ya en 1905, el carácter heterogéneo, desde el punto de vista político, de la pequeña burguesía y demostrado que si el proletariado emplea una táctica inteligente la clase obrera puede ganar numerosos aliados en los medios pequeñoburgueses. Especialmente la revolución rusa de 1905 —Lenin lo probó con evidencia— mostró que los aliados más próximos del proletariado pueden ser las grandes masas campesinas víctimas de las supervivencias feudales.

Por eso el Congreso consagró una atención particular a la lucha por la conquista de las masas campesinas fundamentales. Lenin comprendía que la solución positiva de este problema significaría que el proletariado se había elevado por encima de sus intereses estrechamente corporativos y se había transformado realmente en una clase llamada a desempeñar un papel político de primera importancia.

El Congreso adoptó una decisión diciendo que la clase obrera debía otorgar su apoyo pleno y entero a las acciones revolucionarias de los campesinos, incluyendo la confiscación en beneficio de los campesinos (es decir, la toma sin indemnización) de las tierras pertenecientes a los grandes propietarios, al Estado, a los monasterios y a la corona. El Congreso aprobó igualmente la creación de comités campesinos, impuestos por la acción directa, en tanto que órganos de dirección de la lucha campesina.

La actitud observada por los mencheviques con respecto al movimiento campesino era enteramente distinta. Su desinterés y su incomprensión del papel del movimiento campesino derivaban, naturalmente, de que reconocían la hegemonía de la burguesía en la revolución. Así, al tratar del movimiento campesino, los mencheviques hablaban modestamente del «trabajo a efectuar entre los campesinos». En cuanto a la cuestión de los comités campesinos, planas mayores de la lucha revolucionaria de los campesinos, la aplazaban hasta... la Asamblea constituyente, y no

estaban de acuerdo con los bolcheviques que juzgaban indispensable organizar inmediatamente dichos comités campesinos.

En fin, señalemos entre las cuestiones fundamentales debatidas en el III Congreso sus resoluciones sobre los principios de organización del Partido y el papel de este último en los combates revolucionarios.

Ya en el II Congreso del P.O.S.D.R. (en 1903), la proposición hecha por Mártov sobre el párrafo 1.º de los estatutos del Partido diciendo que podía ser miembro del Partido todo el que le prestase su apoyo, había provocado una vigorosa protesta de Lenin, el cual estimaba que el Partido no puede ser una organización amorfa e inconsistente. Por eso Lenin atacó resueltamente a Mártov, comprendiendo que el oportunismo en cuestiones de organización es el reflejo del oportunismo político general.

Mucho antes del II Congreso, Lenin se había alzado contra la teoría, en apariencia muy revolucionaria, de los *rabochedielzy*[2] sobre la «iniciativa proletaria»; había demostrado que la burguesía puede muy bien acomodarse a la teoría de la «iniciativa proletaria» mientras no haya un sólido Partido proletario de combate.

No sin razón los oportunistas han seguido enarbolando hasta hoy semejante consigna.

> La *Iskra*[3] —escribía Lenin— deja de nuevo correr chorros de tinta en sus columnas para defender el «remolquismo» encubierto con los nauseabundos juramentos ya conocidos: ¡señor, yo creo en la «iniciativa proletaria»! En nombre de la iniciativa proletaria los mencheviques P. R. Axelrod y Martinov, Mártov y Liber, del Bund, defendieron en el Congreso el derecho de los profesores y estudiantes a ser miembros del Partido sin pertenecer a ninguna organización. En nombre de la iniciativa proletaria se confeccionó la «teoría» del «proceso de organización» que justificaba la desorganización y glorificaba el anarquismo intelectual. En nombre de la iniciativa proletaria se deformaba, enmascaraba y envilecía la idea de la insurrección armada.

---

[2] *Rabochedielzy*: predecesores de los mencheviques.
[3] Que entonces había pasado a ser órgano menchevique. — *Nota del autor*.

Esta denuncia hecha por Lenin de la interpretación oportunista de la «iniciativa proletaria» explica su doctrina sobre el Partido. Lenin se pronunciaba resueltamente contra la desaparición de las fronteras del Partido, considerando a este último como una organización combativa de vanguardia de la clase obrera, armada con la teoría revolucionaria y capaz, por ello mismo, de asumir la dirección de la clase obrera. Disponer de un Partido bolchevique significaba, para el proletariado, asumir la dirección del movimiento obrero, darle la organización y la fuerza. Ahora bien: estar organizado equivale para el proletariado a pasar a ser fuerte, invencible. No sin razón Henriette Roland-Holst, en la época en que era revolucionaria, escribía en su libro *La huelga general y la socialdemocracia* que «la organización es al proletariado lo que la potencia militar era al feudal y el dinero a la burguesía».

Privado de su Partido de combate, el proletariado está condenado a la desorganización, que es hábilmente explotada por la burguesía, casi siempre con ayuda de sus agentes, los oportunistas.

He ahí por qué en el III Congreso del P.O.S.D.R. Lenin concedió a los problemas de organización del Partido una importancia excepcional. Las resoluciones elaboradas por el Congreso insisten en que la condición esencial para la pujanza y actividad del Partido reside en su estrecha unión con las grandes masas y llaman al mismo tiempo la atención sobre la necesidad de una rigurosa disciplina proletaria en las filas del Partido.

> La necesidad de modificar radicalmente la organización del trabajo del Partido —dice una de las resoluciones del congreso— se impone particularmente en el actual período de ímpetu revolucionario general, cuando todas las clases sociales descienden a la arena de la lucha política y los elementos más diversos de la sociedad burguesa buscan un apoyo en el seno de las masas populares.

Teniendo en cuenta el hecho de que la burguesía, en período de crisis revolucionaria, se esforzará por lodos los medios en encontrar un punto de apoyo en las diferentes capas del proleta-

riado, el congreso afirmó la necesidad de constituir una organización de Partido centralizada, capaz de absorber a los elementos proletarios esclarecidos.

La lucha sin desmayo por la pureza de la teoría revolucionaria, la denuncia vigorosa de las proposiciones oportunistas y la agrupación, sobre esta base, del Partido bolchevique centralizado; tales son los principios en que se inspiró el III Congreso.

Lenin estimaba así el alcance de este congreso:

> En vísperas del III Congreso tres cuestiones principales se planteaban ante el proletariado consciente de Rusia. En primer lugar, la crisis del partido; en segundo término, la cuestión, todavía más importante, de la forma de organización del Partido en general; tercero, las cuestiones esenciales de nuestra táctica en el actual período revolucionario.

La existencia de un Partido proletario independiente permitía, a su vez, al proletariado intervenir también en calidad de director de las grandes masas campesinas. Por el contrario, la desaparición de las fronteras del Partido amenazaba con constreñir a la clase obrera a arrastrarse a la cola del movimiento y a dejarse conducir por las organizaciones liberales-burguesas.

El hecho de que el Partido bolchevique no lograra en 1905 abatir la autocracia no debilita lo más mínimo las decisiones del III Congreso. Los motivos que determinaron la derrota de la primera revolución rusa distaban mucho de depender del estado y de la táctica del Partido bolchevique.

Ante todo, conviene señalar que los efectivos de los bolcheviques en 1905 eran sumamente insignificantes. Con arreglo a datos aproximativos había, en 1905, de 12 a 13.000 bolcheviques y unos 7.000 mencheviques. Hay que advertir que las difíciles condiciones del trabajo ilegal no permitían que se desarrollase más a fondo la actividad política. Las continuas detenciones, la feroz represión ejercida por la autocracia, las listas negras elaboradas con los nombres de los obreros políticamente sospechosos; tales eran las condiciones cotidianas del trabajo de los bolcheviques.

Y, sin embargo, a pesar de las más salvajes represalias gubernamentales, de las ejecuciones y deportaciones de centenares de revolucionarios, la autocracia no se hallaba en condiciones de

destruir al Partido bolchevique, cuyo crédito aumentaba entre las masas obreras.

La autocracia no comprendía que era imposible hacer desaparecer al Partido bolchevique, producto inevitable del desenvolvimiento capitalista; no se daba cuenta de que los comunistas tenían la misión histórica de ser los sepultureros del capitalismo y los constructores de la sociedad socialista. Las medidas despiadadas adoptadas contra los bolcheviques no hicieron más que aguerrir al partido; los militantes encarcelados eran reemplazados cada vez por fuerzas nuevas.

Poco después de los acontecimientos del 9 de enero, los efectivos del Partido acusan una rápida ascensión. Las organizaciones locales se quejan de continuo de no disponer de un número suficiente de agitadores experimentados, de propagandistas, de organizadores, y solicitaban la ayuda del Comité Central. Esta circunstancia atestigua una vez más la autoridad creciente de la organización bolchevista que, a medida que se desarrolla la revolución de 1905, se transforma en Partido de masas. Sin embargo, los bolcheviques no consiguieron convertirse en el único Partido del proletariado en 1905. Los mencheviques gozaban todavía en muchos lugares de una cierta influencia, lo que prueba que el proletariado ruso en 1905 no se había emancipado aún de los influjos oportunistas liberales-burgueses. Esto, evidentemente, tuvo una importancia capital para la revolución y fue una de las causas esenciales de la derrota infligida a la primera revolución rusa.

La presencia de fuertes tendencias oportunistas en la clase obrera rusa de 1905, tendencias que provienen sobre todo de la inconsciencia política de tal clase, hace resaltar todavía mejor el papel histórico de los bolcheviques que señalaron ante el proletariado, con intrépido coraje, la vía a seguir. El pronóstico bolchevique sobre las tareas y las fuerzas motrices de la revolución de 1905 se confirmó plenamente. En cuanto a la derrota del proletariado en 1905, fue la condición ineluctable de su victoria en 1917. Sin un potente Partido bolchevique esta victoria hubiera sido imposible.

CAPÍTULO III

Del 9 de enero a la huelga general de octubre

Los acontecimientos del 9 de enero sacudieron profundamente a todas las clases sociales. La huelga de protesta contra los asesinatos, que se extendió de un extremo a otro de Rusia en enero-febrero, ilustraba brillantemente la agravación de la lucha de clases en el país. Al lado de la movilización de las fuerzas socialdemócratas se ve surgir, en 1905, una serie de organizaciones de la burguesía, de los campesinos y de la pequeña burguesía intelectual.

Desde febrero se asiste a la aparición de numerosas uniones profesionales-políticas de los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses que, en mayo, trataron de constituir una Unión Panrusa. Sin embargo, asociados por primera vez a la revolución, estos elementos no se hallaron en condiciones de elaborar un programa político único propio de ellos. La tendencia a agrupar a las uniones profesionales-políticas de abogados, médicos, ingenieros, etc., en una Unión de sindicatos puso de relieve, por el contrario, la heterogeneidad de los intelectuales rusos.

Resultaba evidente que, con la ulterior exacerbación de la lucha revolucionaria, la Unión de sindicatos sería incapaz de intervenir como una fuerza política independiente. Más aún, la agravación de la lucha de clases ponía al descubierto su carácter heterogéneo. La impotencia de la intelectualidad burguesa y pequeñoburguesa para agrupar sus fuerzas sobre una plataforma política única era debida a que la revolución de 1905 se desarrollaba en el marco de la hegemonía proletaria, lo que no ocurrió, por ejemplo, con la Gran Revolución francesa. Esta circunstancia es la que suscitaba la división entre los intelectuales rusos y, en particular, en el seno de la Unión de sindicatos.

La parte verdaderamente revolucionaria marchaba codo con codo con el proletariado, mientras la otra parte se preparaba ostensiblemente a aplastar el movimiento obrero y campesino.

La burguesía rusa temía la revolución popular. Era una aliada poco segura de esta última, aliada que a las menores concesiones de la autocracia desertaba al campo reaccionario. Así ocurrió en octubre.

La impotencia de la burguesía para las acciones revolucionarias estaba determinada por la historia. Hasta la fracción más progresiva de la burguesía rusa —los cadetes— no pasaba más allá de la monarquía constitucional. En cuanto a los reaccionarios, no querían siquiera oír hablar de ella. Conviene, sin embargo, señalar que los representantes de la burguesía rusa han intentado, en muchas ocasiones, emplear un lenguaje seudorrevolucionario sobre todo con el fin de «dar miedo» a la autocracia; pero, a lo sumo, trataban de que fuesen depuestos tales o cuales funcionarios zaristas indeseables.

Por lo general, la frase revolucionaria en boca de los burgueses rusos no iba más allá de las aspiraciones constitucionales. Nada tiene de sorprendente, por lo tanto, que cuando en diciembre de 1905 la autocracia se halló en verdadero peligro de muerte, los representantes de la burguesía, que la víspera aún pronunciaban discursos revolucionarios, asumieran la defensa activa del absolutismo.

El desenvolvimiento de la lucha de clases en 1905 confirmó plenamente la característica hecha por los bolcheviques de la burguesía en tanto que clase manifiestamente incapaz de dirigir la revolución, clase políticamente corrompida y cobarde. Esta circunstancia halló asimismo su expresión en el programa burgués, que dejaba totalmente de lado el problema obrero y campesino. En cuanto a la confiscación de tierras, la burguesía temía hasta hablar de ello y juzgaba también inaceptable la jornada de ocho horas. El programa, políticamente híbrido, de la burguesía rusa no contenía naturalmente nada que pudiese dar satisfacción a las grandes masas de la pequeña burguesía intelectual, la cual, sometida al infame yugo de la autocracia, trataba, para aniquilar a esta última, de apoyarse en el proletariado y los campesinos.

He aquí por qué, al lado del reaccionarismo de una notable parte de los intelectuales rusos, hubo en la primera revolución millares de ejemplos de heroísmo indefectible por parte de los representantes de la pequeña burguesía intelectual que, por espíritu de abnegación, en el curso de su lucha contra el zarismo perecían en las barricadas al lado de los obreros.

Los acontecimientos del 9 de enero pusieron en movimiento a grandes contingentes obreros y hallaron un eco entre los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses; también repercutieron en la lucha emprendida por las amplias masas campesinas.

Bajo la influencia de las derrotas militares y del movimiento proletario de enero, la agitación revolucionaria campesina adquiere un potente esplendor en los meses de febrero y marzo. En estos dos meses, las revueltas campesinas se extendieron de un extremo a otro de la Rusia central, de Polonia, de la Rusia occidental y del Cáucaso, es decir, en las regiones dotadas de una industria altamente desarrollada. Así, el movimiento agrario que estalló en la primavera de 1905 en la Rusia interior se extendió a 62 distritos, es decir, al 14% de todos los distritos de Rusia. El número total de levantamientos campesinos registrados en 1905 se eleva a 7.077 (en 1904 no hubo más que 91).

Casi todas las capas campesinas participaron en el movimiento, hasta los elementos acomodados y kulaks. El movimiento campesino tendía sobre todo a la toma de las grandes propiedades, los bosques y las praderas. La efervescencia campesina constituía una seria amenaza para la autocracia. Sin embargo, la falta de organización, la espontaneidad y la falta de correspondencia de los movimientos agrarios, así como la ingenuidad política de los campesinos, una gran parte de los cuales no había perdido aún su fe en el zar, disminuían la fuerza del movimiento y ayudaban a la autocracia a reprimirlo. Temiendo la cohesión del movimiento campesino, la autocracia atropellaba furiosamente a las organizaciones revolucionarias campesinas.

En la primavera de 1905 se hacen ya tentativas para crear una unión revolucionaria campesina. La Conferencia preliminar para la organización de la Unión campesina se celebró en mayo; el congreso constituyente de esta última, en julio.

La «Unión campesina», sin embargo, no estuvo en condiciones de asumir la dirección efectiva del movimiento. La causa esencial de ello fue la falta de preparación revolucionaria de los directores de la Unión. En la organización de la Unión campesina habían participado activamente los representantes de los intelectuales burgueses radicales, que se proponían explotar a los campesinos en beneficio propio, lo que no dejó de ejercer un cierto influjo sobre la actividad ulterior de la Unión.

No estando representadas las grandes masas campesinas, el Congreso constituyente de la Unión campesina se mostró incapaz de lanzar audazmente la consigna de la expropiación de los terratenientes, consigna preconizada por las multitudes. En el congreso desempeñaron un papel considerable los campesinos acomodados y sus representantes, los socialistas-revolucionarios, los cuales, aunque no intervinieron activamente contra la expropiación de los terratenientes, tampoco intentaron plantear la cuestión en toda su amplitud.

Las contradicciones que se manifestaban entre las diversas capas campesinas y que tuvieron un eco debilísimo en el primer congreso de la Unión campesina aparecieron, después, cada vez más claramente a medida que la revolución seguía su curso.

La diferenciación del movimiento campesino y el conflicto que surgió a fines de 1905 entre las masas fundamentales del campo impregnadas de espíritu revolucionario y los kulaks mostraron cuán quimérica era la idea de querer crear una Unión campesina en tanto que guía del conjunto del movimiento campesino. Por eso no fue casual que cuando, bajo la influencia del nuevo empuje del movimiento campesino, comenzaron a reforzarse en el seno de la Unión campesina los elementos revolucionarios, los representantes de los kulaks pensaran constituir, a su vez, una Unión que congregase a las capas acomodadas del campo. Y naturalmente el proyecto de programa de esta nueva Unión campesina proclamaba inviolable la propiedad privada de la tierra.

La diferenciación del movimiento campesino se debía igualmente a la insuficiente cristalización política del Partido socia-

lista-revolucionario, que aspiraba a tomar en sus manos la dirección de los campesinos y que no era, en el fondo, más que la organización política de la pequeña burguesía intelectual radical.

El I Congreso del Partido socialista-revolucionario, celebrado en diciembre de 1905, puso en evidencia, con sobrado relieve, la nulidad de su programa, reflejo, en gran parte, de la ingenuidad política de las grandes masas campesinas, cuyo movimiento revestía sobre todo un carácter económico, espontáneo y estaba insuficientemente formado políticamente.

Las ilusiones políticas que se manifestaban entre las masas campesinas y, parcialmente, entre las masas obreras, servían de punto de apoyo al absolutismo y le salvaron más de una vez de la muerte.

Hay que decir, sin embargo, que las grandes masas obreras y campesinas habían tenido muchas veces la ocasión de convencerse del carácter de clase de la autocracia. La experiencia adquirida contribuía grandemente a templarles para la lucha, que era áspera y tenaz. En diversas ocasiones el proletariado y los campesinos pudieron persuadirse de la hipocresía y mendacidad del zarismo. Las derrotas proletarias fueron numerosas. Pero no por eso cesó la lucha tenaz. Esta lucha se inició por escaramuzas en la primavera y el verano de 1905, que terminaron en una huelga general. Nada podía detener el curso de la revolución.

A pesar de los cientos de víctimas caídas el 9 de enero, de la matanza de los obreros del textil de Ivanovo-Voznesiensk con ocasión de la huelga de aquel verano, del aplastamiento de la rebelión de los marineros del «Potemkin» en junio y de la feroz represión por parte de la autocracia de las miles de revueltas campesinas, la revolución proseguía su marcha inexorable hacia la huelga general. Ésta, por lo demás, no pudo ser conjurada ni siquiera por las lamentables y cínicas maniobras realizadas por la autocracia para probar que estaba dispuesta a hacer concesiones a la revolución.

La lucha que se desencadenó entre enero y octubre puso al desnudo las contradicciones de clase. En el período comprendido entre enero y octubre se efectuó la preparación de la lucha decisiva entre la revolución y la reacción. En octubre-diciembre acaecieron las batallas decisivas.

Viendo el empuje de la oleada revolucionaria en 1905, el gobierno zarista hizo gestiones para apartar de la revolución a las capas menos estables. Para este fin creó la Comisión del senador Schidlovski, encargada de averiguar las causas del descontento obrero, y otra Comisión presidida por el ministro del Interior, Bulyguin; esta última debía ocuparse de la convocatoria de una Duma consultiva.

Detengámonos sumariamente en todos estos hechos que explican la lucha suscitada en torno de las comisiones Schidlovski y Bulyguin, lucha que muestra la actitud observada por las diferentes clases sociales con respecto a la revolución.

Antes de abordar el examen de los trabajos de la Comisión, Schidlovski propuso a los obreros que designasen electores. Estos últimos debían a su vez nombrar delegados mandatados para dar a conocer a la Comisión las causas del descontento de los trabajadores. Las labores de la Comisión Schidlovski no podían dejar de interesar a la socialdemocracia. No obstante, la actitud de los bolcheviques frente a esta Comisión difería de la de los mencheviques.

Los mencheviques se mostraron impotentes para dar directivas políticas precisas. Mientras que algunos de ellos eran partidarios de boicotear a la Comisión Schidlovski, otros afirmaban la necesidad de transformar dicha comisión en un centro político del movimiento obrero.

Los bolcheviques, por el contrario, adoptaron desde el principio una actitud perfectamente determinada. Temiendo que la consigna del boicot de la Comisión Schidlovski aportase la escisión en el seno de la clase obrera, en la cual las ilusiones democráticas estaban todavía arraigadísimas, los bolcheviques propusieron utilizar a fondo la campaña electoral para la propaganda revolucionaria.

A propuesta de los bolcheviques los obreros debían exigir en las reuniones electorales que la autocracia les garantizase las condiciones políticas necesarias para la buena marcha de las elecciones, a saber: libertad de palabra, inmunidad de los diputados y participantes en las reuniones, autorización para reunir previamente a todos los electores. Además, los bolcheviques proponían

que en las reuniones de electores se elaboraran las reivindicaciones económicas y políticas que habían de presentarse a la Comisión.

Gracias a la activa participación de los bolcheviques en la campaña electoral, casi el 20% de los electores resultaron miembros de la organización socialdemócrata y cerca del 40% simpatizantes. El resto de los obreros, atraídos por primera vez al movimiento revolucionario, aunque no tenían opiniones políticas netamente caracterizadas, no estaban tampoco libres de la influencia socialdemócrata. Dada la composición de los electores, se comprende que el 13 de febrero fueran elaboradas las reivindicaciones preconizadas por los bolcheviques en lo que se refería a las libertades políticas. Es evidente que la Comisión Schidlovski no estaba en condiciones de aceptar tales reivindicaciones que reclamaban, en último análisis, la abolición de la autocracia. No es, pues, sorprendente que inmediatamente después de la asamblea de electores Nicolás II hiciera liquidar resueltamente dicha Comisión.

Sin embargo, la campaña electoral efectuada por los bolcheviques tuvo para los obreros una gran importancia política y educativa. Los bolcheviques pudieron, por vez primera, establecer un amplio contacto con las masas obreras. Denunciaron ante estas últimas la pasividad de la burguesía en lo que tocaba a la mejora de la situación del proletariado y demostraron la incapacidad en que se hallaba la autocracia de otorgarles las libertades políticas. En esta misma campaña por las elecciones a la Comisión Schidlovski, los obreros pudieron igualmente convencerse de la inconsistencia política de los mencheviques.

Otra campaña que los bolcheviques explotaron a fondo como tribuna para su trabajo revolucionario de masas fue la Comisión del senador Bulyguin. Esta comisión tenía como misión la preparación de la convocatoria de una Duma consultiva. Conforme al proyecto, dicha Duma no tenía facultades legislativas, y sólo podía emitir su opinión. La Duma Bulyguin era manifiestamente una concesión que la autocracia y la nobleza hacían a la burguesía.

La mayor parte de los puestos de la Duma, según la idea de Nicolás II, debían corresponder a la nobleza; algunos a la burguesía; a las nueve décimas partes de los campesinos se les privaba de toda representación en ella. En cuanto a los obreros, la pequeña burguesía intelectual y las mujeres, estaban privados del derecho de voto.

Los bolcheviques propusieron boicotear la Duma de Bulyguin, pero estimaron sin embargo útil explotar las reuniones previas y, en caso necesario, hasta penetrar en ellas a la fuerza para instar a las masas a la lucha revolucionaria.

En sus reuniones, los bolcheviques oponían a la Duma de Bulyguin la convocatoria de una Asamblea constituyente y apelaban a la lucha armada.

En cuanto a los mencheviques, ponían de manifiesto su impotencia. Lanzaron la consigna de «elección de una administración autónoma revolucionaria», consigna que, de hecho, rechazaba la necesidad de la insurrección armada.

Lenin puso de relieve la naturaleza oportunista de esta consigna menchevista que desorientaba prácticamente al proletariado.

> Esta consigna —escribía— no vale nada. Es confusa desde el punto de vista de las tareas políticas en general y lleva agua al molino de la emancipación[4] desde el punto de vista de la situación actual.
>
> La organización de una administración autónoma revolucionaria, la elección por el pueblo de sus hombres de confianza no son *el prólogo*, sino *el epílogo* de la insurrección. Asignarse como objetivo esta organización desde ahora, antes de la insurrección, aparte de esta última, es señalarse un objetivo absurdo y sembrar la confusión en la conciencia del proletariado revolucionario.

Las reuniones que se efectuaron ulteriormente confirmaron por completo la opinión emitida por V. Lenin. Los mencheviques no comprendían que la insurrección armada es una etapa ineluc-

---

[4] Léase: de la burguesía. — *Nota del autor*.

table de la revolución. A este respecto su consigna de «organización de una administración autónoma revolucionaria» era, en el fondo, perfectamente aceptable para el liberalismo burgués.

Por lo que toca a los representantes oficiales de la burguesía, les faltó coraje para boicotear abiertamente la Duma de Bulyguin. La burguesía se hubiera contentado con esta ínfima concesión por parte de la autocracia de no haber sido por la famosa huelga textil de Ivanovo-Voznesiensk y la rebelión del acorazado «Potemkin», que acreditaban que el curso de la revolución seguía una línea ascendente.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, la autocracia introdujo algunas modificaciones en el decreto publicado en agosto sobre la Duma de Bulyguin; la derrota experimentada por Rusia en la guerra con el Japón, que había provocado el desenvolvimiento del espíritu revolucionario, también contribuyó a ello.

La huelga de Ivanovo-Voznesiensk, que duró más de dos meses, fue un acontecimiento de gran importancia en la revolución de 1905 y que constituye, por decirlo así, un puente entre los sucesos del 9 de enero y la huelga general de octubre.

El movimiento de Ivanovo-Voznesiensk atrajo la atención de las grandes masas obreras. Iniciada en el terreno de la lucha por el mejoramiento de la situación económica de los obreros textiles, adquirió, sin disputa, una enorme importancia política. En este sentido, la huelga de Ivanovo-Voznesiensk, que interesaba a las masas obreras de todas las empresas de la región, ofrece un colosal interés desde el punto de vista de la transformación de una huelga económica en huelga política; asimismo pone de relieve el papel que la huelga de masas desempeña en la educación política de los obreros.

La huelga, que duró dos meses, fue una excelente escuela política para los trabajadores de Ivanovo-Voznesiensk. Muchos de los que antes de la huelga habían observado una actitud negativa respecto de la lucha política se convirtieron, en el curso de la lucha, en abnegados revolucionarios.

He aquí cómo describe uno de los combatientes el estado de espíritu de muchos obreros al principio de la huelga:

> Al iniciarse la huelga, en los discursos de los oradores no sólo no se oían llamamientos brillantes y ardorosos a la lucha armada, sino que se notaba la tendencia a abordar las cuestiones agudas de la revolución con gran circunspección. Ello obedecía a que el estado de espíritu de la mayor parte de los huelguistas, elementos sumamente atrasados, era negativo con respecto a todas estas cuestiones. La prueba es que cuando algunos camaradas intentaban plantear tales cuestiones, la mayoría protestaba; por todas partes se oían gritos: «¡Basta! ¿Para qué plantear esas cuestiones? Queremos una lucha pacífica y no la revolución. ¡Nuestra huelga es una huelga económica!»

No obstante, en el curso de la huelga, los obreros se convencieron de que la «lucha pacífica» no ofrece más que peligrosas ilusiones. La «lucha pacífica» no podía ser obra sino de elementos atacados de miopía política, atrasados, incapaces de asimilarse las leyes que rigen la lucha de clases. No era menos utópico querer disociar la huelga económica de la lucha política. En el curso del desenvolvimiento de la huelga los obreros comprendieron que la política y la economía no eran otra cosa que los dos lados de una misma medalla; que el Estado era un aparato de coerción al servicio de las clases directoras.

En efecto, cuando fracasaron las primeras negociaciones con los patronos, la administración zarista tomó medidas enérgicas para liquidar la huelga. No tuvo escrúpulos en desencadenar una sangrienta matanza. Adoptó todas las medidas necesarias para prohibir las reuniones obreras y las tropas zaristas montaban la guardia en torno del lugar donde habitualmente se reunían los obreros, a orillas del río Talka, no dejando pasar a nadie. Los encarcelamientos de los obreros activos y políticamente preparados eran un fenómeno ordinario durante la huelga. A cada paso las autoridades zaristas se obstinaban en demostrar que el Estado no es una organización por encima de las clases, como pretenden los oportunistas, sino única y exclusivamente un organismo de coerción de la clase dominante.

Los obreros se dieron cuenta en la práctica, con el ejemplo de la huelga de Ivanovo-Voznesiensk, de que sus reivindicaciones —jornada de ocho horas, libertad de reunión, de prensa y de palabra y demás derechos civiles— no serían más que vanas palabras

mientras el poder estuviese detentado por la autocracia, al servicio de los intereses de los terratenientes y de la burguesía. He aquí por qué la huelga de Ivanovo-Voznesiensk, iniciada como una huelga económica, dejó muy pronto de contentarse con reivindicaciones esencialmente económicas para formular otras políticas.

La huelga de Ivanovo-Voznesiensk es además interesante porque los obreros constituyeron un Comité Central de huelga que tomó el nombre de «Soviet de diputados obreros» y que, de hecho, fue el prototipo de los Soviets de diputados obreros engendrados por la huelga general de octubre como órganos de lucha directa por la toma del poder.

Fortalecidos por esta organización directora de masas, los obreros comprendieron la importancia que tiene la organización.

La otra lección esencial que sacaron del movimiento fue la conciencia del papel enorme de la organización del Partido.

Sólo gracias a la presencia de un Partido bolchevique fuerte, que era el jefe ideológico del movimiento y el director político del Soviet de Ivanovo-Voznesiensk, revistió la huelga un carácter tan rígido de tenacidad y cohesión.

Aunque la huelga terminó por una derrota y los obreros no obtuvieron las reivindicaciones más elementales susceptibles de mejorar su situación, no por eso dejó de imprimir una huella imborrable en la historia.

Fueron precisos los rigores del lockout proclamado por la empresa y la feroz represión ejercida por las autoridades zaristas para lograr romper esa huelga que se había distinguido por el heroísmo lleno de abnegación de los huelguistas, entre los cuales se dieron casos de muerte provocada por el hambre. La revolución de 1917 debe a la huelga de Ivanovo-Voznesiensk, en 1905, miles y miles de revolucionarios abnegados. No sin razón Ivanovo-Voznesiensk, el Manchester ruso, es el orgullo de la revolución rusa. Por eso la derrota de la huelga de Ivanovo de 1905 no debe ser considerada sino relativamente. Ya en 1905, la huelga atrajo las miradas de todos los obreros de Rusia, constituyó la admiración de estos últimos y se ganó la maldición de los servidores del zarismo.

Otro gran acontecimiento que atrajo las miradas de toda Rusia fue la rebelión del acorazado «Potemkin», en junio de 1905, que constituyó un síntoma amenazador para el zarismo dado el desenvolvimiento del espíritu revolucionario en el ejército.

Es cierto que en diversas ocasiones habían agitado ya al ejército llamaradas revolucionarias. Pero la sublevación a bordo del «Potemkin» tuvo un alcance excepcional por la sencilla razón de que amenazaba extenderse a otras unidades militares de la flota del mar Negro. No sin razón Nicolás II, al recibir la noticia de la sublevación, quedó verdaderamente horripilado:

> El diablo sabe lo que ocurrirá en la flota del mar Negro —consignaba en su diario enseguida de recibir las primeras noticias concernientes a la sublevación—. ¡Con tal de que se logre mantener sumisos a los equipajes de la escuadra!

La causa inmediata de la sublevación fue la reclamación de los marineros que pedían la mejora del rancho. Un día, a mediados de junio, los marineros se negaron a comer el *borsch* (sopa de coles) preparado con carne podrida.

Un oficial profirió amenazas, lo que tuvo como resultado exasperar a los marineros. Como uno de ellos, Vakulinchuk, hiciera una observación dura con respecto al oficial, éste último, loco de rabia, le mató en el acto de un tiro. No habían pasado unos segundos cuando el oficial en cuestión no existía ya; tanto él como los demás oficiales fueron arrojados al mar. Los marineros sublevados se hicieron dueños del acorazado. Después de haber izado la bandera roja, el acorazado sublevado zarpó con rumbo a Odesa, donde su llegada coincidió con la huelga de los obreros del puerto y despertó un entusiasmo inenarrable entre la población. El cuerpo del marinero muerto, Vakulinchuk, fue depositado en tierra con lodos los honores. Las autoridades locales perdieron la cabeza. Sólo la falta de organización del movimiento puede explicar que, en aquellos días, el poder no pasara por completo a manos de los revolucionarios. A este respecto, la revuelta del «Potemkin» muestra con evidencia la enorme importancia que tiene organizarse y también que el entusiasmo por sí solo no basta ni con mucho para hacer la revolución.

La debilidad de la organización socialdemócrata repercutió en la marcha ulterior de los acontecimientos. Aunque el heroísmo de los marineros amotinados a bordo del acorazado, que se había lanzado a la batalla contra la escuadra destacada para reprimir la sublevación, permitiera arrastrar a otro acorazado, el «Jorge Pobedonosets», la falta de una dirección satisfactoria del movimiento se dejó seriamente sentir.

La oficialidad del «Jorge Pobedonosets», que había permanecido a bordo, inició un enérgico trabajo de desagregación del movimiento, tratando de persuadir a los marineros de que si entregaban a los dirigentes podían aún rescatar su falta cerca del zar. Esta agitación contrarrevolucionaria se vio considerablemente favorecida por el hecho de que la oficialidad, que no había sido retirada de los puestos técnicos, hizo encallar conscientemente al acorazado en un banco de arena. El «Jorge Pobedonosets» hubo de rendirse.

Mientras tanto, los agentes de la autocracia proseguían entre los huelguistas del puerto una acción contrarrevolucionaria clandestina. Habiéndose declarado un incendio en el puerto, las autoridades enviaron a las tropas contra los huelguistas. La huelga fue reprimida.

La rendición del «Jorge Pobedonosets» y el aplastamiento de la huelga del puerto decidieron de la suerte del «Potemkin». Negándose a arriar la bandera ante el enemigo, el «Potemkin» se lanzó mar adentro, donde se mantuvo más de una semana, tocando en varios puertos para abastecerse de carbón y víveres. Agotadas las reservas de víveres y carbón, y después de haber hecho múltiples tentativas, infructuosas por lo demás para procurárselas, los insurrectos decidieron entregarse a las autoridades rumanas. Así terminó la sublevación de los marinos del mar Negro.

La autocracia tomó salvajes represalias: 67 marineros del «Jorge Pobedonosets» fueron pasados por las armas o condenados a presidio. El gobierno hubiese procedido todavía con mayor ferocidad con los del «Potemkin» si no hubieran huido al extranjero, donde se hallaban fuera del alcance de Nicolás II. Pero por atroces que hayan sido las violencias ejercidas por el gobierno contra los amotinados, la sublevación de la flota del mar Negro

desempeñó en el desenvolvimiento de la revolución un papel considerable. Mostró que la leyenda del zarismo invencible empezaba a desmoronarse. Confirmó plenamente la idea emitida mucho antes de la revolución de 1905, en la época de la Gran Revolución francesa, por el periódico de Loustalot, de que «los grandes, es decir, el rey y la aristocracia, no nos aparecen como tales sino porque nosotros estamos de rodillas».

En efecto, desde que el pueblo hizo las primeras tentativas para ponerse en pie, la aureola del zarismo invencible empezó a palidecer. La sublevación del «Potemkin» abrió una brecha seria en el clan de la contrarrevolución rusa y atrajo la atención de toda Rusia.

La huelga de Ivanovo-Voznesiensk y la revuelta del «Potemkin» no fueron sino los episodios más gloriosos de la lucha revolucionaria del verano de 1905. Los levantamientos obreros y campesinos se extendieron también en las demás regiones de Rusia. Aunque la mayoría fuesen reprimidos, sus derrotas no podían entorpecer el esplendor ulterior del movimiento revolucionario. Al contrario, dichas derrotas sirvieron asimismo de buena escuela revolucionaria para las masas que, a través de esta lucha, se templaban para nuevas batallas.

A fines del verano resultaba evidente que el desarrollo ulterior de la revolución era inevitable. Nuevos contingentes se unían a la lucha revolucionaria. El movimiento de efervescencia ganaba a las grandes masas de la pequeña burguesía intelectual, cuya parte más progresiva, los estudiantes, manifestó su protesta en la llamada campaña por «la autonomía de la Escuela Superior».

Sintiendo que el movimiento revolucionario se iba a desarrollar todavía más, el gobierno zarista se apresuró a firmar la paz con el Japón para no verse ligado por el enemigo exterior y poder reprimir al enemigo de dentro. Deseoso de afirmar su inclinación hacia el liberalismo, promulgó en el mes de agosto un decreto convocando la Duma de Bulyguin y confiriendo la autonomía parcial a la Escuela Superior, al mismo tiempo que se preparaba para aplastar la revolución. El ímpetu del movimiento revolucionario se acentuó en el otoño hasta el punto de que los días de la autocracia parecían contados.

El mes de octubre marca una etapa decisiva en la revolución de 1905. La huelga general de octubre abrió una nueva página en la historia de la lucha revolucionaria. En octubre-diciembre de 1905, la revolución y la reacción entablaron una batalla a muerte.

CAPÍTULO IV

La huelga general de octubre y la aparición de los primeros Soviets de diputados obreros en 1905

El movimiento obrero de 1905, cuya historia se abre por la página sangrienta del 9 de enero, desborda, en octubre, en una huelga general de protesta contra el absolutismo. Para formarse una idea de la pujanza de la huelga de octubre basta recordar que no hubo una ciudad en que la revolución no hallase eco. Por su cohesión y el número de combatientes, la huelga de octubre superó con mucho a todas las que la habían precedido no sólo en Rusia, sino también en el extranjero.

Unos días fueron suficientes para paralizar en absoluto la vida económica del país. El tráfico de los ferrocarriles había cesado; no humeaban ya las chimeneas de las fábricas; los periódicos no aparecían. Pero detrás de esta «parálisis» económica, que constituía un peligro de muerte para la autocracia, florecía una vida nueva.

Los numerosos mítines y discursos que escapaban de los sofocantes retiros clandestinos y que anatemizaban abiertamente a la autocracia acreditaban la existencia de una nueva fuerza surgida para suplantar al régimen autócrata-feudal podrido.

La cohesión de la huelga de octubre fue la resultante de todo el desenvolvimiento anterior del movimiento obrero y de la actividad desplegada por la socialdemocracia revolucionaria. Solamente así puede explicarse, a pesar de la falta de un centro de dirección único al principio de la huelga, la cohesión, la disciplina de los combatientes y el ímpetu espontáneo de las masas hacia la creación de sus propias organizaciones, cualidades todas que nos sorprenden en la huelga de octubre.

La experiencia que, bajo la dirección de la socialdemocracia revolucionaria, habían adquirido las masas obreras en la primavera y el verano de 1905 no fue inútil, y ya en el otoño el estado de espíritu revolucionario de las masas laboriosas había progresado considerablemente, lo que no pudo dejar de ver el gobierno zarista.

Así, el prefecto de policía de Petersburgo, Trépov, escribía, a principios de octubre, en su «muy respetuoso» informe a Nicolás II, lo que sigue:

> El cierre provisional de las Universidades decretado por las autoridades universitarias de Moscú y Kazán ha sido muy poco útil, ya que después de la suspensión de los cursos continúan como antes las reuniones y los mítines en las aulas de la Universidad. *Visiblemente, no estamos muy lejos del momento en que bajo el empuje de los revolucionarios que se adueñan de los establecimientos de enseñanza los desórdenes salgan del recinto de la Universidad para propagarse en las calles*.

Lo que en este informe ofrece un mayor interés es la confesión hecha por el gobierno de que la «calle», para este último, es mucho más peligrosa que los banquetes de los liberales de los *zemstvos* o las agitaciones estudiantiles. El gobierno no se engañaba en sus aprensiones sobre el movimiento proletario. No había de tardar mucho tiempo en convencerse.

Ya la huelga de tipógrafos de Moscú, comenzada el 19 de septiembre por el cese del trabajo en la imprenta Sytin, la toma de las imprentas Levenson, Yákovlev, etc., fue un imponente preludio de la huelga general de octubre, que prenunció los principales rasgos característicos de esta última. Cerca de 50 imprentas se habían incorporado, el 24 de septiembre, a la huelga por espíritu de solidaridad. La huelga de septiembre de Moscú trasladó el movimiento a la calle; las reuniones celebradas por los trabajadores del libro se transformaban en tumultuosos mítines políticos que, semejantes a un torrente, ganaban irresistiblemente los diversos puntos de Moscú; en las calles se producían colisiones entre cosacos y obreros. Contrariamente a las huelgas precedentes, el movimiento revistió un carácter organizado; obligó al prefecto de

policía a autorizar las reuniones. La necesidad de una organización única de masas se dejó imperiosamente sentir; por eso se constituyó el «Consejo de los obreros tipógrafos de Moscú», con una Comisión Ejecutiva al frente.

Sin embargo, la huelga de septiembre no hizo más que dar un impulso a la huelga general, sin lograr no obstante adoptar sus mismos métodos: los ferrocarriles, que son los nervios que enlazan a los obreros de los centros industriales de Rusia, no habían cesado su tráfico. Cierto que, en relación con la huelga de septiembre, se prepara un movimiento entre los ferroviarios de los talleres de la línea Moscú-Kursk y Moscú-Kazán. Pero las tentativas para desencadenar la huelga ferroviaria fueron abortadas por el sindicato ferroviario, que dudaba de que la huelga pudiese transformarse en general y que preparaba esta última para el momento en que fuese convocada la Duma.

La huelga de septiembre tuvo repercusiones parciales en muchos otros lugares. El 2 de octubre, los tipógrafos de Petersburgo declaraban una huelga de solidaridad de 3 días; un movimiento de efervescencia se inicia entre los obreros de las demás industrias, los cuales discuten con animación sobre la posibilidad de transformar la huelga de octubre de Moscú en una huelga general.

No obstante, bajo la influencia de la socialdemocracia, que estimaba que no había llegado todavía el momento oportuno, se adoptaron resoluciones provisionales de abstención; por falta de un apoyo general la huelga de Moscú, a principios del mes de octubre, decae poco a poco. El 3 de octubre, el telégrafo anuncia que las huelgas en Moscú decrecen; el 4 y 5 de octubre, que se ha reanudado el trabajo en numerosas imprentas y que vuelven a publicarse los periódicos; el 6, la huelga puede considerarse como terminada.

La Bolsa recobra alientos. Parecía que había renacido la calma. La opinión emitida sobre esta huelga era compartida por muchos, hasta en el campo socialdemócrata. Sólo el camarada Lenin, que se hallaba entonces en el extranjero, como emigrado político, escribía que

> todo el desenvolvimiento de la revolución rusa desde hace unos meses atestigua que el grado alcanzado hasta hoy no puede ser el grado supremo. El movimiento crece sin cesar... Cualquiera que sea el desenlace del levantamiento de Moscú, el movimiento revolucionario no dejará de resurgir con mayor vigor, abarcar un campo de acción más amplio, almacenar nuevas fuerzas.

Estas palabras proféticas no habían tenido aún tiempo de llegar a Rusia cuando se vio que la tregua debía ir seguida de una tempestad revolucionaria de gran calibre. El 7 de octubre, los telegramas de la mañana eran tranquilizadores; el 8 estaban ya alerta, puesto que anunciaban que

> el movimiento de los ferroviarios se ha reproducido, y con caracteres especialmente agudos, en la línea Moscú-Kazán. Los huelguistas son unos 3.000 y la dirección ha pedido como refuerzo un destacamento de policía.

A primera vista, esta noticia podía parecer un simple reportaje, pero los acontecimientos que la siguieron inmediatamente mostraron que había de ocupar en la historia de la revolución de 1905 un lugar de primera importancia.

El movimiento ferroviario sirvió de fuerza organizadora, determinó y trazó la vía que debía de seguir la huelga de octubre. Lo que dio el primer impulso a la huelga fue el rumor que corrió y según el cual el gobierno zarista había procedido a la detención de los delegados al congreso ferroviario —celebrado para la revisión de los estatutos de las cajas de pensiones— del 20 de septiembre.

Dado el espíritu combativo de los ferroviarios, dispuestos a la huelga general, bastó ese rumor para prender fuego al combustible, largo tiempo acumulado, del descontento general.

Los delegados se apresuraron a desmentir el rumor de su detención y se pronunciaron contra la huelga. Entonces les tocó a las masas decidir. Los acontecimientos seguían un curso tan rápido que, dos días después, el 9 de octubre, el congreso hubo de adoptar una actitud revolucionaria y someterse a la voluntad colectiva de las masas para no ser apartado por la revolución.

Si en esta ocasión se puede hablar de la espontaneidad del movimiento es sólo en el sentido de que las masas, cuyo estado de espíritu era radicalmente revolucionario, estaban desprovistas de órganos directores calificados, capaces de utilizar semejante estado de espíritu en el momento necesario.

Octubre puso de manifiesto de qué eran capaces las masas. Ya el 8 de octubre algunas líneas de ferrocarriles se unen a la línea Moscú-Kazán en huelga; más tarde, el tráfico cesa en las líneas Moscú-Arcángel, Moscú-Kursk, Moscú-Nizhni-Nóvgorod, Riazán-Ural; el 9 de octubre, las líneas de Polovets y de Moscú-Kiev-Vorónezh se unen al movimiento. Después de las líneas de Moscú la huelga ganaba, el 14 de octubre, casi todas las líneas de ferrocarriles, cuya enumeración ocuparía mucho espacio.

La huelga de septiembre había ya mostrado que la idea de la huelga general no preocupaba solamente a los ferroviarios, sino a grandes masas obreras. El abatimiento que parecía haberse apoderado de estas últimas a causa de los fracasos experimentados cedía el puesto a una nueva actividad. He aquí la imagen que da sobre el espíritu de los obreros de Leningrado [San Petersburgo] uno de los que participaron en el movimiento:

> —¡Deja el trabajo! ¡A la huelga!
>
> Y los obreros, que parecían esperar este llamamiento, arreglaban aprisa sus herramientas, bajaban al patio. Uno de los asistentes subía en los peldaños de las escaleras que conducían a las oficinas, o se aupaba encima de un montón de leña, en un tonel o simplemente en una piedra, y pronunciaba un breve discurso, que raramente excedía de un minuto, y era bastante:
>
> —¡Compañeros, toda Rusia está en huelga...! ¿Vamos a quedarnos nosotros atrás?
>
> Y la multitud se lanzaba a la calle, amontonándose con la de las demás fábricas.

Los centros industriales de provincias no iban a la zaga de las capitales.

El 10 de octubre, toda actividad había cesado en las fábricas de Moscú, Járkov, Reval; el 11, en Smolensk, Minsk, Lodz, Yekaterinoslav; el 12 y 13, en Poltava, Kursk, Bélgorod, Samara, Sarátov. Pocos días después rara era la ciudad a que la huelga general

no se hubiese extendido. El movimiento de octubre, dirigido por el proletariado, se ganó también las simpatías de grandes capas de empleados, de intelectuales pequeñoburgueses y halló un eco en ciertos medios de la burguesía industrial.

La cohesión de la huelga de octubre y la participación de los obreros de las diversas industrias, ligadas entre sí por reivindicaciones económicas comunes, planteaban, desde el principio de la huelga, el problema de la creación de una organización proletaria única de masas.

La huelga de septiembre de Moscú había creado ya un «Consejo de los diputados obreros tipo-litógrafos», que funcionaba en estrecho contacto y bajo la dirección inmediata de la socialdemocracia. Pero, habiendo dado un paso atrás la huelga de septiembre, la idea de la creación de un Consejo general de diputados obreros se disipa, para renacer cuando se extendió la huelga de octubre. Esta idea no era fruto del azar. El instinto de clase se la inspiraba a las masas obreras no sólo en las grandes ciudades, sino también en los centros industriales de provincias. Con el desenvolvimiento de la huelga de octubre, ve aparecerse en todas partes organizaciones directoras que adoptan la forma de Comisiones ejecutivas, Comités de huelga, Consejos federales, Soviets de diputados obreros, etc.

Si, a continuación, las organizaciones engendradas por la huelga de octubre se transforman en Soviets de diputados obreros —organizaciones de combate que agrupan al proletariado y preparan la insurrección armada—, ello se explica, en gran medida, por la presencia y el influjo de los bolcheviques.

En los lugares en que el influjo de los mencheviques era dominante, o lo era el de la burguesía intelectual liberal, el papel de las organizaciones que surgían se reducía ya al de comités de huelga, ya al de «órganos de autonomía administrativa revolucionaria», a los que estaba reservada una plaza muy modesta.

La forma típica del movimiento proletario que sirvió de ejemplo a las demás ciudades fue el Soviet de diputados obreros de Petersburgo. Un concurso de circunstancias colocó al Soviet de diputados obreros de Petersburgo en el centro de la atención de todas las fuerzas revolucionarias.

El rápido desenvolvimiento de la huelga planteó a la clase obrera una serie de problemas de organización desde los primeros días. La necesidad de una información general sobre la marcha de la huelga, la necesidad de poseer una organización obrera central, todas estas cuestiones se infiltraron profundamente en la conciencia de las masas huelguistas.

Conocido es el ejemplo de la fábrica Obújov, en Petersburgo, en que los obreros eligieron delegados especiales al Comité central de huelga, sin saber siquiera si existía semejante organización porque su instinto les hacía comprender la necesidad de su existencia. Ignoramos si los obreros de las restantes empresas hicieron lo mismo; lo indudable es que los delegados de Obújov, que buscaban un Comité Central de huelga, fueron a dar por casualidad en la primera sesión del Soviet de diputados obreros, ya constituido. Este hecho curioso caracteriza perfectamente la imperiosa necesidad de una organización central para toda la masa obrera.

Hablando de la formación del primer Soviet, debemos detenernos en el papel que en él desempeñaron bolcheviques y mencheviques. Muy a menudo, gracias en parte al menchevique Mártov, se atribuye la idea de la organización del Soviet al grupo petersburgués del P.O.S.D.R., organización menchevique. Para demostrar que los mencheviques presidieron la creación del soviet, se alude generalmente a la sesión del grupo celebrada el 10 de octubre, en el curso de la cual, al parecer, se habría lanzado la consigna de «Comité obrero», que habría pasado a ser el Soviet. Al hacer esto se descuida un factor esencial: el carácter de aquella sesión y el papel que se asignaba al comité que pensaba crearse.

Todo proletario consciente se daba perfectamente cuenta de que el «Comité obrero» debía necesariamente constituirse. En cuanto a esto, no hacía falta gran perspicacia; la elección de los diputados de la fábrica Obújov lo acreditaba. Asimismo, importa consignar la estimación de este «Comité obrero» por parte de los mencheviques. En la «famosa» reunión del 10 de octubre, los mencheviques de Petersburgo, no pudiendo darse cuenta de lo que debía ser el comité a crear, no adoptaron ninguna resolución sobre su carácter ni sobre los fines que debía perseguir. Reservaban el primer puesto a la idea de las elecciones generales a los

«órganos de la autonomía administrativa revolucionaria», a los que conferían preferencia sobre la organización proletaria de clase.

Esta subestimación del futuro «Comité obrero», el deseo de los mencheviques de atribuirle un papel secundario en el desenvolvimiento de la revolución, de someterlo a los intereses del liberalismo burgués o, a lo sumo, de transformarlo en una amplia organización del Partido —lo que equivalía a liquidar el partido— explican la actitud crítica de los bolcheviques a propósito de las tentativas mencheviques y no permiten en modo alguno afirmar que los bolcheviques hayan sido nunca adversarios de la organización del Soviet. Por el contrario, desde la primera sesión, los bolcheviques participaron activamente en la formación del Soviet, sin cesar nunca de combatir a los mencheviques.

La participación activa de los bolcheviques en la constitución del Soviet de Petersburgo lo demuestran, por ejemplo, las memorias del camarada Némtsov. Éste declara que desde la primera sesión del Soviet «se veía en la mesa presidencial a muchos militantes bolcheviques, entre otros, Bogdán Knuniants, representante del Comité de Petersburgo[5]».

La primera sesión de organización del Soviet se celebró el 13 de octubre por la noche. Asistieron cerca de 40 delegados de fábricas. Los acontecimientos de los últimos días, la extensión de la huelga, la actitud de los obreros en el curso de la lucha, etc.; todos esos problemas, que revestían precedentemente un carácter exclusivamente de agitación, se planteaban ahora como cuestiones de actualidad práctica.

He aquí cómo un diputado de la fábrica Nobel describe la primera sesión del Soviet en su declaración en la Dirección de Seguridad:

> Dos estudiantes que estaban en la puerta de la sala, uno de los cuales era alumno del Instituto Tecnológico, nos preguntaron si éramos diputados y de que fábrica. Después de nuestra respuesta afirmativa, nos dejaron pasar. La sesión fue abierta por la

[5] Órgano de los bolcheviques. — *Nota del autor.*

> persona cuya fotografía se me presenta (Saúl Zborovski). Nosotros, diputados, nos sentamos en los bancos de los alumnos; él ocupó la cátedra profesoral, desde donde pronunció un discurso sobre la necesidad de elegir el presidente de la reunión. Fue propuesto Nikitin (Zborovski). Habló de la necesidad de proseguir la huelga general panrusa, cuya dirección debía ser asumida por los diputados obreros. El fin de la huelga, según el orador, era obtener la convocatoria de una Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal directo, igualitario y secreto. Luego interrogó a los diputados de las fábricas sobre la situación del movimiento. Algunos declararon que la huelga, en sus fábricas, no duraría más que unos días, y ello para sostener a los ferroviarios. Estas palabras descontentaron a Zborovski, el cual declaró que no se podía fijar término a la huelga, ya que debía tener como resultado tal o cual concesión en beneficio de los trabajadores, y que los diputados estaban en el deber de asumir la dirección del movimiento sin permitir que terminara prematuramente. Numerosos oradores, hombres todos ellos, sucedieron a Nikitin, aunque en la reunión hubo también mujeres. Antón habló de la necesidad de crear la milicia.

Como se ve, la huelga de octubre, que creó el primer Soviet de diputados obreros, orientó al principio la atención de este último hacia la cohesión ulterior de las filas del proletariado en huelga. Pero ya el primer llamamiento lanzado por el Soviet el 13 de octubre distinguía radicalmente a éste de un comité de huelga.

> La clase obrera —dice el llamamiento— después de haber reivindicado enérgicamente una Asamblea constituyente y no habiendo obtenido ningún derecho, recurre al último medio eficaz del movimiento obrero mundial: la huelga general...
>
> Camaradas, los diputados de las fábricas de Petersburgo, después de haber examinado la situación, invitan a todos los obreros a sostener la lucha que se desarrolla por la conquista de la libertad y de la felicidad del pueblo y a adherirse a la huelga de toda Rusia. Pero este esfuerzo exige de la clase obrera que cimente sólidamente sus filas, que intervenga como una fuerza organizada única. No debe permitirse que la huelga ora estalle, ora se apague en las fábricas. Por eso decidimos unificar la dirección del movimiento y confiarla a un Comité obrero central. Invitamos a cada

fábrica, a cada corporación a designar diputados, uno por cada 500 personas. La reunión de los diputados de las fábricas constituirá el Comité Central obrero de Petersburgo. Este Comité imprimirá a nuestro movimiento cohesión, unidad y pujanza. Será el intérprete de las necesidades y desiderata de los obreros petersburgueses ante la otra parte de la sociedad. Decidirá de vuestra conducta durante la huelga y fijará el fin de ésta. Organizaos, camaradas. Apresuraos a designar vuestros diputados. En Rusia, de aquí a poco, van a desarrollarse acontecimientos decisivos, que decidirán por largos años de los destinos de la clase obrera. Estos acontecimientos nos deben encontrar preparados, armados de pies a cabeza, plenamente conscientes de nuestro deber, unificados por nuestro Comité Central en torno de las gloriosas banderas del proletariado de todos los países y de los obreros de todas las nacionalidades.

La noticia de la formación del Soviet fue acogida, en todas partes, con transportes de entusiasmo y se extendió rápidamente por todo Petersburgo. Al principio, la actividad del Soviet tendía principalmente a asumir la dirección de la huelga. Basta consultar las múltiples resoluciones y directivas que la masa obrera daba a sus mandatarios y que testimoniaban la madurez política de los obreros para convencerse de que el Soviet se alzaba muy por encima del nivel de los comités de huelga.

Ejerció una enorme influencia sobre el carácter y la significación del Soviet el hecho de que la correlación de fuerzas en presencia hubiese destacado al proletariado como el guía revolucionario y el jefe inmediato de la huelga de octubre. El carácter y la importancia de esta última determinaban por anticipado las tareas del Soviet de diputados obreros y lo convertían en un centro de lucha revolucionaria.

Ya hemos señalado que, desde el primer día de su formación, el Soviet adquiere una gran popularidad entre el proletariado de Petersburgo. A decir verdad, es difícil hallar en la historia ejemplo de una organización que, en unos cuantos días, se haya hecho tan popular y haya adquirido un crédito tan grande entre las masas.

Al día siguiente de su existencia, en la segunda sesión del Soviet, celebrada el 14 de octubre, se reunían los delegados de cuarenta grandes empresas, de dos fábricas y de tres sindicatos. Esta sesión debía ocuparse principalmente de dos cuestiones esenciales, a saber, la extensión de la huelga a los obreros que todavía trabajaban y el envío de una delegación a la Duma municipal. A todo el que entraba en la sala le sorprendía la seriedad que presidía al examen de las cuestiones. La revolución exigía una respuesta clara y rápida; los oradores eran breves, concisos, eminentemente explícitos y categóricos en sus intervenciones. Se hicieron las más violentas críticas a la proposición formulada por los mencheviques relativa al envío de una delegación a la Duma municipal, proposición que era una consecuencia natural de su táctica con respecto a la burguesía.

La mayoría de los delegados de las fábricas se elevó resueltamente contra el envío de una delegación a la Duma, órgano bastardo de la autocracia administrativa burguesa. Pero, ante las instancias de los mencheviques, el Soviet acabó por elaborar un llamamiento a la Duma, así como una serie de reivindicaciones, exigiendo de aquélla la adopción de medidas encaminadas a resolver los problemas del abastecimiento, a conceder salas de reuniones, a negar subvenciones a la policía y a dar cuenta del empleo hecho de los 15.000 rublos que la Duma había recibido del Gobierno para los obreros del distrito de Nerva. A propuesta de los bolcheviques, estas reivindicaciones fueron completadas por otras exigiendo de la Duma las sumas necesarias para el armamento de los obreros, exigiendo disposiciones inmediatas para que se retirase la policía que ocupaba la Central de distribución y para que se entregara ésta a los obreros.

La gestión hecha por la delegación obrera cerca de la Duma confirmó todas las aprensiones de los bolcheviques; puso claramente de manifiesto ante las masas la esencia contrarrevolucionaria de la gran burguesía y la falsedad de la táctica menchevista.

Las «buenas palabras» pronunciadas por los miembros de la Duma municipal no dejaron de ser edificantes para numerosos delegados del Soviet. Éste no fue a la Duma a buscar la respuesta a sus reivindicaciones; se enteró indirectamente de que sus proposiciones habían sido rechazadas. El rápido crecimiento de los

efectivos del Soviet convirtió a este último muy pronto en una organización revolucionaria extraordinariamente ponente, lo cual, dado el incremento general del movimiento revolucionario, excluyó la posibilidad de repetir semejantes experiencias de «colaboración de clases».

En la tercera sesión celebrada por el Soviet el 15 de octubre, en el aula de física, el número de diputados se elevaba a 226; estos delegados representaban 96 empresas y cinco sindicatos. A pesar de que había un orden del día sobrecargado, en el examen colectivo de la cual tomaron parte todos los diputados del Soviet las cuestiones no dejaron por eso de ser zanjadas seriamente. La atención principal fue consagrada al desenvolvimiento ulterior de la huelga, a la actitud observada por los obreros en huelga con respecto a los que trabajaban, así como a la constitución de un fondo de huelga. Además, el Soviet adoptó un «llamamiento del Soviet Obrero Central al pueblo» y resolvió varias cuestiones más de orden político.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez. El estado de espíritu revolucionario de las masas hacía progresos: el 16 de octubre, la huelga en Petersburgo fue general. Los comercios no se abrieron sino en el centro de la ciudad; los de los barrios obreros habían cerrado sus puertas.

Ante la extensión de la huelga la notoriedad del Soviet crecía, y no sólo entre las grandes masas. Se unen al Soviet y se someten a su voluntad la Unión de Sindicatos numerosos comités de huelga formados por intelectuales: abogados, funcionarios de Justicia, ingenieros, etc. El Soviet, unificando a las fuerzas revolucionarias, se coloca a la cabeza de ellas.

El 16 y el 17 de octubre anuncian el esplendor ulterior de la revolución. Empero, la autocracia no desesperaba de poder aplastar a la revolución y hacía ocupar las salas de reunión por la tropa. A consecuencia de ello, la sesión del Soviet, en vez del 16, no pudo celebrarse hasta el 17 de octubre. Este día fue elegido el Comité Ejecutivo del Soviet, compuesto por dos diputados por cada distrito de la ciudad (7 distritos), dos diputados por cada uno de los sindicatos siguientes: libro, empleados de oficina, preparadores de farmacia y dependientes; y nueve representantes de las organizaciones socialistas: seis del Partido socialdemócrata (3

bolcheviques y 3 mencheviques) y tres representantes de los socialistas-revolucionarios. Así, pues, el *Comité Ejecutivo* contaba con 31 miembros.

Habiendo tenido noticias de la sesión del Soviet, la policía se apresuró a dispersarlo, pero el Soviet se reunió el mismo día en la clase de Rozhdéstvenski. El principal problema de esta reunión fue el estudio del carácter de la huelga y de su dirección ulterior. La sesión del 17 de octubre se celebró en el momento en que el paro se hallaba en su punto culminante: toda la ciudad estaba en huelga. A los obreros en huelga se agregó el personal de las Cajas de ahorro, el de todos los establecimientos del Estado y hasta el cuerpo de baile del teatro Mariinski y algunos contingentes de la policía.

El 17 de octubre se supo que la huelga se había apoderado con la misma amplitud de las demás regiones de Rusia; en varias ciudades se produjeron colisiones a mano armada con la gendarmería y la policía.

Viendo que la huelga se había extendido por toda Rusia y viendo también su carácter político netamente definido, el Soviet de diputados obreros, en su sesión del 17 de octubre, acordó que la huelga no podía terminar sino por decisión del Soviet. Para asegurar un mejor enlace con las masas, el Soviet invitó a los distritos a designar comisiones que investigasen el número de obreros que estaban en huelga y que organizaran mítines en las fábricas.

El 17 de octubre apareció legalmente el primer número de las *Izvestia* (*Noticias*) *del Soviet de diputados obreros*. Este hecho representaba, sin disputa, una brillante victoria de la revolución. Aquel día la autocracia, viendo su estado de impotencia, abandonó sus métodos represivos, el empleo de la fuerza armada, y trató de engañar a las masas revolucionarias, con cuyo objeto lanzó el manifiesto del 17 octubre. Este manifiesto contribuyó a fragmentar las fuerzas, desligando de la revolución a la burguesía reaccionaria y a los filisteos políticamente ingenuos. Muy distinta, por supuesto, fue la actitud del proletariado, una gran parte del cual no creía ya en la posibilidad de que el zarismo hiciese las menores concesiones reales a la revolución.

En su sesión del 18 de octubre, en la que participaron 248 delegados, el Soviet, después de haber puesto al desnudo toda la hipocresía del manifiesto zarista, apeló al proletariado para luchar contra la autocracia, en favor de la Asamblea constituyente, de la supresión de la ley marcial, de la amnistía para los presos políticos, del licenciamiento de las tropas de la capital y de la formación de una milicia popular.

En la actividad del Soviet durante el período de la huelga de octubre, al lado de su firmeza en la dirección del movimiento, se destaca la enérgica campaña por la amnistía para los presos políticos y por la libertad de prensa, la lucha contra los pogromos. En la campaña por la amnistía el Soviet se puso a la cabeza de una imponente manifestación de masas. Bajo el empuje de las reivindicaciones formuladas por las multitudes el gobierno hubo de hacer una concesión; el 22 de octubre promulgaba un decreto sobre la amnistía.

Al mismo tiempo que con una mano otorgaba el manifiesto del 17 de octubre y el decreto sobre la amnistía, el gobierno autocrático desplegaba una intensa actividad para organizar pogromos. Éstos se extendieron de un extremo a otro de la Rusia zarista apuntando, en primer término, contra la revolución. La violencia y las proporciones de los pogromos pueden ser ilustradas por el hecho de que, según las más modestas estimaciones, en una semana, del 18 al 24 de octubre, fueron saqueadas 101 ciudades, en las cuales hubo más de 3.000 muertos y de 10.000 heridos graves. La descripción de los pogromos abunda en cuadros horripilantes qué hielan la sangre. Si Petersburgo no conoció las pesadillas del terror blanco, los pogromos, se lo debe exclusivamente al proletariado. Sería erróneo creer que el gobierno zarista quiso mantener a salvo la capital o que «sentía escrúpulos» ante el extranjero. Por el contrario, también en Petersburgo preparó un pogromo, convencido de que su triunfo ejercería una influencia demoledora sobre el movimiento revolucionario. Los preparativos del pogromo en la capital comenzaron inmediatamente después de la promulgación del manifiesto del 17 de octubre. Ya el 18, algunos miembros del Soviet fueron objeto de agresiones, que representaban a manera de las primeras escaramuzas del pogromo general. Muy pronto estos ataques adoptaron un carácter

sistemático, constriñendo al Soviet a decidir urgentemente el armamento de sus miembros. A los ataques aislados contra los revolucionarios sucedió el rumor de un próximo pogromo general. Los «Cien Negros» sintieron crecer su valor después de la decisión del Soviet de diputados obreros que suspendía la manifestación de duelo. Este acuerdo fue adoptado a consecuencia de la notificación de Trépov que prohibía toda demostración y ponía en guardia contra las «duras consecuencias que podían resultar de las enérgicas medidas a que podían recurrir las autoridades policíacas».

La notificación de Trépov, como se ve, repetía la de los «Cien Negros», revistiendo un carácter de provocación y anunciando sin equívoco ninguno «medidas decisivas».

Temiendo exponer a una matanza a la multitud inerme, el Soviet convocó el 22 de octubre una sesión extraordinaria para considerar la utilidad de la demostración. Los debates fueron muy accidentados y duraron hasta media noche. Se trataba de saber si el Soviet podía hacer frente a las bandas armadas de la autocracia sin exponer a los manifestantes al fuego de los enemigos. Comprendiendo que la hora del combate decisivo no había aún llegado, el Soviet suspendió a manifestación.

Esta medida produjo una enorme impresión y fue interpretada por los directores de los «Cien Negros» como un signo de debilidad. Enseguida el rumor de un próximo pogromo volvió a circular con más intensidad. Bajo el influjo de estos rumores el Soviet de diputados obreros abordó la cuestión de organizar, con toda urgencia, grupos de defensa proletaria. El 26 de octubre, el problema fue debatido en la sesión del Distrito Central de la ciudad. A decir verdad, la cuestión del armamento de las masas había sido ya considerada por el Soviet cuando la huelga de octubre. Ahora bien: durante todo el mes se hizo muy poco prácticamente en este orden de ideas.

A fines de octubre, bajo la amenaza del pogromo, el armamento de las masas pasa a ocupar el centro de la atención. El cuadro cambia radicalmente. La necesidad de armarse penetra cada vez más en la conciencia de las masas hasta el punto de que el 29 de octubre se trabajaba sin desmayo en la fabricación de armas.

Sólo las medidas enérgicas tomadas por el Soviet de Petersburgo y por la organización socialdemócrata de Moscú impidieron que el gobierno zarista, satisfecho de los resultados de los pogromos de provincias, reanudara su tarea en las capitales.

Sin embargo, los pogromos, el manifiesto del 17 de octubre y la penetración reaccionaria de la burguesía y de los intelectuales burgueses ejercieron una repercusión sobre la huelga de octubre. El proletariado se había dado claramente cuenta de que una huelga, aunque ganase todo el país, no bastaba para derrocar a la autocracia, de que el gobierno no abandonaría sus posiciones sin una encarnizada resistencia y de que el triunfo de la revolución no era posible más que mediante la insurrección armada.

Es curioso observar que la serie de pogromos coincide con el momento en que la huelga decrecía. Ya el 19 de octubre, en su sexta sesión, celebrada en la clase de Rozhéstvenski, y a la que asistían 132 diputados representantes de 74 empresas y cuatro sindicatos, el Soviet planteó la cuestión de la huelga. Noticias llegadas de provincias anunciaban que la huelga panrusa declinaba en ciertos lugares transformándose en una huelga local. El 19 de octubre, el Comité de huelga de Moscú acordó la vuelta al trabajo. Entonces el Soviet de Petersburgo aborda igualmente el problema de la terminación de la huelga y decide tomar el asunto en sus manos a fin de liquidar el movimiento de una forma organizada.

La moción depositada en nombre del Comité Ejecutivo sobre la reanudación del trabajo, aunque no fue adoptada por unanimidad, obtuvo una mayoría de votos.

Dicha moción declara:

> Dada la necesidad para la clase obrera, fortalecida por los resultados obtenidos, de organizarse debidamente y de armarse para conquistar mediante la lucha la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto con el fin de instaurar la República democrática, el Soviet de diputados obreros fija para el 21 de octubre, al mediodía, la terminación de la huelga general política. Según la marcha de los acontecimientos, y al primer llamamiento del Soviet, la huelga se reanudará para proseguir la lucha con la misma cohesión que hasta ahora en favor de nuestras reivindicaciones.

La terminación de la huelga general, en tanto que acción política, no debía, según el Soviet, ejercer ninguna influencia sobre las huelgas económicas. En lo que se refiere a la liquidación de la huelga política, el Soviet no toleraba acciones separadas; se atenía rigurosamente a la más estrecha cohesión de esfuerzos.

Para mostrar su desconfianza respecto del manifiesto del 17 de octubre a la par que el grado de organización del proletariado, el Soviet fijó la terminación de la huelga para el 21 de octubre a mediodía.

Esta fecha coincidía con el aniversario del advenimiento de Nicolás II, y era día de fiesta. Pero para demostrar su espíritu de disciplina todos los empleados se presentaron, a la hora fijada, en sus respectivas oficinas y el trabajo se reanudó normalmente. A fin de terminar la huelga de un modo organizado, el Soviet no permitió a los preparadores de farmacia que volviesen al trabajo un día antes.

En definitiva, gracias a la dirección del Soviet de Petersburgo, la huelga fue liquidada de un modo organizado hasta el punto de que la propia cesación del movimiento aterrorizó todavía más al gobierno. El fin de la huelga, que había durado diez días, mostraba claramente que la lucha no había terminado.

En el mismo periodo, la huelga termina también en la mayor parte de las demás ciudades rusas.

¿Cuál es el significado de la huelga de octubre? El carácter general del movimiento atrajo las miradas del mundo entero. La huelga de octubre colocó de repente al proletariado ruso en las primeras filas del proletariado internacional. El interés consagrado a los acontecimientos de Rusia se intensificó porque el problema de la huelga general política, en el movimiento obrero europeo, no había recibido solución práctica en proporciones tan grandiosas como en Rusia.

La idea de la huelga general, en la Europa occidental, procedía de la reacción contra el parlamentarismo que había alcanzado su apogeo en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX. ¿Era posible o no la huelga general en las condiciones actuales?; ¿era

posible la liquidación de la dictadura capitalista por la huelga general? Tales cuestiones interesaban vivamente a los socialdemócratas europeos que les consagraban trabajos de investigación.

Mientras esta controversia teórica se efectuaba, el proletariado ruso demostraba, en la práctica, la posibilidad de una huelga general, cuya significación, ventajas y defectos ponía de manifiesto.

Conviene ante todo señalar que, contra las ilusiones socialdemócratas inoculadas en las masas obreras europeas sobre la posibilidad de aniquilar el capitalismo por vía pacífica, recurriendo a la huelga general, que debía ser considerada como la última etapa de la lucha, y sin preocuparse de la lucha armada, los bolcheviques se mostraban resueltos adversarios de tales ilusiones, cuyas consecuencias desastrosas para el proletariado denunciaban.

Ya en el verano de 1905, señalaron en las columnas de *El Proletario* que las verdaderas victorias revolucionarias no son posibles más que mediante la insurrección armada, respecto de la cual «la huelga general no es la última, sino la primera etapa revolucionaria». Tras la subestimación de la insurrección armada y la exageración del papel de la huelga general, se ocultaba de hecho la naturaleza burguesa del menchevismo. Éste no apreciaba en su valor el verdadero sentido de la lucha de clases del proletariado y mostraba una absoluta incomprensión de los intereses de clase de este último.

En Trotski hallamos la misma sobreestimación de la huelga general.

En realidad, desde los primeros días de la huelga, las masas proletarias se plantean instintivamente el problema de la necesidad de organizar la insurrección armada. Testimonio de ello son no sólo los escritos dejados por los obreros bolcheviques, sino también las numerosas memorias pertenecientes a los mencheviques. Por lo demás, este estado de espíritu de las masas petersburguesas no era una excepción.

Como respuesta a las tentativas para aplastar la huelga, en varias ciudades del mediodía los huelguistas levantaron barricadas, organizaron su milicia, tomaron las armas. En provincias también, especialmente en los centros industriales, la inminencia de

la insurrección se dejaba claramente sentir. En múltiples llamamientos y declaraciones de los diputados hallamos una excitación a la insurrección.

Sólo la burguesía liberal y los intelectuales eran ajenos a la idea de la insurrección armada. En cuanto al proletariado, trabajaba enérgicamente en su organización. Hecho curioso. Cuando, más tarde, el presidente del tribunal zarista que juzgaba el proceso del Soviet preguntó a un testigo obrero: «¿El Soviet de diputados obreros os excitó de todos modos a estar prestos para la insurrección armada?», el testigo pronunció esta respuesta modesta, pero digna: «Fuimos nosotros quienes excitamos al Soviet. El Soviet no hacía más que dar a conocer a todos nuestras decisiones».

El problema de la preparación de la insurrección se plantea en toda su amplitud ante el Soviet en relación con la liquidación de la huelga. Ya el 18 de octubre, el camarada Lenin, analizando la situación, escribía:

> La insurrección se acerca; surge ante nuestros ojos de la huelga política panrusa...

No había aún terminado la huelga de octubre cuando las *Izvestia*, órgano del Soviet, exponía en sus columnas el camino que debía seguir la lucha del proletariado.

> ¿Dónde está la garantía de que las promesas del manifiesto zarista serán efectivamente realizadas, de que los sicarios del zar, explotando la debilidad momentánea y el apaciguamiento de la clase obrera, no nos retirarán todo lo que hemos conquistado a costa de tantos esfuerzos, de tanta sangre y tantos sacrificios? La garantía no reside más que en nosotros mismos, en nuestra voluntad de defender, con las armas en la mano, nuestros derechos adquiridos.

La insurrección armada no era una simple consigna de propaganda. El mismo número 3 de las *Izvestia* preconiza medidas concretas para organizar los grupos de combate. Al paso que como respuesta al decreto de Trépov, el Soviet había declarado que «el pueblo necesita armas y no decretos zaristas» y que «el

proletariado petersburgués tomará las armas para gravar en los muros color de sangre del Palacio de Invierno su decreto supremo», hoy se asignaba como tarea la realización práctica del decreto del Soviet.

Para formarse una idea del modo como el gobierno supo apreciar en su verdadero valor el papel de los Soviets, basta leer el «muy respetuoso» informe del ministro del Interior, Durnovó, el cual comprendía que la insurrección armada era indispensable para el triunfo de la revolución. Durnovó escribía:

> Como medio para esto se considera la insurrección armada, que tendrá como resultado la convocatoria de una Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto.

Los acontecimientos que se desarrollaron a fines de octubre y principios de noviembre no hicieron más que confirmar al proletariado la necesidad de dar pruebas de cohesión, de organizarse y de armarse.

Dichos acontecimientos mostraron al proletariado que las reivindicaciones elaboradas por la revolución —libertad de palabra, de prensa, jornada de ocho horas, autodefensa, etc.—, dilatando, por una parte, el campo de las operaciones revolucionarias, no podían, por otra, ser conquistadas más que por el derrocamiento de la autocracia mediante la insurrección armada.

Entre las disposiciones adoptadas por el Soviet en el período inmediato consecutivo a la huelga, señalemos su lucha por la libertad de palabra y la instauración de la jornada de ocho horas.

El 19 de noviembre, el Soviet de Petersburgo recomendaba que no se enviasen a la censura los impresos, y la campaña por la realización de la libertad de prensa dirigida por el Soviet se prosiguió con la mayor unanimidad. Empero, no fue ni podía ser conducida hasta el fin. El Soviet no logró ignorar totalmente la censura más que en Petersburgo. En cuanto a la prensa libre, especialmente socialista, chocaba con toda suerte de obstáculos y dificultades. Hasta su órgano, las *Izvestia,* hubo de editarlo el Soviet por «vía de usurpación».

Lograron publicarse 11 números de tal órgano. Este «método de usurpación» puso de relieve ante los obreros que la verdadera libertad de prensa no podía ser conquistada sino mediante la abolición de la autocracia.

El carácter ilusorio de las ventajas conquistadas por el proletariado, sin la toma del poder y la defensa armada de los resultados obtenidos, se confirmó todavía más en la campaña por la introducción de las ocho horas.

La lucha por la jornada de ocho horas, al día siguiente de la huelga de octubre, se entabló espontáneamente en muchas fábricas. Ante tal estado de espíritu, el Soviet de diputados obreros, en la noche del 29 de octubre, en presencia de 281 delegados de todos los distritos y sindicatos, decretó la adopción de la jornada de ocho horas. El 31 de octubre, fecha que había sido fijada por el Soviet para la aplicación general revolucionaria de tal jornada, los obreros, desbordantes de entusiasmo, aplicaron de un modo organizado tal medida.

La campaña, emprendida desde principio con un ímpetu y una cohesión ejemplares, prometía un resultado favorable, pero el curso de los acontecimientos revolucionarios hizo que el Soviet y la masa obrera petersburguesa tuvieran que concentrar la atención en otro punto, en los sucesos que se produjeron en Kronstadt y en Polonia, y declarar la huelga en noviembre.

La lucha por la jornada de ocho horas, en los días de la huelga de noviembre, no ocupa naturalmente sino un lugar secundario; el éxito de la campaña estaba íntimamente ligado a la huelga de noviembre.

En octubre, los capitalistas, lejos de impedir a los obreros que celebrasen mítines en las fábricas, pagaban la mitad del salario y hasta el salario íntegro por los días de huelga. En noviembre, la burguesía rusa «se encontró a sí misma». Ante su impotencia para asumir un papel director en la revolución y reemplazar al gobierno zarista, se limitó al modesto deseo de «suavizar un poco el régimen autocrático» obligándole a testimoniar alguna mayor solicitud hacia sus intereses. El rígido poder del absolutismo, que garantizaba la posibilidad de explotar intensivamente a los obre-

ros, de conseguir enormes beneficios y de obtener subsidios importantes respondía perfectamente a sus aspiraciones. Por eso el derrocamiento de la autocracia no entraba en sus planes.

Al principio, la burguesía había considerado la revolución de 1905 como un simple conflicto del proletariado con el zarismo que colocaba a la burguesía en una situación ventajosa en el sentido de que podía mantenerse neutral. En cuanto el conflicto comenzó a desbordar el cuadro previsto amenazando liquidar la autocracia y la prosperidad de la burguesía, esta última se vio obligada a intervenir activamente. Los «enemigos», el absolutismo y la burguesía, después de un desacuerdo momentáneo, se tendieron la mano.

Dadas estas condiciones generales —huelga de noviembre, acción contrarrevolucionaria de la burguesía, lockout de masas—, la campaña por la jornada de ocho horas estaba naturalmente condenada al fracaso. El Soviet hubo de decidir, el 12 de noviembre, la suspensión temporal de dicha campaña, haciendo depender la cuestión del congreso panruso.

El intento de instaurar, por métodos revolucionarios, la jornada de ocho horas, aunque fuese un paso hacia adelante con respecto a las formas de lucha empleadas en el movimiento obrero europeo, no por eso dejaba de demostrar que tal reivindicación no podía alcanzarse más que con la toma del poder. La experiencia de las dos campañas —lucha por la libertad de prensa y la jornada de ocho horas— había demostrado a las masas que todas las «libertades conquistadas» no eran más que una ficción sin la abolición del zarismo.

Por eso la consigna «las ocho horas y un fusil» pasó a ser en noviembre un grito de combate que repercutía en el corazón de todo obrero petersburgués. Los acontecimientos conducían inevitablemente a la preparación de una insurrección panrusa.

Analizando los acuerdos del Soviet del 14 de noviembre sobre la concentración de las fuerzas revolucionarias, Lenin destacaba toda su importancia. Esta agrupación de fuerzas, decía, se encamina hacia la «alianza de los obreros revolucionarios y de los campesinos revolucionarios con las unidades del ejército y de la flota que se sublevan en todos los rincones de Rusia».

La huelga general de octubre, que había ganado todo el país, exigía naturalmente la creación de organizaciones capaces de dirigir el movimiento. Y, en efecto, se ven surgir en todas partes comités de huelga, consejos federativos, etc., que se asignan como tarea la de organizar y dirigir el movimiento. Ahora bien: entre las organizaciones que se constituyeron, el Soviet de diputados obreros de Petersburgo que, desde las jornadas de octubre, había concentrado a vastos contingentes proletarios sometidos a la dirección de la socialdemocracia y señalaba claramente los fines políticos de la lucha, por lo que se distinguía de los comités de huelga anteriores, se destacó como una forma nueva de organización obrera. Todas estas circunstancias hicieron que el Soviet de Petersburgo, creado en el curso de la huelga de octubre, fuese considerado como el primer Soviet de diputados obreros formado en 1905.

Pasemos ahora rápidamente en revista las organizaciones que surgieron en las demás ciudades. Veremos que muchas organizaciones revolucionarias de masas constituidas en octubre no se daban cuenta, en el momento de su formación, de la necesidad de emprender resueltamente una lucha armada contra la autocracia o incluso se hallaban sometidas al influjo de la burguesía liberal.

Así, en Moscú, la dirección de la huelga de octubre fue asumida por un comité de huelga sometido a la influencia de los medios intelectuales de la burguesía liberal. Cierto que a medida que el movimiento adquirió una mayor extensión, arrastrando a contingentes revolucionarios siempre nuevos, el influjo del comité de huelga declinó rápidamente y en noviembre se vio nacer el Soviet de diputados obreros de Moscú dirigido por los bolcheviques.

Conviene señalar que la inexistencia del Soviet de Moscú en las jornadas de octubre se explica por las aprensiones de los bolcheviques de Moscú, los cuales temían la creación de un Soviet de diputados obreros que, en opinión de los mencheviques, debía ser no una organización obrera *de combate*, sino una organización que atrajese a las fuerzas de la oposición o, como lo llamaban, un «órgano de autonomía administrativa revolucionaria» al servicio de la organización democrática central. De ahí las legítimas aprensiones de los bolcheviques.

Cuando los bolcheviques de Moscú se dieron cuenta de que el proletariado era la fuerza esencial en el Soviet, procedieron a constituir una organización obrera general, el Soviet de Moscú, que por supuesto no tenía nada de común con la concepción menchevista de los soviets en tanto que órganos democráticos generales. Si consideramos las provincias, veremos que numerosos comités de huelga o consejos federativos, de donde nacieron los ulteriores Soviets de diputados obreros, órganos combativos del proletariado, representaban en octubre organizaciones insuficientemente cristalizadas, a veces inclusive un bloque de los medios intelectuales de la burguesía liberal y del proletariado.

Cierto, a medida que la revolución progresaba, que se exacerbaban los antagonismos de clase y que aparecía el carácter contrarrevolucionario de la burguesía, las organizaciones surgidas en provincias en octubre y que se asignaban como tarea dirigir el movimiento se cristalizaron en el periodo comprendido entre noviembre y diciembre y se transformaron en organizaciones combativas de las grandes masas revolucionarias. Repetimos, sin embargo, una vez más, que entre las organizaciones revolucionarias activas, el Soviet de diputados obreros de Petersburgo, por la precisión misma de sus tareas políticas, ocupaba el primer puesto. Para ello existían, naturalmente, condiciones objetivas. El gran centro proletario, con sus viejas organizaciones socialdemócratas, debía forzosamente estar en la vanguardia de la revolución.

CAPÍTULO V

Los Soviets de diputados obreros y la socialdemocracia

La actitud observada con respecto a los Soviets por los bolcheviques, mencheviques y trotskistas –a estos últimos el mismo Mártov los coloca en el campo del menchevismo oficial– deriva enteramente de la apreciación general que tenían de las fuerzas motrices y del carácter de la revolución de 1905. Así se explica que en el momento de la constitución de los Soviets, en octubre de 1905, los mencheviques quisieran ver en ellos «órganos de autonomía administrativa local», es decir, centros de unificación de las fuerzas opuestas a la autocracia y llamados a liquidar el absolutismo, mientras que los bolcheviques consideraban los Soviets como un centro de unificación de las grandes masas proletarias que se señalaban como fin luchar revolucionariamente por la toma del poder y preparar la insurrección armada en tanto que medio necesario para la abolición del zarismo.

L. Trotski, por su parte, concebía los Soviets como una organización obrera de masas que, asegurando la dirección permanente de las huelgas destinadas a demoler la autocracia, acabaría por liquidarla. O sea que Trotski, lo mismo que los mencheviques, no comprendía tampoco la importancia y el carácter de la insurrección armada.

A decir verdad, en las diversas corrientes de la socialdemocracia no se halla, en las jornadas de octubre, una apreciación muy clara de los Soviets. Y, sin embargo, la táctica de los bolcheviques y de los mencheviques estaba precisamente determinada por su orientación general.

Ya se ha visto que las pretensiones de los mencheviques a la paternidad de los Soviets no dejan de ser subjetivas. El momento decisivo fue, como puede pensarse, la huelga de octubre, que arrastró al movimiento a vastos contingentes obreros ante los cuales planteó la necesidad de crear una organización capaz de dirigir el movimiento.

Ni los sindicatos, órganos de lucha económica, ni las organizaciones del Partido socialdemócrata podían, naturalmente, efectuar semejante tarea. Agrupando a la vanguardia del proletariado, no se señalaban como fin unificar a toda la clase obrera. Ésta, una vez arrastrada al movimiento, debía poseer una organización susceptible de concentrarla orgánicamente y de conducirla al asalto de la autocracia. Ahora bien: la creación del Soviet de diputados obreros fue la respuesta dada por el proletariado revolucionario a la relación de fuerzas en presencia.

Sabido es que desde el primer momento el Soviet gozó de un gran crédito entre las masas y que su influencia, en las jornadas de octubre, crecía literalmente de hora en hora.

Nada de extraño tiene que esta potente organización, que unificaba a los destacamentos dispersos del proletariado, sacudiera las filas de los partidos y les obligara a tomar posición.

El problema de las relaciones mutuas entre Soviet y Partido se agudizó todavía más a la terminación de la huelga de octubre. Se pretende —según el rumor acreditado por los mencheviques— que los bolcheviques observaban una actitud de hostilidad hacia el Soviet, no comprendían sus tareas en la revolución, etc.

Pero esta leyenda menchevista se desvanecía al primer examen atento. Como se verá, los bolcheviques tenían motivos para inquietarse al principio de la existencia del Soviet. La primera piedra de toque entre bolcheviques y mencheviques fue el intento hecho por estos últimos de imponer al Soviet las tareas propias de los «órganos de autonomía administrativa local». Durante todo el verano de 1905, los mencheviques no cesaron de hablar de eso e intentaron pegar esta etiqueta al Soviet.

De hecho, la «autonomía local revolucionaria» recomendada por los mencheviques como forma revolucionaria de la lucha del

proletariado contra el zarismo no era otra cosa que una capitulación ante la insurrección armada inminente, un compromiso original ante la hegemonía del proletariado en la revolución rusa.

Ya en el curso del verano, Lenin denunció en diversas ocasiones la naturaleza burguesa de la consigna menchevista de la «autonomía revolucionaria local»; decía que

> la realidad rusa de nuestros días atestigua claramente la insuficiencia de la consigna de autonomía administrativa revolucionaria y requiere una consigna más neta y precisa, la de insurrección.

El bolchevismo aparecía como el adversario más resuelto de la teoría menchevista de los Soviets en tanto que órganos de «autonomía administrativa revolucionaria», teoría burguesa, en suma, recubierta de una fraseología revolucionaria. Los bolcheviques reservaban también un lugar importante a la autonomía administrativa revolucionaria, pero como epílogo, y no como prólogo de la revolución, pues la autonomía administrativa revolucionaria no podía ser sino la consecuencia de un levantamiento triunfante y no producirse a la inversa. Contrariamente a los mencheviques, que preconizaban la creación de órganos de autonomía administrativa como medio de liquidar pacíficamente la autocracia, los bolcheviques consideraban los alzamientos que estallaron en diversas regiones, en el curso del verano de 1905, como los signos precursores de la insurrección armada, estimando que la revolución no podía vencer sin el triunfo de aquélla.

La huelga general de octubre dio un golpe mortal a la teoría menchevista de la autonomía administrativa revolucionaria. El manifiesto del 17 y la serie de pogromos que se extendieron de un extremo a otro de Rusia demostraron a las masas la inminencia de la insurrección. Si la huelga de octubre no tuvo como desenlace una insurrección armada, esta última no dejó por eso de figurar en la orden del día de la revolución; más aún, pasó a ser una cuestión de actualidad de primer orden. Prueba de ello la influencia creciente de los bolcheviques en los Soviets.

Al principio de la formación del Soviet, bajo el efecto de la publicidad que de él hacían los mencheviques, los cuales lo presentaban como un órgano de autonomía administrativa revolucionaria, los bolcheviques mostraron ciertas reservas con respecto a esta nueva «empresa menchevista».

Pero, muy pronto, viendo que el Soviet iba a transformarse en una verdadera organización de clase del proletariado, los bolcheviques tomaron una parte activa en su formación. El 14 y 15 de octubre enviaron una delegación oficial al Soviet.

La presencia en el Soviet de un gran número de obreros sin Partido y la aparición, entre los jefes mencheviques, de Jrustaliov, hombre sin principios definidos, obligaron, cierto, a los bolcheviques a luchar por el enderezamiento de la línea proletaria y a tomar medidas contra la influencia eventual de la burguesía liberal. Se preparó una áspera lucha contra los mencheviques que se agravó porque los bolcheviques, al principio una minoría en el Soviet, constituían en él una oposición muy de izquierda. Además, los órganos de autonomía administrativa revolucionaria, según la concepción de los mencheviques, no poseían un sentido proletario de clase y no les hubiese molestado introducir en el Soviet a representantes de la oposición liberal burguesa.

Sabido es que los primeros días se admitió en el Soviet a una delegación de socialistas-revolucionarios, uno de cuyos representantes formó parte del Comité Ejecutivo. La peregrinación de la delegación a la Duma municipal de Petersburgo y el hecho de que la demostración de duelo fue anulada a petición de la burguesía liberal plantearon imperiosamente la necesidad de dar al Soviet una fisonomía política.

Para formarse una idea del peligro que existía de que los mencheviques subordinasen la dirección del Soviet a la burguesía liberal, basta decir que los bolcheviques hubieron de emprender una campaña en favor de la adopción por el Consejo del programa socialdemócrata. A propuesta de los bolcheviques, se consideró por vez primera la necesidad de constituir una fracción socialdemócrata del Soviet.

Después de haber imposibilitado la eventualidad de ver al Soviet diluirse en el elemento burgués y pequeñoburgués, los bolcheviques no pudieron contentarse con estas primeras victorias.

La historia del Soviet de Petersburgo fue la de la lucha entre bolcheviques y mencheviques por la creación de una organización revolucionaria combativa del proletariado.

La lucha en este segundo período, es decir, la lucha contra los mencheviques, fue mucho más dura que la sostenida contra los intelectuales revolucionarios sin Partido y contra los socialistas-revolucionarios. Las dificultades provenían de que en 1905 el menchevismo ocultaba su fondo burgués bajo una fraseología revolucionaria. A decir verdad, los directores de la organización bolchevique habían puesto al descubierto la esencia burguesa del menchevismo mucho antes de la revolución. Pero la comunidad del programa socialdemócrata y la fraseología revolucionaria hacían creer a las grandes masas en el carácter proletario del menchevismo. Además de la lucha general sostenida contra el «seguidismo» menchevique, los bolcheviques tuvieron que combatir en noviembre una nueva concepción de los mencheviques, los cuales pedían que se considerase al Soviet como el embrión de un Partido proletario de masas que adquiriría su forma definitiva en el congreso obrero de toda Rusia.

De hecho, la formación de un «vasto Partido obrero» amenazaba decapitar al proletariado y debilitar a su vanguardia.

Cierto, los bolcheviques no podían permanecer indiferentes ante las peligrosas «experiencias» intentadas por los mencheviques. La idea de un vasto Partido obrero que germinó en el espíritu de los mencheviques cuando la huelga de octubre, una vez terminada ésta y dada la notoriedad creciente del Soviet, amenazaba convertirse en una tentativa real de constituir el Partido en cuestión.

Los bolcheviques concedían una enorme importancia al Soviet. Más de una vez afirmaron la necesidad de asegurar una relación estrecha entre este último y el Partido, convencidos de que el Soviet habría de ejercer una considerable influencia sobre las cuestiones de organización del Partido. Al mismo tiempo, planteaban claramente el problema, estableciendo categóricamente que los Soviets no podían reemplazar al Partido. Y, con todo, en algunos medios bolcheviques se manifestaron desviaciones de esta posición oficial. Así, P. N. Gvózdev emitía en un artículo la

idea de que era menester transformar al Soviet en un aparato técnico del Partido para asegurar la dirección política de la socialdemocracia; N. Mendeléyev proponía reorganizar el Soviet en tanto que organización profesional. Sin embargo, tales puntos de vista extremos provenían simplemente del temor de ver que el oportunismo ganaba a los obreros.

Sólo a mediados de noviembre, con la llegada de Lenin a Rusia, se dio una apreciación definitiva del Soviet en los medios bolcheviques. Lenin no intervino activamente en el Soviet porque al volver a Rusia, atravesando Finlandia, tuvo que vivir ilegalmente. En las sesiones del Soviet a que asistió no perdió una palabra de las intervenciones de los diputados. Según uno de los participantes, V. I. Góriev, el Soviet produjo a Lenin una impresión extraordinaria.

> Entonces declaró —escribe Góriev— que el Soviet aparecía como el germen de la dictadura obrera y campesina, cuya idea propagaba Lenin desde la primavera de 1905. Únanse a éstos los diputados campesinos, dijo Lenin, y el Soviet de diputados obreros será el órgano de la dictadura del proletariado y de los campesinos.

En una serie de artículos publicados en la *Nóvaya Jizn* (*La Vida Nueva*) Lenin desarrolló sus tesis sobre el Soviet en tanto que organización militante del proletariado, en tanto que prototipo de la dictadura proletaria, en tanto que germen del nuevo Partido revolucionario.

La presencia de un gran número de diputados sin Partido —hecho que en octubre preocupaba extraordinariamente a los bolcheviques— solicitó también la atención de Lenin, que se daba perfectamente cuenta de cuál era la mentalidad de esos sin partido.

Lenin escribía:

> Estos últimos [los obreros sin partido] no son simplemente individuos sin partido, sino revolucionarios sin partido, ya que la revolución cuenta con todas sus simpatías y luchan por el triunfo de ella con intrepidez, energía y abnegación.

La presencia en el Soviet de diputados obreros sin Partido que interpretaban los intereses del proletariado y que, ulteriormente, llegaron a ser, en su mayoría, activos militantes de la organización bolchevique, mientras los jefes mencheviques se hundían en la contrarrevolución, permitió al Soviet aventurarse en la vía de la lucha directa del proletariado por el derrocamiento de la autocracia.

El instinto de clase dictaba a los diputados obreros sin Partido del Soviet la necesidad de orientar a este último hacia la preparación de una insurrección armada, sin dejar de reconocer la autoridad del Partido.

Si el movimiento de diciembre terminó con una derrota, la causa de ello, como se verá después —aparte de la desfavorable correlación de fuerzas de clase que existía para el proletariado tanto en el interior de Rusia como en la escala internacional—, fue también el sabotaje menchevista de la insurrección armada. No por ello deja de ser menos cierto, sin embargo, que, gracias a los fracasos del movimiento de diciembre, la posición del proletariado en 1905 le permitió evitar una serie de errores en la revolución de 1917.

El problema de las relaciones mutuas entre el Soviet y el Partido revistió un carácter particularmente agudo en Petersburgo. En las demás ciudades, la importancia de esta cuestión fue menor. Allí no se hacía más que asimilarse las lecciones y realizaciones de Petersburgo. Además, los Soviets en provincias habían surgido mucho más tarde y la ofensiva revolucionaria planteaba ante ellos las cuestiones de un modo mucho más agudo. El Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú y las organizaciones socialdemócratas directoras se interpenetraron a tal punto que las grandes masas obreras, cuando el movimiento de diciembre, sufrían no sólo la influencia ideológica de la socialdemocracia, sino que se hallaban sometidas también a la dirección inmediata del Partido.

La experiencia moscovita demostraba claramente la necesidad de un lazo entre el Partido y el Soviet, entre la vanguardia y su clase. Ahora bien, esto no se podía conseguir sino a costa de una lucha a ultranza entre bolcheviques y mencheviques.

Para terminar, no sería superfluo señalar que el inmenso trabajo que en 1905 fue efectuado por los bolcheviques para forjar los Soviets de diputados obreros en tanto que organizaciones militantes obreras es generalmente negado por los historiadores mencheviques.

Así, en 1926, L. Trotski escribía a este respecto:

> La lucha a ultranza que en ellos se sostenía [en los Soviets] entre las diversas corrientes de la socialdemocracia es, a decir verdad, una «revelación» del historiador recién empollado Gorin.

¿Es necesario demostrar la falsedad de esta afirmación? No hay historiador de los Soviets de diputados obreros que niegue la existencia de una lucha entre bolcheviques y mencheviques en noviembre-diciembre de 1905. La declaración de Trotski tiene por objeto debilitar el papel de los bolcheviques en el Soviet a fin de que el lector se dé mejor cuenta del «verdadero» papel desempeñado por L. Trotski. Para formarse una idea del modo como Trotski, persiguiendo el mismo fin, desdeña o se niega a comprender el papel que desempeñaron los bolcheviques en la formación del Soviet, basta mostrar cómo explica el nacimiento de los Soviets.

Aunque la leyenda según la cual los mencheviques fueron los organizadores del Soviet haya sido destruida, Trotski, sin aportar nuevos argumentos, repite este viejo «error» que Mártov había sido el primero en propagar conscientemente. Trotski hace derivar los Soviets de... la comisión Schidlovski.

> La forma de este órgano director [del Soviet] —declara Trotski por primera vez en sus notas al acta de acusación—, estaba dictada en gran medida por la tradición dejada por la comisión Schidlovski.

Trotski continúa, después, ateniéndose a la misma idea. En su carta al «Histpart» (Comité para el estudio de la historia del partido) de 1921, hablando de la organización del Soviet, escribe:

> Por Jordanski, al que fui a ver para exponerle mi plan de creación de un órgano electivo por el estilo de la comisión Schidlovski, me enteré de que los mencheviques habían preconizado ya la fórmula de una autonomía administrativa revolucionaria electiva.

En su informe presentado en 1926 en la fábrica textil Sverdlov de Moscú, Trotski enseñaba a los obreros que

> el ejemplo fortuito de la comisión Schidlovski había servido de punto de partida para el primer Soviet de diputados obreros.

Hemos reproducido une serie de citas que se refieren a diversos periodos para mostrar que, al hacer derivar el Soviet de diputados obreros de la comisión Schidlovski, Trotski no incurre en un simple lapsus casual, sino que defiende una tesis permanente. Señalemos que la comisión Schidlovski solicita mucho más la atención de Trotski que el Soviet de Ivanovo-Voznesiensk, el cual fue realmente el prototipo del Soviet de diputados obreros de 1905. No necesitamos detenernos largamente en el examen del error harto evidente de Trotski. Queremos simplemente llamar la atención del lector sobre el hecho de que, en lo que toca a la formación de los Soviets, Trotski adopta la tesis menchevista.

CAPÍTULO VI

Los Soviets de diputados obreros y la preparación de la insurrección armada

Ya hemos visto que en octubre el proletariado estaba, por decirlo así, psicológicamente preparado para la insurrección armada. La exacerbación de la guerra de clases le imponía la necesidad de preparar materialmente una acción directa, con las armas en la mano. Bajo el influjo de los pogromos, las grandes masas obreras, casi sin ninguna dirección, procedían en todas partes a armarse, a fabricar febrilmente armas blancas. Sin embargo, la preparación de una insurrección armada no podía detenerse ahí. Los obreros se daban perfecta cuenta de que las armas blancas que habían fabricado no podían competir con el armamento de la policía y de la tropa. Por eso se organizaban en todas partes suscripciones y colectas de fondos para la compra de armas de fuego en casi todas las fábricas; las sumas recogidas permitieron al Soviet de diputados obreros adquirir varios centenares de pistolas.

No era raro ver que los obreros, sin ser invitados por el Soviet, cotizaban y compraban armas. La conciencia que las grandes masas tenían de la necesidad de armarse impulsó al Soviet a proceder a la formación de grupos armados, de una milicia popular. Aunque al principio esta última estuviese destinada a combatir los pogromos, en la práctica comenzó a tomar parte en todas las manifestaciones de la vida: cuidaba de la circulación; por la noche, velaba por la seguridad de los domicilios, de los comités directores de los distritos. Le incumbía también un gran papel en la protección de las imprentas que publicaban los periódicos socialistas *Novaya Zhizn* (*El Comienzo*) y *Syn Otéchcstva* (*El Hijo de la patria*). Poco numerosa, pero bien organizada, inspiraba temor al gobierno que creía que la milicia contaba 6.000 miembros, cuando en realidad tenía muchos menos.

Con la creación de grupos armados, el Soviet de diputados obreros efectuaba una parte del trabajo necesario para la preparación de la insurrección armada, y haciendo esto seguía la vía ya trazada por el III Congreso del P.O.S.D.R. (bolchevique), el cual había encargado a las organizaciones del Partido que

> explicasen al proletariado mediante la propaganda y la agitación no sólo el sentido político, sino también el lado práctico y material del futuro levantamiento armado, a cuyo efecto debían adoptarse enérgicas medidas con objeto de armar al proletariado.

Conviene señalar, sin embargo, que desde el punto de vista de la preparación práctica de la formación de destacamentos de combate y del armamento de las grandes masas obreras, el Soviet no utilizó todas las posibilidades. Esto se explica en gran parte porque las dificultades técnicas que el Soviet tenía que vencer para la organización de una milicia y el armamento del proletariado se vieron agravadas más aún por el sabotaje de los mencheviques. Sabido es que los mencheviques, que consideraban la preparación técnica de la insurrección armada como algo secundario, no le prestaban naturalmente una gran atención. Ahora bien, esta circunstancia Trotski no la aprecia en su justo valor. Para él la revolución no es más que una serie de ataques espontáneos de las masas contra el zarismo, lo que hace que

> la insurrección armada, por ser un simple factor técnico, *pueda intervenir o no intervenir en la revolución*[6].

Aparte de este escepticismo con respecto a la insurrección armada como etapa inevitable de la revolución, Trotski no tenía una concepción clara *de lo que es una insurrección armada*.

A la concepción bolchevista de la insurrección armada como un arte que exige un recuento riguroso de las fuerzas revolucionarias y un plan preciso de dirección, Trotski oponía la acción espontánea de las masas, la huelga general llamada a paralizar la autocracia.

---

[6] Subrayado por nosotros.

Este modo de concebir el momento decisivo de la revolución no podía dejar de modificar el verdadero sentido y el carácter de la insurrección armada.

Mucho antes de la huelga de octubre, Lenin ponía ya en guardia contra tal manera de ver; recordaba que la teoría del «proceso de organización, teoría que justifica la desorganización y glorifica el anarquismo intelectual», había sido también forjada «en nombre del espíritu de iniciativa del proletariado».

Las divergencias de ideas entre los bolcheviques, mencheviques y Trotski continuaron, de hecho, en octubre-diciembre, período de exasperación de la guerra civil. Toda la campaña por el armamento del proletariado y la formación de una milicia popular se efectuó exclusivamente bajo la presión de los bolcheviques. El Soviet de Petersburgo no utilizó a fondo ese estado de espíritu de las masas, aunque las grandes sumas recogidas en las fábricas suministraban la mejor prueba de la justeza del pronóstico sobre la revolución hecho por los bolcheviques. En el momento en que estalló el movimiento de diciembre, el Soviet no había terminado su preparación técnica.

No debe deducirse de aquí que la preparación técnica y el armamento del proletariado debían ser las únicas preocupaciones del Soviet. Si hubiese sido así, el Soviet no habría llegado a ser la potente organización combativa del proletariado que permitió a su vanguardia, al Partido, ponerse en relaciones con toda la clase; no habría llegado a ser, gracias a la hegemonía del proletariado, la organización revolucionaria directora (naturalmente, bajo la égida del Partido).

En este sentido, sería igualmente falso no ver en la preparación de la insurrección armada por el Soviet más que su lado técnico; no deben tampoco ignorarse las demás tareas.

El Soviet se daba cuenta de que una milicia proletaria técnicamente bien armada no bastaba para el éxito de la insurrección si tenía que hacer frente a fuerzas técnicamente mejor armadas y a capas intermedias hostiles. He aquí por qué, hablando de los preparativos de la insurrección armada, conviene examinar la actividad del Soviet en su lucha por la conquista del ejército, de los campesinos, por la dirección de la revolución en toda Rusia. En tales condiciones, ante el Soviet se presentaba una tarea colosal

y preñada de responsabilidades: revolucionarizar el ejército, convirtiéndolo, de enemigo de la revolución que era entonces, en un aliado de la revolución.

El Soviet de Petersburgo hubo de afirmar su solidaridad con el ejército mucho antes de lo que hubiera creído. Los acontecimientos que se desarrollaron a fines de octubre, en Kronstadt, y que ejercieron una influencia considerable sobre la vida ulterior del ejército y de la flota, suministraron el pretexto para ello.

La sublevación de los soldados y marinos en el puerto militar de Kronstadt, situado cerca de Petersburgo, produjo una enorme impresión. Fue particularmente vigorosa la reacción de las masas obreras contra las represalias zaristas y la detención de 1.200 amotinados, a un gran número de los cuales amenazaba la pena de muerte. Muchas fábricas votaron resoluciones sobre la necesidad, para el Soviet, de intervenir enérgicamente a fin de asumir la defensa del ejército. Empujado por las reivindicaciones obreras, el Soviet consagró su sesión del 1 de noviembre a los acontecimientos de Kronstadt. Numerosos diputados exigieron la declaración inmediata de una huelga de protesta. Esta combatividad se vio considerablemente reforzada por las intervenciones de los representantes del proletariado polaco, los cuales pidieron al Soviet que se alzase enérgicamente contra la reacción zarista desencadenada en Polonia. Teniendo en cuenta esta combatividad de las masas, el Soviet decidió reaccionar ante los acontecimientos de Kronstadt y Polonia.

Considerando la acción a emprender, el Soviet eligió la huelga. En otras condiciones hubiese necesariamente desencadenado una lucha decisiva contra el zarismo. Pero los obreros no estaban aún suficientemente armados; las tropas gubernamentales, entre las que estallaban, aquí o allá, movimientos de efervescencia, seguían siendo de todos modos para la revolución un enigma; por otra parte, nada garantizaba que la insurrección fuese sostenida en todo el país.

Ante la imposibilidad de una insurrección armada, el Soviet se decidió sin embargo a declarar la huelga política, que era, según él, la única forma de protesta cuyo éxito estuviese asegurado. En la resolución que adoptó el 1.º de noviembre, el Soviet exhortaba a las masas a la huelga, que fijó para el día 2 a mediodía.

La huelga de noviembre fue unánime y bien organizada. En Petersburgo, el movimiento atrajo a nuevos contingentes proletarios. La participación de los elementos pequeñoburgueses fue sensiblemente más débil. Por eso, la huelga de noviembre puede ser considerada como una acción exclusivamente proletaria. Esto mismo es lo que constituía su debilidad, pues las masas obreras corrían el riesgo de verse cortadas de las masas pequeñoburguesas, las cuales, aunque no participaban abiertamente en las batallas revolucionarias, ejercían sin embargo una influencia considerable sobre la revolucionarización del ejército.

Por otra parte, a pesar del llamamiento a la huelga de protesta en toda Rusia, la huelga de noviembre no encontró un apoyo en las demás ciudades. Esta circunstancia contribuyó a abatir el ímpetu de los obreros de Petersburgo. Entonces, el Soviet, contrariamente a su decisión del 4 de noviembre sobre la necesidad de proseguir la huelga, se vio obligado, al día siguiente mismo, a acordar su terminación para el 7 de noviembre a mediodía. Conviene decir que la cesación de la huelga se efectuó en buen orden, gracias a la conducta juiciosa del Soviet.

¿Cuál es la significación de la huelga de noviembre?

La huelga de noviembre produjo una gran impresión sobre los soldados y marinos, que pudieron darse cuenta de la actitud de las masas proletarias con respecto a ellos. En noviembre, el Soviet de Petersburgo realizó un gran trabajo de agitación en el ejército. A la huelga de noviembre se debieron en gran parte los movimientos de efervescencia en una serie de formaciones militares. La huelga de noviembre ejerció también su influjo en la sublevación de Sebastopol, a mediados de noviembre, cuando se formó el primer Soviet de diputados marinos. A ejemplo de Petersburgo, el 3 de diciembre se constituyó en Moscú el primer Soviet de diputados soldados.

Empero, la huelga de noviembre tuvo también sus lados malos para la revolución. Su aislamiento, el hecho de no ser sostenida por el resto de Rusia, hubo de influir necesariamente sobre la moral de los huelguistas. La combatividad del primer momento, dispuesta a entablar la lucha decisiva contra el zarismo, declinaba. El aislamiento de la huelga de noviembre no dejó de

estimular a la reacción, que se apresuró a explotar esta falta de cohesión en el movimiento.

La huelga de noviembre tuvo asimismo como resultado imposibilitar la campaña por la conquista de las ocho horas, campaña que, como sabemos, tenía una enorme significación en el movimiento revolucionario. Así, el retroceso efectuado en el terreno de la lucha por la jornada de ocho horas se agravó ahora por el abatimiento que se manifestó entre las masas obreras que participaban por vez primera en el movimiento.

Todas estas circunstancias hicieron que la huelga de noviembre fuera un gasto improductivo de la energía revolucionaria de las masas; este hecho se debió no a la falta de fuerza del proletariado, sino a la falta de cohesión del movimiento proletario de toda Rusia, y demuestra una vez más la falsedad de la afirmación de Trotski, según la cual la revolución es una serie de batallas sucesivas, de llamaradas revolucionarias en diversos lugares, o un movimiento espontáneo de las grandes masas.

La huelga de noviembre ha demostrado que los diversos movimientos espontáneos aislados conducen a la derrota. Si el Soviet hubiese podido disuadir al proletariado de la huelga de noviembre y mantener la combatividad de las masas hasta el empuje revolucionario general de todo el país, la imagen de la revolución de 1905 quizás hubiese cambiado notablemente.

La huelga de noviembre fue el episodio más saliente de la lucha del Soviet por la conquista del ejército. Sin embargo, una vez terminada la huelga, el Soviet de Petersburgo siguió prestando al trabajo en el ejército una gran atención. La difusión de manifiestos revolucionarios, el envió de agitadores, la asistencia prestada a los soldados castigados, tales fueron los diversos aspectos del trabajo del Soviet de Petersburgo. Bajo el influjo de este último y con su participación más directa, se ve surgir, a fines de noviembre, una Asociación panrusa de militares, que publicó en el órgano bolchevique *Siéverni Golos* (*La Voz del Norte*) un «Llamamiento al ejército ruso». El Comité Central de la Asociación de militares se señalaba como fin el cooperar resueltamente a la revolución en su lucha contra la autocracia.

Los miembros de la Asociación estaban obligados a negarse a hacer uso de las armas contra los revolucionarios, a proteger a la

población contra los pogromos y a efectuar un vasto trabajo de propaganda en el ejército para el desencadenamiento de una huelga política en toda Rusia.

La Asociación no pudo, sin embargo, desarrollar su actividad a fondo. Constituida a fines de noviembre, sucumbía en diciembre bajo los ataques de la reacción.

Paralelamente a la acción desarrollada en el ejército y a los preparativos para la insurrección, hay que señalar la actividad desplegada por el Soviet con el fin de realizar la alianza del proletariado y de los campesinos.

Uno de los participantes en los acontecimientos de Petersburgo refiere:

> En noviembre, la atención de las masas obreras se concentró con una especie de fuerza impulsiva en el problema del papel que iban a desempeñar los campesinos en la huelga en curso... Tengo la impresión de que después de la huelga de noviembre la masa obrera se daba cuenta de que incluso la cuestión del ejército, que había intentado resolver tomando la defensa de los marinos de Kronstadt, no podía ser definitivamente zanjada más que por el levantamiento del campo.

Este estado de espíritu de las masas obreras explica la atención que el Soviet de Petersburgo prestó al representante de los campesinos del distrito de Suma, que acudió a pedir auxilio.

La gestión del delegado de Suma es muy característica. Señala la influencia creciente de la revolución de las ciudades sobre el campo.

Después del delegado de Suma vinieron a pedir consejo al Soviet de diputados obreros de Petersburgo otros representantes de provincias que aportaban las actas de sus asambleas rurales diciendo que estaban dispuestos a hacer causa común con los obreros de las ciudades y el Soviet, que exponían las reivindicaciones de los campesinos de su localidad, etc. Además de éstos, se presentaban campesinos aislados que solicitaban el apoyo del Soviet.

El Soviet veía crecer su popularidad entre las masas campesinas y se esforzaba por conseguir así la alianza con los campesinos revolucionarios.

Esta alianza de los dos factores revolucionarios —proletariado y campesinos—, así como su dirección única, no pudieron ser aseguradas ante la ofensiva reaccionaria. El Soviet no tuvo tiempo para efectuar un amplio trabajo entre las masas campesinas. Tendiendo a la alianza con las masas fundamentales del campo, concentró el grueso de sus esfuerzos en el ejército, que representaba una fuerza organizada compuesta principalmente de campesinos. Con su trabajo de revolucionarización del ejército, el Soviet mataba dos pájaros de un tiro: alertaba a los campesinos y descomponía el aparato zarista.

Por eso, cuando se estudian las mutuas relaciones entre el Soviet y las masas campesinas, es menester reconocer que en 1905 dichas relaciones se hallaban en un estado embrionario. En realidad, no había relaciones mutuas, sino tendencias a dichas relaciones; por eso, algunos hechos aislados adquieren una importancia capital. La tendencia se acusaba claramente. Con lentitud, pero con firmeza, el Soviet se orientaba hacia la dirección del movimiento campesino. El siguiente hecho refleja muy bien la influencia ejercida por el Soviet sobre el movimiento campesino. Los Soviets de diputados campesinos constituidos en 1905 en el gobierno de Tver, en las localidades circunvecinas de Novorosíisk y Rostov y en otros puntos se debieron exclusivamente a la revolución en las ciudades y al Soviet de diputados obreros.

El Soviet logró desplegar una actividad mucho más consecuente en lo que toca a la revolucionarización de las capas intermedias de la ciudad, que no eran un factor insignificante en las batallas revolucionarias. Este trabajo era indispensable para la preparación de una insurrección armada. La revolución había puesto a esas capas en movimiento. Al pequeñoburgués y al funcionario les interesaba la «política», se pusieron a leer la prensa y a seguir los acontecimientos.

Por esta causa, con la formación del Soviet de diputados obreros, llamado a combatir contra la autocracia detestada,

> unos —como refiere uno de los diputados— le testimoniaban su simpatía, otros le prestaban su ayuda, quiénes solicitaban su apoyo, algunos en fin obedecían al Soviet como a un nuevo gobierno.

El Soviet de Petersburgo tomó una parte activa en varias huelgas organizadas por los sindicatos de empleados y funcionarios subalternos. La huelga de Correos y Telégrafos, por ejemplo, se hizo con el concurso más activo del Soviet de Petersburgo.

El Soviet no consiguió, sin embargo, asumir la dirección de todos los sindicatos de funcionarios y empleados subalternos. La ofensiva reaccionaria impidió que el proletariado tomase enteramente en sus manos la dirección de la pequeña burguesía urbana.

De toda la actividad desplegada por el Soviet de Petersburgo para preparar la insurrección armada, merece particular atención la cuestión de la organización de un movimiento proletario en toda Rusia. He aquí lo que declara el camarada Sverchkov, uno de los miembros del Soviet de diputados obreros de 1905, en su análisis sobre la situación consecutiva a la huelga de noviembre:

> Nosotros nos dábamos cuenta de que la acción futura del proletariado no podía desarrollarse sino sobre el terreno de toda Rusia y que había de ser la última, transformándose en una batalla de calle.

No carece de interés señalar el testimonio de otro miembro activo del Soviet de Petersburgo —Jrustaliov— el cual declaraba igualmente que «el movimiento revolucionario debía extenderse a toda Rusia y ser simultáneo».

En efecto, el problema de una revolución panrusa no se había nunca planteado con tanta agudeza como en las jornadas de noviembre, circunstancia que era confirmada por todo el curso de los acontecimientos.

La necesidad de una dirección revolucionaria panrusa se hizo igualmente sentir en las otras regiones avanzadas y revolucionarias de Rusia. A principios de noviembre, el Soviet recibió la visita de un representante de 35.000 obreros de Narva, del delegado del Comité Central del partido socialista polaco; le llegaban telegramas de los Soviets de Kiev, de Rostov, de los ferroviarios de la línea de Rýbinsk, etc.

Bajo el influjo de las relaciones que se establecían con las provincias, el Soviet de Petersburgo cobró conciencia, mejor que todas las demás organizaciones revolucionarias, de la necesidad de unirse en el terreno nacional, y en una de sus sesiones planteó la cuestión de la convocatoria de un congreso de los Soviets de diputados obreros para el 15 de noviembre. Pero la huelga de noviembre, que no fue sostenida en provincias, acusó la debilidad orgánica de la revolución en el resto del país y el congreso fue aplazado hasta diciembre. Sin embargo, la huelga de noviembre tuvo el mérito de hacer aparecer el Soviet, ante todo el movimiento revolucionario de Rusia, como la forma necesaria de organización del proletariado para el triunfo de la revolución.

Y, en efecto, el período de creación de los Soviets de diputados obreros en provincias se extiende de noviembre a principios de diciembre. Al principio, la idea de los Soviets de diputados obreros halló su aplicación práctica en los más grandes centros proletarios, propagándose después, a fines de noviembre y principios de diciembre, a muchos lugares.

En el mes de noviembre se forman los Soviets en Rostov, Najicheván, Nikoláyev, Kiev, Odesa, Kostromá, Yekaterinoslav, Bialistok, Bakú, Sarátov, Samara.

A principios de diciembre, la idea de los Soviets es ya popularísima en regiones obreras como Oréjovo-Zúyevo, en las ciudades obreras del Ural, de la cuenca del Donetsk, en Siberia, etc.

Los Soviets de diputados obreros formados en diciembre no pudieron, naturalmente, tener una gran significación práctica, ya que a poco de constituidos fueron aniquilados por la autocracia. Muchos de ellos no hicieron nada por afirmar su fisonomía política y permanecieron desconocidos hasta de los propios medios obreros.

El Soviet de Petersburgo, prototipo de los Soviets de diputados obreros, que estuvo en octubre y noviembre a la cabeza del movimiento revolucionario, se debilitó a fines de diciembre a causa de los ataques de la ofensiva reaccionaria, del lockout de la burguesía y también de las divergencias que se manifestaron en su seno.

Empero, a fines de noviembre surgieron nuevas y potentes organizaciones soviéticas que se desarrollaron rápidamente y trabajaron con energía en la preparación de una insurrección armada.

El Soviet de Moscú ocupa uno de los primeros puestos en esta lucha por la preparación de la insurrección. Ya hemos indicado la razón de la tardía formación del Soviet de Moscú en 1905; ya hemos señalado la existencia, en octubre, del Comité de huelga, en el cual los representantes de la burguesía intelectual desempeñaban un papel eminente, así como los temores de los bolcheviques de que el Soviet se convirtiese en una organización democrática general gracias a los esfuerzos de los mencheviques. Pero, viendo que los Soviets, en virtud de la acción enérgica de las masas obreras, se transformaban en verdaderos órganos proletarios de masas, los bolcheviques procedieron a la creación del Soviet de Moscú.

El Soviet de Moscú que, al principio, funcionaba paralelamente al Comité de huelga, pasó a ser muy pronto el centro revolucionario director, al paso que el Comité de huelga desaparecía, sobre todo después del abandono de este último por los obreros.

La primera sesión oficial de este Soviet fue convocada por el Comité federativo de Moscú del P.O.S.D.R. el 22 de noviembre. A dicha sesión asistieron unos 170 diputados obreros de las fábricas y los representantes de las organizaciones socialdemócrata y socialista-revolucionaria. Según un cálculo aproximativo, el número de obreros organizados representados en la primera sesión del Soviet se elevaba a 80.000.

La sesión se abrió con un informe general de un representante del Soviet de Petersburgo, que expuso la situación del movimiento obrero en Petersburgo, el papel de los Soviets y las perspectivas de revolución. Después de los informes presentados por los organizadores del Soviet de Moscú sobre la situación del movimiento obrero en la ciudad, sobre el lockout que se preparaba y sobre la rápida progresión de los acontecimientos, se decidió concentrar una atención especial a la creación de una vasta red de Soviets en provincias. A este efecto, el Soviet designó dos delegados encargados de ir a las principales ciudades de Rusia para organizar allí los Soviets e instituir la unidad de acción.

Comprendiendo que era imposible vencer sin el apoyo de toda Rusia, el Soviet puso en guardia a la clase obrera contra el peligro de una provocación zarista encaminada a promover una acción prematura en todo el país. El Soviet recomendó abstenerse de acciones aisladas y exigió, en sus resoluciones, la reapertura de las fábricas cerradas por la burguesía de espíritu reaccionario.

Ya en esta primera sesión fue nombrada una Comisión Ejecutiva provisional compuesta por diputados de todos los distritos y dos representantes de «los partidos socialistas que trabajaban en el seno del proletariado».

La asamblea general consideró obligatoria la participación de los socialdemócratas a fin de «garantizar que el movimiento obrero no cayera bajo los ataques de los partidos burgueses».

Los diputados señalaron el interés que la clase obrera mostraba por los Soviets y su convencimiento de que el Soviet asumiría la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado. El Soviet vio crecer su crédito entre las masas obreras. En cuanto a la popularidad de los diputados del Soviet, puede apreciarse por las declaraciones que hicieron posteriormente ante los tribunales los obreros y empleados de la fábrica Prójorov.

El rápido crecimiento de la influencia ejercida por el Soviet de Moscú se explica porque los obreros enviados al Soviet fueron elegidos entre los más capaces y revolucionarios y que gozaban de mayor crédito en los medios obreros.

La dirección inteligente del Soviet por parte de los socialdemócratas (bolcheviques) hizo de él, a pesar de su tardía formación, un centro revolucionario que dirigía no sólo las masas obreras, sino también las demás capas revolucionarias.

Como es sabido, las tentativas hechas por la Unión de Sindicatos de Moscú para restaurar el Comité de huelga fracasaron, y el Soviet de Moscú ocupó, desde últimos de noviembre, una situación predominante.

La segunda sesión del Soviet de diputados obreros de Moscú se celebró el 27 de noviembre, bajo la impresión del reciente encarcelamiento de Jrustaliov. La cuestión capital que se planteó fue, en consecuencia, la de la cristalización definitiva del Soviet. Se elaboró un reglamento fijando la norma de representación en un diputado por cada 500 electores. Se admitían excepciones

para las fábricas de menos importancia en las cuales el número de electores podía ser inferior.

La detención de los miembros del Soviet de Petersburgo provocó una gran emoción. Algunos diputados preconizaron la necesidad de declarar la huelga general política. Después de largos debates se adoptó la decisión de no declarar la huelga en Moscú hasta después de conocer la opinión del Soviet de Petersburgo o hasta ver si la detención del Comité de este último Soviet provocaba la huelga en la capital. En tal caso, Moscú no podría observar una actitud pasiva; pero, por el momento, era necesario economizar las fuerzas, y el Soviet se pronunció categóricamente contra las huelgas parciales que debilitaban al proletariado.

La siguiente sesión plenaria del Soviet se celebró el 4 de diciembre y fue el preludio de la acción que se preparaba. Después de examinar un cierto número de cuestiones secundarias se discutió sobre la detención del Comité Ejecutivo del Soviet de Petersburgo y luego fue examinado un manifiesto financiero. En esta misma sesión se abordó también la cuestión de la amenaza de pogromo de los «Cien Negros», que se esperaba para el 6 de diciembre.

El espíritu de los diputados era combativo. La mayoría de los oradores afirmó que aquello no podía durar más y, fortalecida por la voluntad de acción del proletariado moscovita, exigió que se declarase la huelga general el 5 de diciembre. La combatividad de los diputados se acreció todavía más después de la intervención del representante del Comité federativo que expuso la situación en el ejército.

Luego de largos debates se adoptó por fin una resolución diciendo que «los obreros de Moscú deben estar prestos, en todo momento, a la huelga general política y a la insurrección armada».

Además, se decidió someter, el 5 de diciembre, la cuestión de la huelga general y de la insurrección al examen de los obreros de todas las fábricas de Moscú; después de lo cual, según el estado de espíritu que hubiese manifestado el proletariado, la asamblea siguiente del Soviet tomaría la resolución que se impusiese. El Soviet se adhirió igualmente al manifiesto financiero lanzado por el Soviet de Petersburgo.

Más lejos veremos cuáles fueron las causas inmediatas y las condiciones que presidieron al desencadenamiento de la insurrección. Por el momento, veamos cómo el Soviet de Moscú se encaminaba irresistiblemente hacia la preparación de la insurrección. Aunque formado relativamente tarde y no habiendo celebrado más que cuatro sesiones, el Soviet de diputados obreros de Moscú reflejaba el rápido desenvolvimiento de la conciencia revolucionaria del proletariado. A cada sesión del Soviet aumentaba el número de diputados y se acentuaba gravedad de las cuestiones. 139 fábricas, todas las grandes empresas, tenían en el Soviet sus representantes, elegidos entre los obreros mejores y más capacitados. Es interesante señalar que, a diferencia de Petersburgo, donde existía un Soviet único central con Soviets de distrito débilmente desarrollados, el papel en Moscú de los Soviets de distrito, que fueron la forma inicial de la organización soviética, fue mucho más importante.

Sabido es que el Soviet del distrito de Lefórtov celebró su primera sesión el 11 de noviembre, el Soviet del distrito del Centro el 17 de noviembre, en tanto que el Soviet central de diputados obreros no celebró su primera sesión hasta el 22 de noviembre. Esto nos lleva a concluir que las grandes masas obreras se educaban ya de un modo organizado en los Soviets de distrito y adquirían allí conciencia de la imperiosa necesidad de constituir el Soviet central.

Con la creación del Soviet de Moscú, los Soviets de distritos no fueron disueltos. En los días de la insurrección, cuando los distritos estaban incomunicados unos con otros y con el centro, los Soviets de distrito tuvieron que obrar de un modo independiente, siendo los únicos guías revolucionarios en sus respectivos distritos. En cuanto a los derechos y atribuciones respectivas del Soviet central y de los Soviets de distrito, no fueron fijados por la asamblea plenaria del Soviet central.

El papel de los Soviets de distrito se reducía, principalmente, a preparar la organización de un Soviet único, del que serían un apoyo. El examen de las cuestiones locales era también de la incumbencia de los Soviets de distrito. Con la creación del Comité de Moscú, las relaciones mutuas y la división del trabajo entre el

Soviet central y los Soviets de distritos se establecieron como sigue: las cuestiones que tenían una importancia política o de principio eran de la competencia del Soviet central; en estos casos, los Soviets de distrito no eran más que agentes de ejecución de aquél. En cuanto a las cuestiones vitales de un distrito dado, el Soviet interesado obraba con plena independencia; sólo apelaba al Soviet central en caso de impotencia. La prueba de que estas relaciones mutuas entre el Soviet central y los Soviets de distritos estaban reguladas como apuntamos la hallamos en la serie de sesiones celebradas por los Soviets de distrito.

La actitud de la socialdemocracia con respecto al Soviet de Moscú no fue un factor menos importante para el desenvolvimiento y consolidación de este último. Como en todas partes, el Soviet de Moscú surgió por la iniciativa y con el concurso enérgico de la socialdemocracia, que aseguró su dirección permanente. El predominio del ala bolchevista en el Soviet le prevenía contra toda clase de desviaciones en el sentido del liberalismo burgués y lo orientaba irresistiblemente por la buena senda revolucionaria hacia la insurrección armada. Esta línea —la preparación de la insurrección— se destaca con relieve en el curso de la actividad del Soviet de Moscú. El Soviet de Moscú fue una organización revolucionaria clásica que supo realizar sus tareas como era debido.

Cuando en diciembre el proletariado se halló ante la alternativa de cesar la lucha y reconocer su derrota o de tomar las armas para la conquista del poder, el Soviet de Moscú siguió resueltamente esta última vía. No quedaba otra solución y el Soviet de Moscú lo tuvo en cuenta antes de la insurrección.

> Los bolcheviques de Moscú —declara un miembro del Soviet de Moscú de 1905, Chernomordik— se preparaban para la insurrección en el curso de su actividad diaria, se orientaban hacia la insurrección en sus luchas políticas; por eso la insurrección de diciembre no fue para nosotros, bolcheviques, algo inesperado, algo fuera de nuestra táctica normal. La desgracia fue que la insurrección de diciembre estalló no en el momento en que nosotros quisimos, sino cuando nuestros enemigos lo desearon.

Petersburgo y Moscú no fueron, como hemos dicho, los únicos centros en que funcionaron los Soviets en 1905. Desgraciadamente, no se ha escrito hasta ahora ninguna obra que dé una imagen completa del desenvolvimiento de los Soviets provinciales.

No nos proponemos nosotros suplir aquí esta falta. Empero, nos esforzaremos en señalar los rasgos característicos de los Soviets provinciales que muestran que, en su mayoría, estos Soviets se orientaban también hacia la preparación de la insurrección y la toma del poder. Sólo los Soviets en que los mencheviques dominaban absolutamente ocupaban un lugar secundario y se arrastraban a remolque de la burguesía liberal.

Muy poco después de Petersburgo, Rostov, gran centro del mediodía de Rusia, organizaba su Soviet de diputados obreros.

La primera sesión del Soviet de diputados obreros de Rostov se celebró el 8 de noviembre con la asistencia de diputados de un gran número de fábricas de la ciudad.

La huelga general política era, para Rostov, una cuestión vital y de la mayor actualidad, tanto más cuanto que los obreros de ambos sexos de las manufacturas de tabacos acababan de responder con la huelga a las violencias de que habían sido objeto por parte de los cosacos. La proposición de una huelga general de protesta de 48 horas fue adoptada por unanimidad. La huelga, dirigida con perfecta cohesión, colocó literalmente en pocos días al Soviet de Rostov en el centro de los acontecimientos.

A este respecto, Krámarov, uno de los miembros del Soviet, escribe lo siguiente:

> A la señal dada por Petersburgo se formó el Soviet de diputados obreros que, muy pronto, se convirtió en la autoridad suprema de la ciudad. Casi todas las cuestiones vitales eran sometidas al Soviet. La burguesía radical, que había constituido su Unión de sindicatos de intelectuales (ingenieros, maestros, agrónomos, empleados de Correos y Telégrafos, etc.), declaró que quería ingresar en el Soviet... Las viejas autoridades estaban asustadas, aunque su presencia se dejase todavía sentir. Aquí y allá se veía aún algún agente de policía o una patrulla de cosacos. Rostov estaba, por decirlo así, repartido en dos partes iguales. El barrio obrero de Temernik servía de base esencial y de ciudadela

> al nuevo poder revolucionario; en la ciudad misma, las antiguas autoridades subsistían, aunque sólo formalmente.

Puede apreciarse el espanto que se había apoderado de las viejas autoridades por la lectura del informe presentado por el Jefe de la Seguridad del Don, Zavárin. Los telegramas que enviaba casi a diario al Departamento de policía reflejan claramente la creciente inquietud de los medios oficiales. Los temores de las autoridades zaristas no estaban desprovistos de fundamento.

El Soviet de diputados obreros de Rostov pasó a ser el eje de los acontecimientos y logró concentrar a todas las fuerzas revolucionarias. Desde el momento de su formación, el Soviet rebasó las atribuciones de un Comité de huelga o de sindicato y tomó en sus manos enérgicamente la dirección de los acontecimientos.

Desde mediados de noviembre se dedicó seriamente al armamento de las masas obreras. En la actividad del Soviet de Rostov, hasta el momento en que asumió la dirección de la insurrección armada de diciembre, importa destacar la acción que emprendió en relación con la sublevación de Sebastopol y la campaña por las ocho horas.

En el momento de la revuelta de Sebastopol, el Soviet, a pesar de la combatividad de las masas obreras, se pronunció contra una nueva huelga, dado que

> las huelgas parciales no pueden sino debilitar el movimiento, que debe conservar sus fuerzas para el momento decisivo, cuando haya de tomar las armas y marchar codo con codo con los marinos y soldados.

La dirección prudente del Soviet permitió mantener el espíritu combativo de las masas, que participaron activamente en la lucha armada. Combatiendo por las ocho horas, el Soviet declaraba que no se ocupaba de esta cuestión sino a consecuencia de la falta de sindicatos. Así, pues, el Soviet se consideraba como una organización que se sale de los cuadros de un comité de huelga o de un sindicato.

Lo mismo que en Rostov, se formaron también Soviets de diputados obreros en las demás ciudades del mediodía, Taganrog, Novorosíisk, Bakú, y hasta en una serie de aldeas cosacas.

Como en Rostov, el movimiento revolucionario en Novorosíisk tenía a la cabeza el Soviet de diputados obreros. Las primeras tentativas de organización del Soviet en esta ciudad datan de fines de octubre, pero sólo a mediados de noviembre su crédito aumenta rápidamente y se transforma en una verdadera organización de grandes masas obreras. No había empresa que no tuviese su diputado en el Soviet. En cuanto a las formas de organización del Soviet, eran idénticas a las de Petersburgo o de Rostov. Al frente del Soviet había un Comité Ejecutivo.

El mes de noviembre, en la vida del Soviet de Novorosíisk, debe ser considerado como un período de preparación de la insurrección armada. El Soviet tomó una parte activa en la organización de las compañías de combate.

El principio de organización de estas compañías se reducía, en suma, a la formación de grupos de 10 hombres con un jefe a la cabeza; diez de estos grupos se reunían también en un grupo de 100 con un centurión a la cabeza. Igualmente se formaron compañías de ferrocarriles.

La formación definitiva de tales compañías se remonta a principios de diciembre. Las compañías de Novorosíisk contribuyeron poderosamente a acrecer el crédito del Soviet. Gracias a ello, el Soviet logró tomar la dirección de los acontecimientos revolucionarios, participar activamente en la insurrección de diciembre y convertirse no solamente en un órgano de lucha para la conquista del poder, sino en el poder mismo, en el único poder revolucionario de la ciudad. Fortalecido con el apoyo de los 12 a 15.000 habitantes de la ciudad, el Soviet de diputados obreros proclamó la «República de Novorosíisk».

La toma del poder fue posible, cierto, por otra razón también: por la pasividad de las tropas zaristas. El Soviet de Novorosíisk concedió una atención especial a la penetración revolucionaria en el ejército zarista. Fijó para el 22 de noviembre una huelga general, en señal de duelo, a fin de rendir homenaje a las víctimas de Sebastopol, huelga que, gracias a su buena organización y cohesión, produjo una gran impresión entre las tropas.

La actividad inteligente desplegada entre las masas obreras, la campaña sistemática para organizar las compañías de combate

y la propaganda revolucionaria entre los soldados permitieron a los trabajadores de Novorosíisk tomar las armas en diciembre.

Gracias a tal lucha, el Soviet se dio perfectamente cuenta de que su misión era la de una organización destinada a «dirigir la lucha decisiva contra la autocracia, por la libertad completa del pueblo», a «abrirse un camino por todos los medios, incluso la insurrección armada».

Podemos apreciar la enorme importancia del Soviet de Novorosíisk por la lectura del informe presentado por el general Schirinkin, jefe de policía del Cáucaso:

> Entretanto —escribe— se ha formado en la ciudad un Soviet de diputados obreros, compuesto de 70 miembros, con un Comité Ejecutivo que tiene a la cabeza al ingeniero Leibovich. El Soviet de diputados obreros actúa en permanencia; gracias a sus compañías de combate ha tomado en sus manos todos los resortes de la actividad pública. Hasta la cancillería del gobernador ha tenido que cerrarse por falta de un guardia. A propuesta del Soviet de diputados obreros, la Duma municipal ha constituido una Comisión de la que han entrado a formar parte los miembros del Comité Ejecutivo. Esta Comisión ha gravado con un impuesto a todos los habitantes y ha distribuido las sumas recogidas así entre los obreros en huelga. El Comité Ejecutivo ha instituido el tribunal popular, promulgado decretos, tasado los artículos alimenticios, se ha adueñado de la imprenta del periódico *El Litoral del Mar Negro*, cuya publicación ha suspendido. En una palabra, la ciudad está enteramente en manos del Soviet de diputados obreros.

El periodo en que la ciudad estaba «enteramente en manos del Soviet» es el mes de diciembre; noviembre había sido consagrado a los preparativos.

Además de los Soviets del Cáucaso septentrional, hubo también un Soviet, en Bakú. Importa sin embargo señalar que, a diferencia del Soviet de Rostov o del de Novorosíisk, el de Bakú distaba mucho de poseer una buena organización.

Formado a iniciativa de los mencheviques, el Soviet de Bakú no trató de convertirse en el único centro director de la revolución. Al contrario, las tentativas del Soviet –que se hallaba bajo

la influencia de la organización menchevique– para rebasar el cuadro de una organización sindical fueron malbaratadas por los mencheviques. El Soviet de Bakú fue incapaz de libertarse de la tutela menchevista y de transformarse en una verdadera organización revolucionaria de combate. El acrecentamiento del influjo bolchevique coincidió, cierto, con el principio de diciembre, pero no fue posible, en tan corto lapso de tiempo, bolchevizar por completo el Soviet. Una vez desencadenada la reacción, se ve reaparecer en escena a los mencheviques, que redujeron el Soviet al nivel de una simple organización sindical.

La falta de una consigna precisa para la insurrección armada se explica porque el menchevismo, después de haberse extendido a favor de las disensiones nacionales en el seno del proletariado de Bakú, debilitaba el papel de este último en la revolución.

Más tarde, los Soviets de diputados obreros hicieron su aparición en la región suroeste de Rusia, en Ucrania y en los centros industriales del Donetsk.

Entre los Soviets de la Rusia del Suroeste se distingue el de Nikoláyev, formado a mediados de noviembre. La aparición relativamente tardía del Soviet se explica porque no se procedió a su organización hasta que se supo que los Soviets no eran comités de huelga o «parlamentos obreros», sino verdaderas organizaciones revolucionarias destinadas a luchar resueltamente contra la autocracia.

He aquí cómo definía al Soviet el comité socialdemócrata unificado:

> Es un órgano que, después de haber unido a las masas obreras, dirigirá su lucha en favor de un gobierno revolucionario provisional.

En efecto, desde el principio, el Soviet de Nikoláyev, dirigido por el bolchevique Krasnujin, se convierte en el Estado Mayor de la revolución y paraliza los viejos poderes públicos. Engendrado por la huelga, tomó en sus manos, sin perder un minuto, la dirección de la vida política. La popularidad del Soviet la reflejan numerosos ejemplos.

En noviembre, el Soviet procedió a un vasto trabajo de organización de grupos de combate, cuya cristalización definitiva no se efectuó, sin embargo, hasta más tarde. La organización socialdemócrata desempeñó aquí, como en todas partes, un papel fundamental en la creación del Soviet.

La primera sesión del Soviet se celebró el 24 de noviembre y asistieron a ella más de 300 delegados. Abrió la sesión el delegado del Soviet de Petersburgo, S. I. Fainberg, que hizo un informe sobre la situación de los obreros de Petersburgo y el paro colosal que había lanzado a la calle a más de 150.000 obreros.

Después de dos o tres intervenciones liberales-mencheviques, la asamblea, sin adoptar ningún acuerdo, decidió que la sesión siguiente sería consagrada a los problemas de organización. Esta segunda sesión se celebró el 28 de noviembre con la participación de 400 delegados. Luego de haber examinado una serie de cuestiones, entre otras el periódico del Soviet, la huelga política, el congreso obrero, etc., se abrió una discusión sobre los estatutos y se procedió a la elección de una Comisión Ejecutiva compuesta de 15 miembros, sobre la base de cinco miembros por distrito.

Contrariamente al Soviet de Nikoláyev, sometido a la dirección de los bolcheviques, el de Odesa se hallaba bajo el influjo de los mencheviques. Para la presidencia del Soviet fue elegido un menchevique, Schavli. La Comisión Ejecutiva también era de tendencia menchevista. Asimismo, se explica también por la influencia menchevista que el Soviet sabotease y se negara a incorporar a la orden del día de su trabajo el examen de las medidas prácticas a tomar para preparar la insurrección armada.

A diferencia de otros Soviets, la actividad del de Odesa estaba concentrada en su Comisión Ejecutiva. La segunda asamblea plenaria del Soviet no se reunió basta el 5 de diciembre, cuando la batalla decisiva entre la autocracia y la revolución estaba ya muy próxima. Todas estas circunstancias nos obligan a observar una actitud crítica con respecto al Soviet de Odesa, tanto más cuanto que algunos documentos atestiguan la separación que existía entre la Comisión Ejecutiva y el Pleno.

Para formarse una idea del desacuerdo que reinaba entre la Comisión Ejecutiva y el Pleno del Soviet basta recordar que la di-

rección de las huelgas había sido confiada a una comisión compuesta de representantes del P.O.S.D.R., del Bund y del partido socialista-revolucionario, comisión a la que obedecía la dirección central de los sindicatos.

Aunque la Comisión Ejecutiva, ante la inminencia de la insurrección, decidiera, después de un examen cuidadoso, asumir la dirección de la huelga, los mencheviques despojaron al movimiento de diciembre, por su decisión sobre el carácter pacífico de la huelga general, de todo su contenido revolucionario.

Si la Comisión Ejecutiva realizaba, sin embargo, algunos gestos revolucionarios, ello se debía a la presión directa ejercida por las masas obreras de tendencia revolucionaria. El desacuerdo existente entre la Comisión Ejecutiva, que actuaba en nombre del Soviet, y las masas obreras no se le ocultó ni al coronel de la gendarmería Bobrov, que escribía en diciembre:

> El deseo [de la Comisión Ejecutiva] de realizar una huelga pacífica impide por el momento que las masas pasen a la acción.

El Soviet de Odesa, despojado de su contenido revolucionario, no podía, claro está, ser una organización de la lucha armada para la toma del poder, no podía ser el órgano director de la revolución. Tanto él como el Soviet de Bakú constituían una excepción entre los demás Soviets provinciales que se encaminaban irresistiblemente hacia la insurrección armada.

Si el florecimiento del menchevismo en Odesa y la causa de su influencia en el Soviet obedecían a la ausencia de un proletariado suficientemente centralizado, debe añadirse, sin embargo, que en las grandes aglomeraciones proletarias los Soviets surgían a veces espontáneamente durante la preparación de la insurrección.

En esta misma región de la Rusia europea, en la cuenca del Donetsk, centro de la industria hullera, un cierto número de Soviets se transformaron en «Comités revolucionarios de combate» y siguieron, sin desmayo, la senda de la organización de la insurrección armada. Los Soviets de la cuenca del Donetsk no consiguieron, cierto, a causa de su formación tardía, imponerse como

las únicas organizaciones directoras, pero su táctica revolucionaria se destaca con relieve.

Una rápida ojeada sobre la actividad de los Soviets del mediodía de Rusia nos lleva a la conclusión de que los Soviets de diputados obreros hicieron su primera aparición en los centros industriales, sobre todo en aquellos que habían tenido tiempo de aguerrirse en el curso del movimiento revolucionario. Ahora bien: la creación de los Soviets en tales centros significaba que el movimiento se elevaba a un nivel superior. Lo que salta a la vista es que la fisonomía del Soviet aparece con mayor relieve en los lugares donde predomina la influencia bolchevique (Nikoláyev, Rostov); por el contrario, allí donde los mencheviques prevalecen, los Soviets rebasan con esfuerzo el estrecho marco de los comités de huelga o de las organizaciones sindicales unificadas (Bakú, Odesa). Sin embargo, a fines de 1905 el nombre de Soviet de diputados obreros comporta la idea precisa de una organización proletaria de lucha por la conquista del poder.

Confirma esta apreciación la actividad que despliegan los Soviets en el Norte de la Rusia europea, en Tver, Kostromá y Moscú.

El Soviet de diputados obreros de Tver, que surgió directamente de los Comités de huelga, es el mejor ejemplo del tránsito de las organizaciones obreras a formas superiores de lucha. Este Soviet, lo mismo que los demás, designó una Comisión Ejecutiva. La presencia en el seno de esta Comisión de viejos militantes del Partido aseguraba a la socialdemocracia la dirección indiscutible de toda la actividad del Soviet.

Contribuyó en gran medida a ello el que el Soviet de Tver hubiese encontrado formas de organización adecuadas para asegurar sus relaciones con el Partido. Por una mayoría de 193 votos contra 5 el Soviet aprobó los estatutos elaborados por el Comité de Tver del P.O.S.D.R. que reconocían la necesidad de la dirección ideológica de la socialdemocracia.

Gracias a la cohesión material del Soviet, dirigido por el Partido, el Soviet de diputados obreros desempeñó en Tver, centro industrial de mediocre importancia, un papel revolucionario eminente.

He aquí lo que refiere el diputado Smirnov:

> Con la formación de la Comisión Ejecutiva, todo el poder en las fábricas pasó de hecho a manos de los obreros, sin contar con que casi todos los altos empleados de la administración de dichas fábricas habían huido. Por eso, durante dos meses, las fábricas fueron administradas por los mismos obreros... y no sólo las fábricas, sino toda la ciudad [en diciembre] se hallaron en manos del Soviet El propio gobernador, que no se había marchado, había perdido toda influencia y solicitaba la ayuda del Soviet para mantener el orden en la ciudad.

El Soviet de Tver organizó «tribunales de camaradas», completó el fondo de huelga, creó un gabinete de consulta jurídica para los obreros, etc. Dándose cuenta de la necesidad de coordinar su acción con la de los demás Soviets, adoptó, el 27 de noviembre, una resolución de simpatía y apoyo a los obreros de Petersburgo y comenzó, al propio tiempo, a prepararse enérgicamente para la insurrección. Los escasos informes de que disponemos sobre el Soviet de Tver no nos permiten desgraciadamente seguir, en detalle, las fases y formas de la preparación de la insurrección por el Soviet.

Mayor atención debe consagrarse al Soviet de Kostromá, constituido el 20 de noviembre. Sometido a la dirección exclusiva de la socialdemocracia, el Soviet gozaba de un gran crédito en los medios obreros. No sin razón, en un informe de la gendarmería, al hablar de los partidos políticos en Kostromá, se dice lo siguiente:

> En cuanto al segundo partido, el Partido socialdemócrata, debe ser considerado como perfectamente organizado y dotado de directores capaces, lo que explica el carácter metódico y productivo de su trabajo; una de las más importantes manifestaciones de su actividad es la organización del «Soviet de diputados obreros de las fábricas de Kostromá».

En efecto, el Soviet fue una de las grandes realizaciones de la socialdemocracia. Al reunir a los representantes de todas las fábricas de Kostromá, el Soviet pasó a ser el centro de los acontecimientos revolucionarios. Sus sesiones, celebradas regularmente dos veces por semana, se efectuaban con el salón lleno de gente.

El Soviet se preocupaba de todas las cuestiones vitales: socorros mutuos, organización de cajas, eliminación de las personas indeseables en la empresa, etc. Asimismo, el Soviet editó cuatro números de las *Izvestia*, tirados con una multicopista, que nos dan a conocer los principios de organización del Soviet. Para asegurar una mejor relación con la masa, cada 50 electores enviaban un diputado al Soviet.

A pesar de su tardía formación, el Soviet de Kostromá apareció ante los ojos de las masas obreras como una organización netamente caracterizada. El Soviet seguía, ineluctablemente, la senda de la lucha decisiva contra la reacción.

Los obreros de Zólotov y Kaschinsk declararon en diciembre:

> El Soviet es una institución en que podemos concertarnos y organizamos para emprender una lucha a ultranza contra los fabricantes, los capitalistas y el gobierno. El Soviet es un estado mayor proletario que dirige la batalla contra el trono burgués y todos sus defensores.

El Soviet, cierto, no pudo, en tan corto lapso de tiempo, prepararse prácticamente, desde el punto de vista técnico, para sostener el combate decisivo contra la autocracia. Haciendo el balance de la actividad de los Soviets provinciales, se observa que el problema de la generalización de los Soviets no estuvo resuelto prácticamente en noviembre. Por lo demás, nada más fácil que seguir la marcha de la creación de los Soviets.

En un principio, los Soviets se formaron en los centros industriales (Rostov, Nikoláyev, Moscú), donde la clase obrera había estado en una buena escuela revolucionaria. En este sentido, la aparición de los Soviets marca una nueva etapa en el desarrollo del movimiento obrero. La formación de los Soviets se efectuaba generalmente por iniciativa y bajo la dirección del Partido socialdemócrata.

Por otra parte, el papel de los bolcheviques en la vida de los Soviets provinciales difería totalmente del de los mencheviques. Mientras que los bolcheviques trataban de convertir a los Soviets en verdaderas organizaciones revolucionarias de lucha para la conquista del poder, organizaciones cuya actividad se orientaba hacia la insurrección armada, los mencheviques menospreciaban

este papel de los Soviets, con lo que hacían objetivamente el juego de la reacción.

Allí donde los mencheviques predominaban (Odesa), el papel de los Soviets quedaba notablemente disminuido. Despojados de su interés esencial revolucionario y no señalándose como tarea concreta la preparación de la insurrección armada, los Soviets mencheviques (Odesa) dejaban de ser Soviets de diputados obreros, en el verdadero sentido de la palabra. No tenían, en realidad, ninguna razón de ser. Pero, salvo en Odesa y Bakú, la tarea de organizar la insurrección armada se impuso, en noviembre, en todos los Soviets.

Así, bajo el nombre de Soviets de diputados obreros se entendía en noviembre una especie particular de organización revolucionaria que tenía por misión la lucha por la conquista del poder mediante la insurrección armada.

CAPÍTULO VII

Los Soviets de diputados obreros y la insurrección armada

El mes de noviembre se caracterizó, como ya hemos dicho, por la aparición de un gran número de Soviets provinciales que se señalaban como tarea inmediata la lucha por el poder y la preparación de la insurrección armada.

En el mismo mes se impuso la necesidad de convocar un congreso de los Soviets de toda Rusia.

La revolución se preparaba así a emprender el asalto definitivo contra el zarismo. Pero la reacción, por su parte, velaba. La frase lanzada en noviembre por el *Nóvoye Vremia* (*El Tiempo Nuevo*) a propósito de la existencia de dos gobiernos, hizo sentir a la autocracia toda la amarga verdad de semejante «ironía».

El gobierno zarista, ante el empuje irresistible de la revolución, no manifestó el menor deseo de proceder a su «autoliquidación»; antes al contrario, se preparó febrilmente para aplastar la revolución.

El momento del combate decisivo entre la revolución y la reacción fue, en gran parte, determinado por la autocracia, que se daba cuenta de que la revolución se fortalecía de día en día y de que aumentaba la amenaza de una liquidación total del zarismo. Además, la autocracia apreció en su justo valor la importancia de la huelga de noviembre, del abandono de la revolución por parte de la burguesía, de la aparición de los Soviets provinciales, etc., lo que explica que a fines de noviembre emprendiera una contraofensiva contrarrevolucionaria, ayudada por las maniobras contrarrevolucionarias de la burguesía —lockouts de masas, etc.— que costaban a los Soviets no pocos esfuerzos y dinero.

La detención de los miembros del Soviet se impuso a la autocracia como una necesidad imperiosa en la segunda mitad de noviembre, especialmente bajo la impresión de los acontecimientos de Sebastopol. Cada día aportaba al zarismo nuevas noticias lamentables: efervescencia en el ejército, desenvolvimiento de los Soviets en provincias, levantamientos campesinos.

El zarismo, que no tenía siquiera la posibilidad de publicar abiertamente sus proclamas en favor de los pogromos, semejaba una fiera perseguida. La autocracia comprendía que cada día de retraso era nefasto para ella. Por eso se cuidó atentamente de no dejar escapar el momento oportuno; por eso emprendió pequeñas escaramuzas antes de la detención de los miembros del Soviet, que debía ser la conclusión de una serie de operaciones envolventes.

Ya el 14 de noviembre, en virtud del reglamento sobre las medidas extraordinarias de seguridad, fue detenido, en Moscú, el Comité de la Unión campesina. También entonces se decidió la detención del presidente del Soviet, Jrustaliov-Nosar. La autocracia, no convencida todavía por completo del éxito, temporizó sin embargo. El ministro de la Justicia «demostró» que era imposible encasillar al Soviet en la categoría de las sociedades secretas y dijo que no podía «encontrar» un artículo de la ley en virtud del cual pudiese procederse a la detención de los miembros del Soviet. Empero, la sublevación de Sebastopol puso fin a las vacilaciones del ministro. Se halló el artículo de la ley y la detención fue decretada.

El 26 de noviembre, en la secretaría del Comité Ejecutivo, fue detenido Jrustaliov. En las inmediaciones del Soviet habían sido apostados fuertes destacamentos de tropas y de policía. La sesión extraordinaria del Comité Ejecutivo, convocada el 26 de noviembre con motivo de la detención del presidente del Soviet, rechazó la proposición de declarar la huelga general, estimando que la próxima acción del proletariado debía ser el último y decisivo asalto contra la autocracia.

En el momento de la detención de Jrustaliov, el Comité Ejecutivo del Soviet consideró que sus fuerzas eran insuficientes para la liquidación definitiva del zarismo. Partiendo del punto de vista de que cada día aumentaban las fuerzas de la revolución, el

Comité Ejecutivo se limitó a votar la resolución siguiente, adoptada por unanimidad:

> El 26 de noviembre ha sido detenido por el gobierno zarista el camarada Jrustaliov-Nosar, presidente del Soviet de diputados obreros. El Soviet ha elegido un nuevo presidente y prosigue los preparativos para la insurrección armada.

El 27 de noviembre se celebró la sesión plenaria del Soviet de Petersburgo, que fue una de las más concurridas y la última. Los asistentes a la siguiente sesión del 3 de diciembre fueron todos detenidos. Indudablemente, la reacción no se había atrevido a adoptar esta medida el 27 de noviembre.

La sesión de este día se abrió con un informe del Comité Ejecutivo sobre la detención de Jrustaliov y de algunos otros camaradas, efectuada al mismo tiempo que la suya, pero que no formaban parte del Soviet, sobre los resultados del registro hecho en la secretaria del Soviet y en el sindicato del Libro. Muchos miembros del Soviet exigieron que se diese una respuesta inmediata, pero, después de cortos debates, la mayoría llegó a la conclusión de que la detención de Jrustaliov era una provocación. Por eso el Soviet decidió unánimemente que era imposible responder en el acto al desafío del gobierno y aceptó la resolución del Comité Ejecutivo. Al mismo tiempo se acordó consagrar un especial esfuerzo a la agrupación de las fuerzas revolucionarias de toda Rusia. En lugar del presidente detenido fue designado un Comité presidencial compuesto por tres miembros. El Soviet adoptó también la proposición hecha por la Unión campesina panrusa que invitaba a anular las deudas contraídas por el gobierno zarista después del 10 de noviembre, a mandatar al Comité Ejecutivo para que redactase un «Manifiesto financiero», y decidió, para el caso de que la represión se reforzase, transmitir las funciones del Soviet al Comité Ejecutivo después de haber incorporado a este Comité dos representantes de los distritos y uno de los sindicatos.

La sesión celebrada por el Soviet el 27 de noviembre fue la última.

A partir de aquel día la actividad del Soviet se centralizó en el Comité Ejecutivo.

El 29 de noviembre, el Comité Ejecutivo, después de haber examinado atentamente la carta de un diputado enviado para organizar los Soviets provinciales y coordinar la acción revolucionaria común, pasó a discutir la necesidad de reforzar la agitación por medio de la prensa. En esta sesión se elaboró un llamamiento del Soviet a los soldados, que respondía a las cuestiones angustiosas que estos últimos habían planteado al Soviet. Paralelamente se confirmó la necesidad de conferir al Comité Ejecutivo el derecho a publicar manifiestos en nombre del Soviet. Esta medida fue impuesta por el vasto trabajo de agitación efectuado por las organizaciones de los «Cien Negros», trabajo que se había acentuado a principios de diciembre mediante la publicación de una serie de llamamientos y proclamas.

Es curiosa la actitud observada por el Comité Ejecutivo con respecto a la demanda formulada por 15 obreros de una fábrica de instrumentos quirúrgicos que solicitaban la ayuda del Soviet para organizar un taller cooperativo. El Soviet rechazó la demanda, dando como motivo que no era una organización filantrópica, sino un órgano de combate. Luego se pasó al examen del texto del «Manifiesto financiero», que fue aprobado por la comisión competente el 1.º de diciembre y publicado el día 2 en varios periódicos.

El «Manifiesto financiero», que invitaba a la población a minar la potencia financiera de la autocracia (exigiendo el reembolso en oro de los depósitos de las Cajas de ahorro, negándose a pagar los impuestos, etc.), señalaba objetivamente el comienzo de un combate decisivo contra el absolutismo. La prueba de que este «Manifiesto financiero» sólo sirvió a la autocracia de feliz pretexto para una acción decisiva la suministra el hecho de que la víspera del 2 de diciembre la autocracia había promulgado ya su decreto draconiano sobre las huelgas. El 3 de diciembre a las cuatro de la tarde, cuando se estaba deliberando acerca del problema del ataque definitivo contra el zarismo, el Comité Ejecutivo y 250 miembros del Soviet de Petersburgo fueron detenidos. Esta detención determinó la insurrección armada de las masas

en diciembre. Los obreros de Petersburgo reaccionaron vivamente ante la detención del Soviet, cuya autoridad era en aquellos momentos grandísima.

En todos los lugares se votaron órdenes del día de protesta y se exigió la creación inmediata de un nuevo Soviet. El 5 de diciembre se celebraron las elecciones. Sin embargo, fue imposible reunir a todo el Pleno del nuevo Soviet e incluso a todo el Comité Ejecutivo, gracias, en gran parte, a la acción decisiva emprendida por la autocracia contra la revolución. Pero lo que constituía la debilidad del nuevo Soviet y de su Comité Ejecutivo era la composición misma de este último, en el cual los mencheviques tenían una numerosa representación.

Como observa con razón B. Peres, miembro del nuevo Soviet, «el segundo Comité Ejecutivo se preocupaba sobre todo de las cosas de la vida corriente de los obreros, de las pequeñas "cuestiones domésticas"», lo que resultaba a todas luces insuficiente, dada la atmósfera combativa existente.

El temor y la incapacidad del nuevo Comité Ejecutivo para ponerse a la cabeza del movimiento y arrastrarlo a la lucha armada se manifiestan desde su primera sesión, que se limitó a elegir un presidente provisional y aplazó todas las cuestiones urgentes para la sesión próxima.

El Comité Ejecutivo «trató» después de sostener la insurrección de Moscú, declaró la huelga y publicó, con tal motivo, una serie de manifiestos. Pero en dichos manifiestos no había una consigna precisa sobre la necesidad de pasar a la lucha armada. Por eso la huelga, unánimemente secundada al principio, pero privada de un centro combativo director, no tardó en declinar. Ahora bien: la consigna de la huelga, sin la perspectiva de una insurrección armada, era ya en diciembre absolutamente insuficiente.

Si la huelga general tuvo su razón de ser en octubre, en tanto que primer golpe asestado contra el absolutismo, y en noviembre, en tanto que lucha por la conquista del ejército, en diciembre la huelga no podía ser más que el preludio de la insurrección. En diciembre, cuando se emprendió el combate contra la autocracia, la huelga, incluso general y unánime, pero revistiendo el carácter

de una demostración, era un arma ineficaz. Por eso, aunque secundada por todo el mundo, perdió muy pronto toda significación para las grandes masas cuando resultó evidente la imposibilidad de pasar a la lucha armada. A menudo se explica la pasividad del proletariado de Petersburgo en diciembre por su agotamiento a consecuencia de las huelgas de octubre y de noviembre, de los lockouts y del paro. Cierto que todas estas circunstancias ejercieron un cierto influjo en el proletariado de Petersburgo. Pero querer explicar por ellas el fracaso de diciembre sería menospreciar la importancia de la organización en el movimiento. De otro modo no podría explicarse la unanimidad de la huelga en los primeros días.

La falta de un Soviet capaz de agrupar a las masas obreras en el terreno de la organización convirtió al movimiento de diciembre en un movimiento espontáneo, y en eso estriba la razón del fracaso. En diciembre, el proletariado de Petersburgo estuvo privado de una dirección calificada, de su Soviet, y esto fue una de las causas principales de su derrota.

El nuevo Comité Ejecutivo intentó, ciertamente, tomar la dirección del movimiento, pero los métodos que empleaba conducían a la derrota. El segundo Comité Ejecutivo era por su composición menchevista, y eso le impidió apreciar la verdadera importancia del movimiento de diciembre, ponerse al frente de la lucha armada, tornarse popular ante la masa obrera cuyo instinto de clase le hacía presentir la inminencia de un conflicto sangriento con la autocracia.

En diciembre, la fórmula de la huelga general en sustitución del llamamiento a la lucha decisiva, llegaba con retraso y desorganizó el movimiento. La huelga de diciembre en Petersburgo, privada de una dirección firme y de su valor combativo, tenía necesariamente que batirse en retirada; y, en efecto, en el momento en que la insurrección de Moscú estaba en su apogeo los obreros de Petersburgo habían reanudado el trabajo.

El llamamiento lanzado por el Comité Central del P.O.S.D.R. (bolchevique) y la Comisión de Organización exhortando a sostener la insurrección de Moscú no pudo ya restablecer la situación.

Aunque el sabotaje menchevista de la insurrección de diciembre se ocultase púdicamente tras de la debilidad orgánica del segundo Soviet, no por ello dejó de ser, como se ha visto, una de las causas que determinaron el fracaso de la insurrección.

El sabotaje menchevista se manifestó con mayor relieve aún en Odesa y Bakú, donde el menchevismo floreciente ejerció un influjo decisivo sobre la actitud de los soldados en los días en que se decidía la suerte de la revolución y de la reacción, aunque numerosos testimonios de los mencheviques mismos atestigüen la combatividad de las masas en diciembre.

La causa esencial de la desorganización del movimiento de diciembre en Bakú y Odesa fue, como en Petersburgo, la sustitución de la consigna de una lucha decisiva inmediata por la de huelga de protesta, y también el hecho de que se suscitaran en la clase obrera peligrosas ilusiones sobre la posibilidad de liquidar la autocracia mediante una huelga general *pacífica*.

Sin embargo, los Soviets de Bakú y Odesa, que se hallaban en manos de los mencheviques, no eran Soviets típicos, constituían una excepción entre los Soviets de 1905. Los demás Soviets provinciales, si no lograron realizar una insurrección armada a consecuencia de la ofensiva reaccionaria, por lo menos intentaron resistir por medio de las armas. Aunque las condiciones para la insurrección fuesen menos favorables que en Odesa y Bakú, los demás Soviets provinciales dejaron una huella profunda en el movimiento revolucionario de las masas y se impusieron al zarismo como un «segundo gobierno», como una «organización militante de los obreros que preparaba la insurrección armada», etc. A la cabeza de ellos, vemos al Soviet de Moscú, animador de la insurrección armada de diciembre, el cual, después de la detención del Soviet de Petersburgo, asume la dirección del movimiento en toda Rusia.

El 4 de diciembre llegó de Petersburgo a Moscú un representante del Comité Central del P.O.S.D.R. (Lubich) que invitó al Soviet de Moscú a asumir la iniciativa de la insurrección armada.

Aunque fuese claro para muchos directores de la organización de Moscú, después de la detención del Soviet de Petersburgo, que la reacción se aprestaba a destrozar la revolución y que Petersburgo había sido víctima de un rudo golpe, Moscú adquirió una

importancia de primer orden, y la propuesta del C.C. dio lugar a accidentados debates. Las objeciones formuladas provenían de que muchos miembros del Comité de Moscú dudaban de sus fuerzas y consideraban que los preparativos de la insurrección distaban mucho de estar terminados. Pero ante la inminencia de una enérgica ofensiva de la reacción, las directivas del centro fueron aceptadas.

Además, los asistentes se daban perfecta cuenta de que, si el Soviet no se colocaba a la cabeza de la insurrección, chocaría inevitablemente con la réplica de las masas, cuyo estado de espíritu era combativo y que se preparaban instintivamente a la acción armada. Abandonar en tales condiciones la dirección del movimiento hubiera sido entregar a la clase obrera a la carnicería zarista. Lo que puso fin a todas las vacilaciones y decidió la insurrección fue la declaración hecha por el representante del Comité Central, según la cual el movimiento de Moscú sería apoyado por Petersburgo y el Sindicato de ferroviarios. La insurrección fue aprobada y el Comité de Moscú resolvió formular sus proposiciones en la sesión del Soviet del 4 de diciembre.

Ese día el Soviet de Moscú confirmó la decisión del Comité de Moscú, pronunciándose por la huelga general que se transformase en insurrección armada. Para dar más autoridad a tal decisión, se resolvió someterla a la Conferencia de todas las fábricas de la ciudad fijada para el 5 de diciembre; el Soviet, en su sesión del 6, debía aprobar la decisión que adoptase la Conferencia. De hecho, la Conferencia del 5 de diciembre no era más que una pura formalidad ya que los grandes mítines que se celebraban en medio del entusiasmo de los obreros afirmaban la necesidad de resistir por medio de las armas. La Conferencia no hizo otra cosa que resumir el estado de espíritu general y decidió declarar la huelga general el 7 de diciembre; la dirección de la huelga fue confiada al Soviet.

Se convocó entonces una asamblea plenaria del Soviet de Moscú, a la que debían asistir representantes de la Conferencia, del Sindicato de ferroviarios y del proletariado de Polonia, para el día 6. La concurrencia a esta sesión fue particularmente numerosa. Una única cuestión —la insurrección armada— concentró la

atención de todos los diputados, que se daban cuenta de la responsabilidad que les incumbía.

Después de la intervención del representante del proletariado polaco y de algunos oradores, el Soviet adoptó, por unanimidad, esta decisión lacónica:

> El Soviet de diputados obreros de Moscú declara la huelga general política para el 7 de diciembre a mediodía.

Luego se aprobó un llamamiento dando a conocer la finalidad de la insurrección y se resolvieron también las cuestiones relativas a la organización. Asimismo, se decidió confiar la dirección del movimiento al Comité Ejecutivo, completado con nuevos miembros, y que debía coordinar su acción con las organizaciones del Partido. El Soviet de Moscú, como se sabe, se hallaba bajo la influencia directa del Comité federativo, con el que estaba ligado desde el punto de vista de organización el Comité Ejecutivo.

También se acordó que durante la huelga siguiesen funcionando los servicios de distribución de agua y las panaderías situadas en los arrabales de la ciudad, pero sin que se aumentase el precio del pan. En cambio, se recomendó velar con el mayor cuidado por que fuese cortada la corriente eléctrica, por la suspensión de la prensa y el cierre del comercio.

Debe anotarse también la decisión del Soviet concerniente al cierre de los almacenes de aguardiente, del que se servía sistemáticamente la autocracia para utilizar a los elementos turbios en los pogromos. Al propio tiempo, el Soviet previno que el robo y el saqueo serian reprimidos sin piedad.

Por último, se acordó efectuar el 7 de septiembre una amplia campaña de agitación para explicar a las masas obreras las decisiones adoptadas por el Soviet.

Pocas horas después de haberse levantado la sesión, Moscú conocía ya los acontecimientos que se preparaban. A pesar de todos los esfuerzos de la burguesía para disminuir la significación de la huelga de diciembre, sobre la cual permanecía conscientemente muda, el movimiento estalló unánimemente y el 7 de diciembre se celebraron una serie de mítines en todos los extremos de la ciudad.

El vigor del movimiento fue tan imponente que el general gobernador y verdugo de la insurrección, Dubásov, tuvo que declarar, el 8, a las 2 de la tarde, el estado de guerra. No había llegado aún a la población la orden de Dubásov cuando en las calles circulaban ya patrullas a pie y a caballo dispuestas a intervenir.

Aunque el 7 y 8 de diciembre la huelga no revistiese todavía en Moscú el carácter de una insurrección armada, hasta Dubásov, ese pilar del absolutismo que había sido testigo de las huelgas de octubre y noviembre, comprendió que el movimiento no iba a seguir la vía pacífica. Le sorprendió la cohesión y el entusiasmo que habían presidido al desencadenamiento de la huelga.

Ahora bien: la unanimidad del movimiento se debió únicamente a la dirección del Comité Ejecutivo del Soviet, que se reunía cotidianamente. Gracias a él, la oleada huelguista ascendía a cada momento, y el Comité Ejecutivo pasó a ser el verdadero centro de la lucha por el poder revolucionario.

El 9 de diciembre la situación se agudizó. El Comité Ejecutivo, ante la inminencia de sucesos sangrientos, recomienda, a guisa de demostración, organizar mítines volantes bajo la protección de los grupos de combate, evitar toda colisión con los soldados y tirar contra la policía y los cuadros de mando.

Al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo trabajaba enérgicamente en la preparación de la insurrección; el 9 y 10 de diciembre anuncia en las *Izvestia* que las decisiones del Comité Ejecutivo, dado su carácter conspirativo, no serán publicadas. El 9, la huelga se transforma en insurrección armada. Plazas y calles se cubren a toda prisa de barricadas.

La descripción y el examen de la insurrección de diciembre, de esa página gloriosa de la revolución rusa, cuya importancia no fue menor que la de la Comuna de París, no entran en nuestras intenciones. Nos contentaremos con señalar la influencia y el papel del Soviet.

Como ya hemos visto, todo el trabajo preparatorio para la organización y la declaración de la huelga correspondieron al Soviet de diputados obreros de Moscú, ligado por lazos ideológicos y orgánicos a la organización socialdemócrata. El papel del Soviet de Moscú fue ya enorme en los primeros días de la huelga, cuando literalmente se convirtió en un segundo poder.

La apertura de las hostilidades, que dividió a la ciudad en varios distritos cortados unos de otros, hubo necesariamente de influir en las funciones del Soviet central. En efecto, durante la insurrección, los Soviets de distrito recobraron nueva vida, se convirtieron en órganos del poder independientes, actuando, a veces, sin ninguna dirección del Soviet central. Este aislamiento y el importante papel de los Soviets de distrito no fueron efecto de la casualidad, sino que derivaban de la táctica que preside a los combates de partisanos.

Así, desde el principio de la batalla, acrece la importancia de los Soviets de distrito. Celebran reuniones los de los distritos de Lefórtov, Zamoskvorechie, Jamovnihi y Krásnaya-Presnia. De todas partes afluyen nuevos miembros para reforzar las Comisiones Ejecutivas de los distritos, encargadas de velar por la ejecución de las directivas del Comité Ejecutivo del Soviet central, por el desenvolvimiento de la huelga y la dirección de la lucha.

En los días de la lucha armada, el papel de los miembros del Soviet era enorme y se incrementaba a medida que se exacerbaba la lucha. La dirección de la lucha armada por los Soviets ha quedado consignada en los informes de Dubásov, en la declaración del fabricante Prójorov y en numerosos testimonios de obreros.

Durante la insurrección no se podía, naturalmente, hablar de celebrar tranquilamente las sesiones plenarias del Soviet o de su Comité Ejecutivo, que eran materialmente irrealizables en la atmósfera de los combates. Además, el 9 de diciembre, el Comité Ejecutivo fue detenido, en parte. El poder pasó inevitablemente a manos de los grupos de combate, sometidos a la dirección de los miembros del Soviet, lo que no restó autoridad al Soviet porque «diputado» y «miembro de los grupos de combate» eran cosas sinónimas, *ya que los grupos tenían casi siempre a su cabeza un diputado*.

Los Soviets eran el centro de organización de los grupos de combate. Mediante estos últimos el Soviet realizaba sus tareas, que consistían en luchar por la liquidación definitiva de la reacción.

En Moscú, la lucha de los grupos de combate contra el absolutismo es un modelo de heroísmo, de abnegación, de sacrificio ilimitado.

La tarea que incumbía a Moscú, en tanto que animador de la insurrección de toda Rusia, fue ejecutada. Pero el resultado de las batallas de calles de Moscú no se decidía sólo en esta ciudad.

En diciembre, la insurrección armada no estalló en toda Rusia. El proceso de desarrollo de las fuerzas revolucionarias y del armamento de la revolución no estuvo acabado en aquella fecha; se había manifestado, bajo el empuje de la reacción, en ejemplos aislados. El carácter forzado de la insurrección se revela a cada paso.

La huelga de diciembre en los ferrocarriles, declarada por la conferencia panrusa de ferroviarios, fue menos unánime que la de octubre. Ahora bien: dicha huelga era un elemento esencial para la insurrección. Basta, en efecto, pasar en revista los lugares en que la insurrección armada ha coincidido con la huelga en los ferrocarriles para convencerse de ello. Moscú, Rostov, Yekaterinoslav son, por una parte, centros de la lucha armada; por otra, centros de la huelga ferroviaria.

Además, no es difícil comprender que la insurrección armada, en los centros más arriba mencionados, coincidía con la existencia de Soviets que estaban en la vanguardia del movimiento. Constituyeron una excepción los Soviets de Odesa y Bakú donde, a consecuencia de la dirección menchevista, la insurrección armada fracasó. En otros lugares los Soviets, a pesar de que se habían formado muy tarde, intentaron por lo menos desencadenar la lucha armada.

Así, por ejemplo, el Soviet de Sarátov decidió, en su primera sesión celebrada el 3 de diciembre, asumir la dirección de la insurrección. Este Soviet no duró más que diez días, puesto que sus miembros fueron detenidos el 17, pero lo cierto es que, en tan corto lapso de tiempo, realizó un formidable esfuerzo para preparar la huelga de diciembre y, por consiguiente, la insurrección armada. El Soviet publicó proclamas excitando a la huelga de diciembre, editó el «Manifiesto financiero» y explicó el sentido de la huelga de diciembre en un llamamiento especial. No consiguió hacer la insurrección armada porque el gobierno zarista detuvo a sus miembros.

La reacción en plena ofensiva liquidó también la tentativa de insurrección armada en Samara. El Soviet no pudo aplicar su

plan de toma del poder; a principios de diciembre, los miembros del Soviet fueron detenidos en la Casa del Pueblo donde se celebraba un gran mitin.

La huelga de diciembre fue más afortunada en Kostromá. Proclamada por el Soviet, se extendió, el 9, a todas las fábricas. Ese día, el gobernador Vatazi, lleno de espanto, telegrafió al Departamento de Policía: «Hay motivos para esperar que los recientes acontecimientos de Moscú se repitan en Kostromá».

La situación, en efecto, era bastante grave. El Soviet de Kostromá se preparaba para la insurrección armada, pero no pudo actuar activamente a causa de su situación estratégica.

Mucho mayor fue la influencia que ejercieron sobre el curso de la huelga de diciembre y de la insurrección armada los acontecimientos que se desarrollaron, bajo la dirección de los Soviets de diputados obreros, en Novorosíisk, Nikoláyev, Yekaterinoslav y Rostov.

El 8 de diciembre por la mañana la asamblea de diputados de los obreros y empleados de ferrocarriles de Yekaterinoslav votó, por una mayoría de 51 votos contra 3, la declaración de la huelga. Al mismo tiempo, el Soviet de diputados obreros de la ciudad acordaba por unanimidad unirse al movimiento. Por acuerdo de los dos Soviets —el de la ciudad y el de los ferroviarios— se formó un Comité Central de huelga con representantes del Soviet de diputados obreros de Yekaterinoslav, del Soviet de diputados obreros ferroviarios, del Comité unificado del P.O.S.D.R. y del Comité de huelga de los empleados de Correos, Telégrafos y Teléfonos.

El Comité Central de huelga, reunido en sesión extraordinaria, declaró la huelga y decidió «cerrar a partir del 8 de diciembre hasta nueva orden todos los establecimientos industriales y comerciales». Asimismo, acordó cerrar todas las instituciones públicas y gubernamentales, con excepción de los bancos y de las Cajas de ahorro, y esto a fin de que la población pudiera retirar sus depósitos.

Comenzada unánimemente, la huelga reforzó el vigor del Comité Central del Soviet de diputados obreros. La situación de las autoridades se agravó más aún porque las tropas habían sido

afectadas por los acontecimientos. La inercia del ejército y la efervescencia de la policía colocaban al gobernador Neugardt en mala postura, paralizaban los viejos poderes. La dirección de la vida pública había pasado a manos del Comité Central de huelga. Desde el principio del movimiento, el Comité Central de huelga confía la gestión de los ferrocarriles a los diputados de los talleres ferroviarios, organiza la distribución de comidas, la asistencia médica y la distribución de medicamentos gratuitamente.

El Comité de huelga vela igualmente por el cumplimiento del acuerdo adoptado en la sesión del Soviet del 11 de diciembre relativo a la supresión del pago de los alquileres, de los impuestos, de las patentes, contribuciones y atrasos y en el que se advertía que los pagos efectuados después de la publicación de tal acuerdo deberían ser reembolsados.

El *Boletín del Comité Central de huelga*, muy difundido, contiene infinidad de decretos del Soviet que muestran el vivo interés que el Comité Central de huelga prestaba a todos los detalles de la vida y la parálisis de que estaban atacadas las viejas autoridades.

La dominación del Comité Central de huelga se dejaba sentir a cada paso durante todo el movimiento, que se prolongó hasta el 18 de diciembre, es decir, hasta la llegada de las tropas destinadas a la represión. El Comité Central de huelga se dispuso a resistir con las armas en la mano, pero las pocas escaramuzas que se efectuaron ya sobre la base del descenso de la ola huelguista no pudieron, evidentemente, mantener su dominación. El 27 de diciembre los telegramas gubernamentales anunciaban que la calma «se había restablecido». Con todo, los sucesos de Yekaterinoslav se destacan con relieve de entre los acontecimientos de 1905. Y eso que el Soviet de la ciudad era una organización novísima, que se había formado a principios de diciembre.

No menos interesante es la actitud de los Soviets en las otras ciudades proletarias del mediodía: Nikoláyev, Novorosíisk, Rostov.

El Soviet de diputados obreros de Nikoláyev, en su sesión del 11 de diciembre, adopta una resolución que invita al proletariado de la ciudad a emprender una lucha a ultranza contra el absolutismo...

El Soviet de Nikoláyev se había convertido en el curso de la preparación de la insurrección armada en el centro revolucionario director de la ciudad. La insurrección fue confiada al distrito obrero de Dalnaya, hogar de la revolución. Desde los primeros días de diciembre, la preparación de la insurrección se efectúa febrilmente; se fabrican bombas, se buscan fusiles de caza, alambradas, etc. En total logró armarse a 500 personas. Se acordó la insurrección, pero fracasó a causa de la traición de los mencheviques que, aquel día, habían organizado en el centro de la ciudad un mitin... sindical. El fracaso y la represión del movimiento en Moscú y en el resto de Rusia repercutieron naturalmente en Nikoláyev.

En Novorosíisk se produjeron acontecimientos todavía más importantes que predeterminaron, en muchos puntos, las formas de lucha de 1917.

El 7 de diciembre, habiendo recibido un telegrama de Rostov que anunciaba el comienzo de la huelga general, el Soviet de Novorosíisk se unió al movimiento. La huelga fue unánime, extendiéndose a todas las empresas: puertos, correos, telégrafos, empleados de establecimientos oficiales y privados, alumnos de los institutos y colegios, etc. Desde ese momento, el Soviet de diputados obreros, con su Comité Ejecutivo a la cabeza, pasó a ser abiertamente el órgano del poder central, mientras el gobernador Bereznikov huía de la ciudad. El Soviet propone, en el llamamiento que publica, la reorganización total de los servicios administrativos, la elegibilidad de los jueces, elecciones generales a la Duma, la organización de los trabajos públicos, la tributación de la burguesía, etc.

Este programa del Soviet no fue una declaración gratuita, sino que fue puesto en aplicación. Hay que señalar asimismo la libertad de prensa, de reunión y de asociación. El Soviet publicaba también sus *Izvestia* y concedía una gran atención a la prensa socialista, a la par que vigilaba las publicaciones de la prensa reaccionaria. El 18 de diciembre prohibió la publicación del periódico *El Litoral del Mar Negro* por su orientación contrarrevolucionaria; el 21, el Comité Ejecutivo nombraba una Oficina de censura.

Es interesante mencionar las medidas adoptadas por el Soviet para reorganizar de arriba abajo el viejo aparato administrativo.

El gobernador de Novorosíisk, el prefecto de policía, el comandante de la plaza, el director de correos y telégrafos, etc., fueron reemplazados por representantes del Soviet, que pasó a ser el verdadero gobierno revolucionario, el dueño indiscutible de la «República de Novorosíisk», donde se montaba la guardia vigilante de los intereses del proletariado. El Soviet gozaba de una autoridad sin precedentes entre la población y se impuso al enemigo por la movilización de sus fuerzas armadas que le permitían efectuar registros y detenciones entre los «Cien Negros», velar por la aplicación de sus propias decisiones que prohibían la salida de víveres de la ciudad, que ordenaban la confiscación de armas e instauraban la libertad para la prensa proletaria, etc.

Basta examinar una sesión cualquiera del Soviet o uno cualquiera de sus manifiestos para darse cuenta de la considerable atención que el Soviet concedía a la organización de los grupos de combate y a la insurrección armada. Los grupos de combate contaban, en total, 500 hombres, 300 de ellos provistos de fusiles. Dado el número relativamente insignificante de las tropas de la guarnición, tal cifra tenía su importancia, y ello provocó la fuga del gobernador Bereznikov.

Concediendo una importancia capital a la organización de sus fuerzas armadas, el Soviet no descuidó tampoco el trabajo entre las tropas, y así llegó a disgregar las formaciones militares zaristas que se hallaban en Novorosíisk. Todas estas medidas le permitieron ejercer el verdadero poder revolucionario. Pero, poco después, la «República de Novorosíisk» experimentó una ruda derrota. El 25 de diciembre dejó de existir. Las tropas zaristas ocuparon la ciudad. La derrota del Soviet de Novorosíisk no fue debida a ningún desfallecimiento de su parte, sino al fracaso de la insurrección en Moscú y en la cuenca del Donetsk.

La liquidación definitiva de la «República de Novorosíisk» se efectuó con ocasión de los sucesos de diciembre en Rostov. Esta ciudad, por su posición estratégica, tenía una importancia colosal para el desenvolvimiento de la lucha revolucionaria en el Cáucaso del Norte.

Lo mismo que tantos otros Soviets provinciales, el de Rostov entró en la senda de la insurrección armada, pero la ofensiva

reaccionaria no le permitió movilizar todas las fuerzas de la revolución. Después de haber sido informado por Moscú, el Soviet de Rostov declaró el 7 de diciembre la huelga, que no tardó en transformarse en insurrección armada. La pujanza de esta última obligó al gobierno zarista a sacar la artillería que, desde el día 13, y por espacio de una semana, cañoneó el barrio Temernik, de Rostov.

Durante los combates hubo en Rostov dos poderes: en el centro de la ciudad reinaban las autoridades zaristas; en Temernik, el Soviet, que se apoyaba en sus grupos de combate.

La áspera lucha en las calles de Rostov, lucha que duró más de una semana, terminó, sin embargo, a pesar del refuerzo de los grupos de combate de Tijorets y Taganrog, con la derrota de la insurrección.

El 20 de diciembre, por decisión del Soviet, se procedió a retirar los grupos de combate del barrio de Temernik. El 21, la insurrección estaba liquidada y daba comienzo la venganza sangrienta de la autocracia. El aplastamiento de la insurrección armada de Rostov coincidió con la matanza de Presnia, en Moscú.

La falta del apoyo organizado de toda Rusia fue la causa principal de que el movimiento de diciembre perdiese, en Moscú, de día en día su vigor. Esta circunstancia permitió a la autocracia concentrar sus mejores fuerzas contra el movimiento de Moscú. El 19 de diciembre, el Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú decretaba el fin de la insurrección e invitaba a cuidarse especialmente de la retirada organizada de las fuerzas armadas.

A pesar del fracaso, la insurrección de diciembre tuvo una enorme importancia para el desarrollo de la revolución rusa y ha sido calificada por Lenin de «ensayo general de la revolución de 1917». El carácter forzado del movimiento no dejó de influir sobre el desenvolvimiento de los Soviets. La acción emprendida en diciembre por la reacción asestó un golpe decisivo al incremento de los Soviets, a su generalización en tanto que organismos prestos a luchar, con las armas en la mano, por la conquista del poder.

Aunque los Soviets de diputados obreros no hayan cumplido plenamente, en diciembre de 1905, su misión, su significación en el curso de las batallas de entonces fue considerable, y los servicios que han prestado a la revolución son lo bastante grandes

para que podamos establecer sin temor a equivocarnos las siguientes conclusiones esenciales:

Primera: los Soviets de diputados obreros de 1905 fueron una nueva forma de organización obrera que se dio como misión la insurrección armada, condición esencial para la transformación de los Soviets en órganos de lucha revolucionaria.

Segunda: los Soviets de diputados obreros fueron las únicas organizaciones capaces de dirigir las batallas revolucionarias y de conducir la revolución hasta su término.

Tercera: los Soviets de diputados obreros de 1905 se mostraron los órganos de preparación de la insurrección armada y de la toma del poder allí donde funcionaban bajo la dirección de los bolcheviques; en cuanto a la dirección menchevique de los Soviets, los despojaba de su contenido revolucionario, transformándolos de hecho en organizaciones democráticas sometidas a la dirección de la burguesía liberal.

CONCLUSIÓN

En los capítulos precedentes hemos fijado nuestra atención en la lucha del proletariado en el período comprendido entre octubre y diciembre de 1905; hemos señalado cómo la clase obrera rusa, al efectuar la huelga general de octubre, se encaminaba irresistiblemente hacia la insurrección armada.

La insurrección armada del proletariado fue el desenlace inevitable de tal lucha. Pero como el momento de la insurrección armada en 1905 en cierto grado no fue determinado únicamente por el proletariado, la clase obrera rusa se mostró insuficientemente preparada para la lucha de diciembre. La ofensiva de la reacción, a fines de noviembre, precipitó hasta cierto punto el desenlace revolucionario de la insurrección de diciembre. Esta circunstancia influyó desde luego en el resultado de la insurrección. El proletariado tuvo que emprender el combate decisivo sin estar suficientemente preparado, sin poseer una organización de Partido bastante pujante ni un centro panruso de los Soviets de diputados obreros, sin haber terminado el trabajo preparatorio para el armamento de las masas.

Entre las causas esenciales que determinaron el fracaso de la insurrección de diciembre hay que señalar el hecho de que en la revolución do 1905 el proletariado no había conseguido todavía establecer una alianza REAL con los campesinos. Esta ruptura entre el movimiento revolucionario de los obreros y el de los campesinos fue, como tantas veces ha repetido Lenin, la causa esencial del fracaso de la revolución de 1905. Dicha ruptura fue hábilmente explotada por el absolutismo que, en 1905, reprimía los alzamientos obreros con las bayonetas de un ejército compuesto en su mayoría de campesinos.

En diciembre de 1905, el ejército no pasó aún al lado de los insurrectos. En este sentido, el ejército zarista de 1905 era como el espejo que reflejaba la mentalidad de las masas fundamentales del campo. La ola de levantamientos campesinos no coincide por azar con el desenvolvimiento de las tendencias revolucionarias en el ejército.

Precedentemente vimos cómo, en la primavera de 1905, bajo el empuje de los acontecimientos del 9 de enero, la oleada de revueltas campesinas sigue también una línea ascendente. El cuadro de conjunto se presenta así: en enero-abril, el movimiento campesino afecta a 85 distritos (el 17% de la totalidad de los distritos de la Rusia europea); en mayo-agosto, a 104 distritos (el 20%); en septiembre-diciembre, a 261 distritos (el 52%); en enero-abril de 1906, a 120 distritos (el 24%); en mayo-agosto, a 250 distritos (el 50%); en septiembre-diciembre, a 72 distritos (el 14%). En 1907, la curva del movimiento campesino desciende rápidamente.

Así, pues, en el otoño de 1905 la ola de revueltas campesinas ascendía. En ese momento, se manifiestan cuatro formas esenciales de lucha, que cambian según las particularidades locales: 1) ocupación de los dominios señoriales, expulsión de los terratenientes y saqueo de sus moradas; 2) apropiación del trigo, del ganado, del heno, libre tala de bosques; 3) huelgas y boicot contra los terratenientes; 4) negativa a entregar reclutas para el ejército, a pagar los impuestos y las deudas.

Estos movimientos del otoño de 1905 fueron mucho menos potentes que los de mayo-agosto de 1906, aunque su número fuese casi el mismo.

El movimiento campesino del otoño de 1905, en comparación con el de 1906, se distingue por su espontaneidad, por su falta de organización, por su heterogeneidad política. Estos rasgos característicos hacían que los movimientos campesinos del otoño de 1905 no constituyesen un serio apoyo para el movimiento obrero.

La espontaneidad y la falta de organización de las revueltas campesinas permitieron a la autocracia dominarlas.

La nueva ola de revueltas campesinas de 1906 se distingue ya por una mayor cohesión, por la conciencia política y la tenacidad de los rebeldes. Pero la derrota sufrida por el proletariado en diciembre privó a los campesinos de su único aliado. El gobierno zarista asesinó a los campesinos en revuelta con el mismo salvajismo de que dio pruebas durante el aplastamiento de la insurrección obrera. Las expediciones punitivas al mando de los generales zaristas se entregaron sin límites a su obra infame. Centenares de pueblos fueron bombardeados y arrasados literalmente. Los

campesinos fueron ahorcados, fusilados, condenados a trabajos forzados por millares.

Así hizo pagar el gobierno zarista a las masas campesinas la destrucción de 2.000 dominios señoriales efectuada en 1905.

La encarnizada lucha de las masas campesinas contra el zarismo en 1905-1906 tuvo una enorme importancia. Puso de manifiesto ante los campesinos que el zar era un fiel apoyo de los terratenientes nobles. Las masas campesinas dejaron de creer en el zar y no se fiaron más que en sus propias fuerzas. En esta lucha por la tierra, por el aniquilamiento de los señores parásitos y del clero, los campesinos se dieron cuenta, gracias a la experiencia adquirida, de que su único aliado fiel era el proletariado.

En esto reside una de las principales enseñanzas de la revolución de 1905. Lenin ha señalado más de una vez que para que la lucha proletaria triunfe es menester combatir resueltamente por la alianza con las masas fundamentales campesinas, sobre las cuales pesa el yugo del capitalismo y de las supervivencias feudales.

Ya en la conferencia bolchevique celebrada en Tammerfors [Tampere] en diciembre de 1905 se adoptó una resolución sobre la cuestión agraria que precisaba la actitud de los bolcheviques hacia el movimiento campesino.

> La Conferencia estima —dice la resolución— que es deseable modificar el programa agrario de nuestro Partido en la forma siguiente: suprimir el párrafo concerniente a los *otriezki*[7], reemplazándolo por la siguiente fórmula: el Partido sostiene todas las disposiciones revolucionarias que adopten los campesinos, hasta la confiscación de las tierras pertenecientes al Estado, a la Iglesia, a los monasterios, a la Corona, a los diversos ministerios y a los particulares.

---

[7] Al principio el programa agrario de la socialdemocracia no contenía más que la reivindicación de la restitución a los campesinos de los *otriezki*, es decir, de las tierras que los grandes terratenientes se habían apropiado cuando la «emancipación de los campesinos» en 1861.

En el IV Congreso del Partido, que se celebró en 1906, los bolcheviques concedieron también una especial atención a la cuestión campesina. La resolución propuesta al congreso por ellos decía claramente que

> sólo el proletariado es capaz de conducir hasta su término la revolución democrática, a condición de que, en su calidad de clase revolucionaria extrema, arrastre consigo a la masa campesina impregnando de conciencia política la lucha espontánea de esta última contra los señores de la tierra y el Estado esclavista.

Estimando que el proletariado es el único guía de la revolución democrática, etapa inmediata de la revolución, y que esta revolución no puede ser realizada más que estableciendo una alianza con los campesinos y el proletariado agrícola, el congreso subrayaba que

> todas las organizaciones del Partido deben cuidar del cumplimiento de esta tarea[8], sin olvidar un instante los objetivos socialistas independientes del proletariado.

En esta decisión del Soviet residía la diferencia fundamental entre bolcheviques, mencheviques y trotskistas. Mientras los mencheviques consideraban a la burguesía como la principal fuerza motriz de la revolución, y los trotskistas esperaban ver al proletariado ruso terminar la revolución burguesa, pero no creían que pudiese realizar una obra socialista, los bolcheviques insistían incansablemente en que el proletariado no debe olvidar un solo instante sus objetivos socialistas, lo que le obliga precisamente a participar enérgicamente en la liquidación del absolutismo y en el establecimiento de las libertades democráticas, base indispensable para la lucha por el socialismo. En este sentido, «la revolución de 1905 —como decía Lenin— ha sido el ensayo general de la revolución de 1917» y «sin la revolución de 1905, la de 1917 hubiese sido imposible».

---

[8] Es decir, de llevar a su término la revolución democrática. — *Nota del autor*.

En efecto, la revolución de 1905 tuvo una significación excepcional no sólo para Rusia, sino para la historia del movimiento obrero internacional.

He aquí cuáles fueron sus principales enseñanzas:

Primero: el proletariado no podrá vencer más que si trabaja enérgicamente por establecer la alianza con las masas esenciales, de tendencia revolucionaria, de la pequeña burguesía y de los campesinos, a fin de formar un frente único contra los terratenientes, la burguesía y los especuladores rurales.

Segundo: el proletariado no podrá establecer su alianza con los campesinos y vencer a sus enemigos sino a condición de poseer un Partido proletario de combate que sostenga resueltamente la lucha contra las más leves manifestaciones de oportunismo, sin descuidar un instante sus objetivos socialistas de clase.

Tercero: la lucha a ultranza contra sus enemigos de clase conduce inexorablemente al proletariado, a través de la huelga general y de los Soviets de diputados obreros, a la insurrección armada, que debe ser considerada como un arte. No hay que jugar con la insurrección, sino, por el contrario, prepararse para ella con toda seriedad. Ignorar la insurrección es engañar al proletariado con ilusiones nocivas.

En diciembre de 1905, el alzamiento del proletariado ruso terminó con una derrota. Pero esa lección aseguró la victoria de 1917. Por eso Lenin combatió tan violentamente a Plejánov cuando este último declaró, en uno de sus artículos, que no debían haberse tomado las armas.

La revolución de 1905, como la Comuna de París, ha dejado al proletariado mundial preciosas enseñanzas, sin las cuales la gran revolución socialista mundial sería imposible.

ÍNDICE


mnemosyne